

CARTA AL LECTOR

Al comenzar este tomo que hoy completamos, nos propusimos continuar y ahondar una experiencia acerca del tono de una publicación científica en el ámbito del psicoanálisis. De una publicación que quería ser un efectivo instrumento de trabajo, más allá de su carácter memorativo.

Lo que fue experiencia terminó siendo afirmación gracias a la respuesta de los destinatarios de nuestro esfuerzo, la que no pudo ser más alentadora. La demanda de ejemplares nos habló de la aceptación por parte de los lectores. El interés de quienes escriben por hacer conocer sus trabajos a través de estas páginas, nos habló de que la Revista es considerada un atractivo vehículo de comunicación. Incluso más: se renovó la demanda de números publicados anteriormente, tanto que hace dos años eran más de 30 y hoy no alcanzan a 20 los números disponibles.

En fin, son testimonios mudos o explícitos que nos hablan de algo que, para decirlo, no hallamos mejores palabras que las que usa un lector: “esta es una Revista que vive”. Lo que es, precisamente, lo que queremos que sea.

Ahora se trata de consolidar esta experiencia, proponiéndole crecer. Para adentro y para afuera. Por ejemplo, ampliando el campo y aguzando los ojos y oídos de la Revista. Así Esperanza P. de Plá acaba de hacerse cargo de las tareas de corresponsal en México. Sumará su esfuerzo al de Carlos So pena que tiene iguales responsabilidades en España y Francia. Sus empeños, unidos a los de los colaboradores, aseguran a la Revista un contacto de primera mano con cuanto ocurre y se produce en varios de los grandes afluentes del movimiento psicoanalítico. Y es resultado de su trabajo una parte sustancial de lo que cada número trae en sus páginas.

Simultáneamente se han producido algunos cambios en la integración de la Comisión Editora de la Revista. Se han incorporado a la misma José Luis Brum y Daniel Gil, ocupando los puestos de compañeros que han tomado otras responsabilidades en la actividad de nuestra Asociación. Aun cuando seguiremos contando con los beneficios de su colaboración y su consejo, esta es igualmente una buena oportunidad para agradecerles la dedicación y lealtad puestas al servicio de la Revista.

También nos hemos propuesto ampliar las bases de la difusión de la Revista. En este sentido tenemos la satisfacción de anunciar que la editora Imago de Río de Janeiro ha tomado a cargo su distribución en las librerías de la hermana nación. Nos asociamos así a la quijotesca obra de Jayme Salomão, quien ha creado una editorial dedicada, en el mejor sentido del término, a la empresa de difusión del pensamiento psicoanalítico. Alcanzando un nivel que la coloca en un pie de igualdad con las más prestigiosas editoriales de literatura psicológica de América Latina —y que, incluso, ha comenzado a publicar en inglés, invirtiendo la dirección tradicional—. Demás está decir entonces cuánto nos honra esta asociación y cuánto esperamos de ella.

S.P.

BIFURCACIONES Y ENTRECRUZAMIENTOS

Señor director:

El incitante trabajo de Jaime Szpilka, “Arqueología o mitología” publicado en el número anterior (55) ha provocado en mí la aspiración de motivar a su autor a futuras entregas a fin de que el subtítulo de “Una introducción” no deje trunca una línea de pensamiento de la que soy seguidor. Es pues la razón de las interrogantes que planteo.

El autor parte de una antinomia que presenta como una encrucijada de dos sendas teóricas que se bifurcan, puesto que se asientan en diferentes cimientos epistemológicos (positiva y negativa) llevando por ende a lugares distintos (espacio real-biologista versus mitológico). Estos dos modos de pensamiento darían a luz a dos niños, uno real y el otro de ficción, engendrados en la cuna de nuestros textos fundamentales mediante lecturas opuestas.

Según el pensamiento del autor (implícito aunque no explícito) la praxis analítica daría resultados diferentes. (¿?) No deseando forzar una conclusión ni ser infiel a una concepción que me es tan afín, pongo la interrogante entre paréntesis, modo de no soslayarlo a fin de abordar la relación que en nuestra disciplina tiene el tríptico de teoría. praxis-interpretación, para entender mejor el modo en que se sostienen, imbrican y avalan mutuamente.

Pienso que una teoría intenta siempre presentarse a sí misma como una tersa ilación de generalizaciones asentadas sobre una praxis cotidiana coherente. Frente a tal espejismo, la crítica permanente, único modo de discutir sus

fundamentos, genera un pánico que es sentido como una amenaza destructiva. Y es ahí que se agazapan contra su defensa determinismos cientificistas intimidatorios, cuya filiación teológica no siempre es fácil descubrir. Monologismos, primaratos, significantes primarios, reclamando jerarquía de permanencia universal en un devenir histórico fluctuante, de exigencias y rigores también cambiantes y aun mutantes, donde las “constataciones” encubren preferencias bajo la pantalla de hipótesis para que la solidez del sistema no se resienta. Es necesario pues al hablar de teorías referirnos también a su mitología para evitar en la discusión de sus falencias en relación con la praxis, dar nacimiento a otra teoría cuyo cometido sería encubrir tales falencias con otra teoría y así hasta el infinito, generando un linaje cuya filiación arranca de una actitud que niega noticiarse de los mitos. Más aun en una disciplina como la nuestra donde la hermenéutica es una de las bases de la pirámide en que se asienta su epistemología y cuyo material es sustancialmente mítico. Ninguna astucia de la razón podrá encubrir la *evidencia mítica de todo pensamiento* y por ende, ninguna urdimbre teórica puede ocultarlo.

Ambos niños engendrados (el real y el de ficción) son fictos, o sea metáforas, mitos en pequeño. La paradoja de los mitos y metáforas fundantes son como la de los dioses a quienes pretenden sustituir en la hora de la creación: el de su preexistencia. ¿Cuál es el punto cero mitológico? Su mito mismo. Su fuente es lo inconciente, en lo cual están las protofantasías (todo mítico) como nuestra metapsicología de la cual partimos sin embargo.

La antinomia arqueología o mitología tiene todo su valor metafórico por la riqueza de nociones que engendra al afinar el oído del analista para los tonos privilegiados del lenguaje inconciente, *si no impone opciones*. Señala Szpilka una bifurcación, aunque roe cuesta creer que a su sagacidad se le haya escabullido la inevitable convergencia, para la perplejidad de la arqueología,

que al excavar en cimientos “reales” se encuentra cavando en la mitología de los orígenes. Parece el “chiste” de lo real, su retorno a lo mítico, Schliemann partiendo de “La Ilíada” encuentra en el suelo rocoso la “anlehnung” para la verdad de Troya y recrea su mito.

Las antinomias son para la razón la fragua para la forja de nociones que se excluyen para su lógica pero que coexisten sin contradicción en otro lugar. El problema es la interpretación, la lectura en ese palimpsesto donde las ancestrales inscripciones no se borran sino que se sobreponen, no sólo se bifurcan sino que también convergen, dando lugar a múltiples lecturas, si no sucumbimos a las argucias de la razón como se nos advierte; seguir la lógica inconciente que es capaz de actuar primero, inscribir después sin borrar nunca y pretende desconocer su propia sintaxis.

Hacer lugar en la teoría para los mitos es impostergable porque infiltran nociones y conceptos procreando entelequias, haciendo surgir entes, los seres fabulosos de los mitos y porque además los mitos responden a todo y lo saben todo, no toleran pregunta sin respuesta, como las religiones e ideologías que crean ilusiones de eterno porvenir, apareándose para dar nacimiento a centauros como la condensación formidable de Teología nacido de Dios padre y de ideología su madre.

En el reclamo de Szpilka por hallar determinaciones prioritarias (pág. 311), si pretende ser algo más que una abstracción teórica puede cobijar un nuevo mito originario, si pretende coronarse de cabeza de serie, en lugar de ser una más, como tantas otras cadenas significantes. Pero de esto está llena nuestra metapsicología, no hay modo de evitarlo puesto que parten de necesidades teóricas pero conllevan la inducción a *creer* en su existencia, al igual que las reverberaciones generan los espejismos del sediento. Son las geométrales de la

razón, su punto cero, reclamante del vínculo con lo real del cual son mediatizadores. En nuestra jerga es la función del objeto primario, tras cuya búsqueda empeña el sujeto, lo sabemos, toda su existencia.

Si es cierto que arqueología y mitología pueden encontrarse, sin excluirse necesariamente, -evitaremos encontrarnos en la senda de los arqueólogos que van al Ararat en pos del Arca de Noé para justificar su mito, o buscar el espejo que origina su estadio.

Szpilka busca la *intensión* en el pensamiento analítico ilustrando algunas encrucijadas en las que las direcciones son opuestas netamente. Tal el mojón indicador de la bifurcación falo - pecho. Pero no lo hace para ilustrar (así me pareció) el dilema de nociones tales como objeto vs. significante, sino para reclamar determinismos prioritarios que obturarían diversas inscripciones probables con las que el sujeto inscribe *sus* claves, con lo cual la hermenéutica toda quedaría sobreseída, y con ello la polisemia y la multivocidad simbólica detenida, lo que paralizaría al sujeto en su estupor frente al objeto primario, *mítico siempre en cualquier interpretación psicoanalítica*, que es precisamente lo que le permite ser falopechófalo, por ejemplo. Entreveo el peligro de una jaula, en lugar de la riqueza de los significantes, en las cuales puede morar un nuevo Daimón. Grave tributo para una deuda insaldable, que es lo que se quiere remarcar, que se contrajo con los aportes de Lacan, al desanudar al “objeto”, proteico por su naturaleza, de su amarre anaclítico con el cuerpo para liberarlo a la riqueza inasible por ninguno de sus significantes en su permanente titilar en la senda del deseo. Urge evitar esta nueva acechanza que amenaza estrellar la fertilidad metafórica en su vuelo contra el opaco vidrio de un cuerpo doctrinario por la búsqueda de un nuevo anclaje con la verdad, que los mitos siempre reclaman, pero en realidad comprimen la espiral en su jaula.

Szpilka señala otros mojones cuyas flechas indican caminos opuestos. El maniqueísmo kleiniano, el camino sin retorno de los afectos, que sólo llevan a la biología o a la infatuación del ser real, pasándose por alto la castración, y la ruta de la intersubjetividad intemporal, donde el Otro espeja al yo en su ilusoria completud de sujeto. El maniqueísmo kleiniano es un modo de coronar con cabezas de serie (dos pechos, dos manzanas del Bien y del Mal, y que en otro mito son árboles, la disputa por las cabezas es eterna pues), como reclaman todas las series, para dar cuenta de un modo de adquisición de categorías que todo ser humano incorpora: dolor y alegría; -temor y seguridad y todas las cadenas antitéticas posibles. Valen como modo de entender cómo el sujeto inscribe sus claves categoriales, deseados o temidos, en cualquier parte del cuerpo (mí. tico siempre) propio o ajeno. La castración siempre mítica, nunca real, inscribe otra serie y aun la misma en el bloque maravilloso, tantas como caben en los avatares del sujeto en el proceso de su individuación sexual, que la hermenéutica psicoanalítica aprendió a descifrar en múltiples lecturas. Las opciones, ¿son realmente fatales en la praxis o necesariamente opuestas? ¿Se bifurcan solamente o también se entrecruzan?

Otra pregunta que surge, es la que advierte en la encrucijada de los afectos. ¿Remiten fatalmente a la biología y a los órganos? Freud, que escapé a la trampa médica y a la maraña intrincada fisicalista, vagó no poco buscando una sede para la angustia, en la cual Melanie Klein vislumbró una antropología psicoanalítica al señalar ciertas emociones básicas como el rescoldo inextinguible en el cual se escuece el ser humano en la búsqueda errática del objeto. ¿Acaso es posible inscripción alguna sin las huellas indelebles de los afectos y sus cicatrices? Quizá lo único importante en todo movimiento es que alguien siente algo, comienzo de cualquier inscripción probable. Freud aprendió y enseñó el modo de escuchar ese discurso y cómo eso habla, para que un sujeto, si se anima a tolerar sus afectos, los oiga en sus propias fantasías inconcientes

(modo psicoanalítico de desentrañar las claves míticas)

En la relación bipersonal, donde dos individuos dialogan, hablan muchos. En realidad habla el Otro mítico, no menos que el yo elidido, o suturado, o meramente gramatical. Pero sólo habla si siente, aunque no sepa bien dónde y de qué temor, de muerte o placer fugaz, evanescente. Pero es ahí que descubre sus mitos que nunca cesan de titilar en sus deseos y descubre quizás en múltiples lecturas probables algunas de las claves de sus inscripciones.

La coherencia de una lectura, de una interpretación no es la que nos perturba, nuestra perplejidad se incrementa solamente ante la multiplicidad de textos y de sus lecturas probables. Es más fácil argüir con la razón por qué y cómo se bifurcan algunas sendas en la teoría, que inducirle a aceptar que hay un lugar (topos) donde se encuentran. Quizás debemos aprender a tolerar en nuestras teorías una inflicción de herida narcisística en su mítica perfección. El pensamiento psicoanalítico se ha enriquecido tanto con los aportes de sus distintas vertientes, y Szpilka aporta su grano, pero en el filo de ciertas afirmaciones nacen sus opuestos. Las ostras producen perlas a partir de ciertas molestias, tal vez sea también el modo por el cual el pensamiento analítico ha enhebrado su collar. Pero sentimos aún estorbos en las teorías demasiado conclusivas. Tal vez Szpilka no lo sea tanto como pudo parecerme en mi lectura. De ahí la necesidad de aclarar el pensamiento con lo cual justifico mi apelación. Saldremos todos gananciosos.

Leopoldo Müller

(Montevideo)

DEL CAMINO

[. . .] Pero quiero también aprovechar esta confirmación para expresarle lo excelentes que me parecen estos números de la Revista y felicitarles y agradecerles por su esfuerzo en épocas como ésta.

Es una revista que vive.

Muy cordialmente,

César Merea (Buenos Aires)

REVISTA AL TEMA

TRASGRESIONES

(ACTUACION, PSICOPATIA, PERVERSION)

TRASGRESIONES

Actuación, psicopatía, perversión. Reunir estas tres estructuras y su ponerlas unitarias podría responder a un afán acumulativo o a alguna postura teórica que se deseara ilustrar. Pero el caso no es ni uno ni otro, sino que al agruparlas pro-ponemos llevar la atención hacia su posible articulación, tarea que todavía habrá que emprender.

Hablar de ellas como trasgresiones (término que debemos a una feliz inspiración de G. Koolhaas) ya apunta a una hipótesis. Ella releva lo que estas tres estructuras tienen de violación (y no siempre de violencia), de “pasar a través” del otro. Son entendibles como trasgresiones a la expectativa del analista, de la norma social, del cuerpo, proyectándose sobre el fondo de una trasgresión fundante, el incesto.

El conflicto con el límite es ubicado por cada una de ellas en un cierto plano y resuelto a su modo, con la particularidad de que, por tras-pasarlo, el trasgresor “se coloca” más allá del límite y de la angostura que este representa. Lo que a su vez conlleva una inversión en cuanto “coloca” a otro ante este límite. Al analista, por ejemplo, estructurando relaciones que tocan el límite de su posibilidad de analizar.

Pero no sólo al analista. Es notorio que el desafío psicopático o perverso no queda constreñido a la relación analítica o a la pareja sino que adquiere una dimensión social. Es el caso de la delincuencia, o el de las «minorías» que protestan un trato discriminatorio. O de la creciente drogadicción. O de la explosión pornográfica.

Podemos pensar que en tanto el conflicto del neurótico es conflicto con la norma de su comunidad, las trasgresiones hablan de un conflicto entre normas, tanto que la norma de la trasgresión es postulada como alternativa que cuestiona a la otra. Ellas suponen un cierto proselitismo y se proponen al analista y al grupo como modelos plenos de libertad, rebosantes de autenticidad y goce, libres de las limitaciones que aprisionan a “los otros”. Proclaman una “normalidad superior” y procuran su legitimación en el reconocimiento por el otro, tercero u ojo, testigo de su goce.

Quizá sea esta dimensión social lo nuevo que los tiempos actuales nos invitan a considerar en la actuación, la psicopatía y la perversión, presuntas tres formas de la trasgresión.

S. P.

**UNA TERNA FREUDIANA:
ACTO,
ACTING OUT Y ACCION ***

**Por
JEAN ALLOUCH
(Paris)**

Vayamos por un instante a la terraza de las murallas del castillo de Elsinor en el álgido momento en el que Hamlet va a comenzar lo que hemos de llamar “la escena paterna”.

“It will not speak, then I will follow it”. Ninguna duda en Hamlet, ninguna dilación en su decisión actuada al instante, de ir a reunirse, aparte, con su espectro de padre. No obstante los compañeros están allí, Horacio y Marcelo, sirviendo de barrera con sus espadas y sus cuerpos. El espectro se aleja llamando a Hamlet. El tiempo urge ya que iluminado por el amanecer él no podría subsistir. Oscuridad, ausencia de testigos. Se trata de hacer de su hijo un conjurado. Ni el consejo, ni la fuerza de la amistad sirven de barrera, sólo marcan un límite; al franquearlo sin cuestionarse Hamlet sacrifica su bienestar y su vida por lo que cree que es su destino. No percibe entonces que lo que hace que este destino se cumpla, es el gesto mismo por el cual aparta a Horacio y

* Traducido con autorización especial del autor, de “Cartas de la Escuela Freudiana”, número 19.

Marcelo.

“It will not sneak, then I will follow it”. La frase ciertamente se dirige a sus compañeros: “delante vuestro no dirá nada, es por esto que me apartaré con él”. Pero ella resuena antes. Hamlet no dice: “lo seguiré para oírle hablarme”. El espectro no hablará; la afirmación vale también para el futuro más lejano. Si Hamlet está aún físicamente más acá del límite, ya su frase lo ha sobrepasado, ^{**}alcanzando ese punto desde donde el espectro lo llama. Es a él por consiguiente que ella se dirige, respuesta anticipada a lo que como demanda no ha sido formulado. “Tú no hablarás y por esto mismo que te seguiré”. Juramento de fidelidad incondicional fundado sobre lo no-dicho. “Sea lo que sea lo que tú me demandes, puedes estar seguro que te obedeceré. Comprueba por ti mismo que no son palabras vanas de mi parte, ya que en este primer llamado que me haces, rechazo toda preocupación por la prudencia para ser tu servidor en lo sucesivo.” Hamlet quiere obtener del otro no una palabra, sino una demanda. En esto se define como neurótico.

¿Qué hay pues de este no-dicho que inaugura toda la tragedia? Lacan al final de su largo estudio sobre Hamlet hace la observación de que no es evidente, después de todo, que el rey haya sido totalmente ajeno a lo que pretende haber sufrido por el hecho de la lascivia y la astucia de su hermano. Observación que abre camino a algo más grave, a lo cómico, inmediatamente evocado, por ejemplo, en la figura de un rey incapaz de gobernar. ¿Cuáles son estos defectos, faltas y pecados que hacen de esta víctima alguien a quien el cielo condena “a vagar por la noche y ayunar durante el día en la prisión de las llamas”? Hamlet no se plantea, ni le plantea la pregunta, tampoco interroga sobre la relación que

^{**} Enjambí: salteado.

podría existir entre lo que funda esta condena y el fin trágico de su padre.¹ Ahora bien, imaginemos por un instante que él haya estado en condición de poder abordarla. Su respuesta al espectro en las murallas habría sido muy diferente; lo que él habría interrogado es el porqué del vagar nocturno de esta figura fantasmática; ** es su intención de hablar sin testigos lo que le habría parecido problemático. Lejos de comprobarlo franqueando este límite más allá del cual él accede a la escena paterna, habría podido desde su lugar, este lugar del cual el amor del padre lo va a arrancar, oír de otra manera lo que le iba a ser anunciado. Pero en esas condiciones, ¿habrá hablado el espectro? Amor y palabra están aquí anudados. El amor de Hamlet por su padre parece ser una condición necesaria para que el espectro tome la palabra pero sólo en la medida en que este amor le proporcione la seguridad suficiente de que esta palabra no será entendida, *** sino tragada sin examen. Para el espectro se trata de que sea ejecutada su demanda de ser vengado sin despertar sospecha. Para Hamlet se trata de restaurar la figura de un padre ideal en el preciso momento en que debía hacer su duelo.

He aquí pues a Hamlet accediendo * a la escena paterna. Lo importante es notar que con la desaparición de la imagen del espectro de otra escena, de aquella misma que es observada por los espectadores, se produce algo así como

¹ El espectro por otra parte se cuida bien de cerrar esta pista ya que al reclamar venganza a su hijo le precisa que sólo Claudio debe ser objeto de ella, poniendo con esto fuera de alcance a aquella que ante el peligro habría podido dar algún testimonio sobre sus defectos y sus pecados.

** fantomatique.

*** entendue: oída, entendida,

(Los asteriscos indican notas del revisor de la traducción.)

* monte: - accedido, subido, montado.

una recuperación: ** la escena teatral se tomó escena paterna, que desde entonces se eterniza. De ahora en adelante todo va a jugarse bajo la mirada del espectro, mirada interesada del más alto grado, inquisidora, ávida de ver su venganza consumada, mirada en espera del goce celoso.² *** *Acting out*, por cierto, este pasaje de Hamlet en la escena paterna, pero *acting out* sin análisis, es decir —siguiendo la fórmula de Lacan— transferencia. El “sin análisis” radica en el hecho de que al *acting out* de Hamlet no responde más que esta mirada espectral, que de aquí en adelante acapara en la sala la mirada de los espectadores. Sólo hay tragedia por esta mirada de espectro y si la escena parece a los espectadores “trágica” lo es en la medida exacta en que, sin saberlo, ellos han adoptado el punto de vista del espectro. Es eso lo que podría llamarse la habilidad de Shakespeare, habilidad del hombre de teatro, habilidad que conviene dilucidar para aclarar el hecho de que una tragedia como esta de Hamlet “funcione”. De este “funcionar” forma parte indiscutiblemente el hecho que uno se haya interrogado mucho sobre lo que podría estar en el origen del impedimento en el que se encuentra Hamlet para ejecutar la sentencia paterna. Quizás no se trate tanto de elegir entre la enorme multiplicidad de respuestas (incluidas las psicoanalíticas) aquella que podría ser la acertada, sino de primero percibir que esta multiplicidad indica la insistencia de la interrogante en cuanto es ella que está en el origen del impedimento. Dicho de otro modo, la pregunta es su propia respuesta en cuanto es la que se plantea al espectro, que se plantea el espectro y que tiene para él el mayor interés. Es desde el lugar del Otro pues, que la tragedia puede encontrar con su traducción su verdadero alcance, pero justamente en ella, con el *acting out*, este lugar del Otro queda eliminado. “Hamlet, hijo mío, ¿te tengo bien agarrado en la trampa?” Estar impedido,

** recouvrement: recubrimiento, recuperación.

² Prueba: cuando Marcelo y Horacio titubean en prometer a Hamlet guardar el secreto de su entrevista con el espectro, la voz de éste interviene apoyando con un gruñido la apremiante insistencia de Hamlet: “¡Jurad!”

*** jalouissance: jaloux - celos, jouissance - goce.

inspedicare,**** nota Lacan con Bloch y von Warthurg, es haber caído en la trampa, aquella, —precisa él— de la imagen narcisista. La trampa es una de las coordenadas del *acting out*. Hamlet no puede dejar de satisfacer las exigencias del amor del padre: *It will not speak, then I will follow it*, lo seguiré en lo que me demanda puesto que allí donde yo tenía que enfrentarme con una pérdida, he encontrado esta mirada a la cual quedaré aferrado de ahora en adelante. He ahí el *acting out* en el cual él se encuentra entrampado. Pero es el estar entrampado en su amor que al obligarlo a sostener esta mirada espectradora * hace que no pueda decidirse frente a sus exigencias.

Precisamente esta dimensión de trampa aparece claramente en el combate con Laertes. Hamlet no sabe que la espada de su adversario está envenenada; no lo sabrá hasta después de haber sido mortalmente herido. Es entonces —y sólo entonces— cuando va a poder matar a Claudio el incestuoso, el fraticida, el usurpador. La trampa, no habiendo producido más que la pro-pía muerte de Hamlet, está ahora fuera de juego. Al mismo tiempo, es levantado el impedimento. Es por estar así, fuera de la escena paterna, sustraído en lo sucesivo a esta mirada proveniente del más allá, que en la precipitación del pasaje al acto final, Hamlet puede ser algo más que un simple brazo vengador. Dar al espectro la vida de Claudio, darle lo que no tenía, era amarlo realmente, era hacer de la demanda del otro el objeto de su deseo. Pero si era necesaria esta transformación estructural del pasaje al acto para que Hamlet alcance este punto en que el amor sacrifica el bienestar del amante a la satisfacción de la demanda del amado, es porque esta satisfacción implicaba que él mismo no fuera nada más que esta mirada sedienta de venganza —no más—, gozo, donde él desaparecía como sujeto.

**** impedire — del latín trabar de los pies.

* Spectrateur. De spectre, espectro y spectateur, espectador.

Esta articulación del *acting out* y del pasaje al acto no se encuentra como tal en Freud. Se sabe que ella fue introducida por Lacan y que ha sido desde entonces objeto de repetidas falsas interpretaciones. El término de *acting out* nos llega de Freud —más exactamente de la traducción hecha por Strachey del *agieren* freudiano—. Esta traducción ha tenido, hecho notable para un término de la lengua inglesa, un éxito considerable, hasta servir para designar todo comportamiento llamado “delictivo”. Quizá no sea inútil en el punto en que estamos retomando nuestra lectura de Freud para extraer las líneas de fuerza que le obligaron, a partir de su experiencia del análisis, a poner al día este singular avatar del acto que es el *acting out*.

El artículo, “Recuerdo, repetición y elaboración”, de 1914 es en ese aspecto el texto mayor. Se observará en primer lugar, no sin cierto asombro, que termina con una referencia a la abreacción como meta de la antigua técnica hipnótica de la cual Freud escribe desde el principio que debe ser “siempre recordada de nuevo”. Esto no es por azar. Está claro particularmente que la elección del término alemán *agieren* —y no por ejemplo “die Tat”, que Freud, gran lector de Goethe, evidentemente conocía muy bien— está hecha para remitirnos al *abreagieren* del tiempo “feliz” de la *hipnosis*. Algo pues de la abreacción es retomado en el problema del *acting out*, pero de una manera esta vez clarificable, si no clarificada. Esto nos permite adelantar en un a posteriori que con la abreacción lo que se le demandaba al histérico, como objetivo del primer tipo de tratamiento, tenía el estatuto de *acting out*. De ahí esta definición de partida: *el acting out es lo que surge como problemático del acto cuando el médico renuncia a su demanda de abreacción*. Es correlativo pues de la ubicación del psicoanalista como tal.

Esta ubicación es realizada en tres tiempos. El primero, el de los *Estudios sobre la histeria*, consistió en utilizar la hipnosis, no como Bernheim para sugerir al enfermo el abandonar su síntoma, sino para descubrir los recuerdos que lo han provocado y producir la descarga emotiva de las tensiones concomitantes. En un segundo tiempo, la demanda del médico reduce sus exigencias, es sólo demanda de los hechos que han provocado la neurosis. Pero si la abreacción es dejada de lado lo importante es que algo toma su lugar, y ese algo es lo que Freud llama “el gasto de trabajo” que el paciente es invitado a producir de acuerdo con la regla fundamental, gasto* de palabras de su *libre* asociación fuera de toda dimensión crítica.³ En lugar de la abreacción pues, el gastar es también un des-pensamiento.** Imaginemos por un instante que una persona recibe como herencia una inmensa suma de dinero, pero que el donante ha estipulado al notario que la herencia sólo será entregada a condición que el heredero vaya tres veces por semana, a una hora dada y durante un tiempo determinado, por las calles comerciales de la ciudad y compre durante este tiempo, no lo que le parezca útil o hermoso, sino todo lo que se le presente al azar en su recorrido.

Parece indudable que un gasto así reglamentado sería para el heredero — suponiendo que aceptase la herencia— un verdadero trabajo. Si se compromete muy pronto lo veremos víctima de un “inexplicable” accidente de tránsito que le obliga a estar largos meses inmóvil. Este es el *acting out*. De allí una segunda y más precisa definición: *el término agieren es el que sirve de base a la elaboración de lo que vuelve a Freud como interrogante sobre el estatuto del acto en el momento mismo en el que habiendo renunciado al abreagieren cree poder reemplazarlo por el gasto de trabajo que intenta ordenar la regla de*

* dépense.

³ *durch den Arbeitaufwand* escribe Freud. Ahí leemos la primera inscripción del *durcharbeiten* que Freud introduce en este texto por primera vez y del cual dirá, al terminar, que es lo que, reemplazando la abreacción, diferencia el análisis de todo tratamiento por sugestión.

libre asociación.

El tercer tiempo se especifica por descartar lo que quedaba, del lado del médico, de la demanda de los hechos que hubieran provocado la neurosis. ¿Se puede decir que con esa retracción y a partir de ella el análisis había terminado con la hipnosis y la sugestión?

La respuesta de Freud es en varios aspectos sorprendente. En efecto, a pesar de que la ruptura esté perfectamente consumada la nueva técnica mantiene de la antigua algo bien decisivo: su fin (*Ziel*), su intención. La hipnosis era la vía regia de la rememoración. El análisis abandona la hipnosis pero conserva la rememoración y además continúa haciendo suya esa intención, aun cuando sabe que en lo que le concierne, no puede alcanzarla de ninguna manera.⁴

Para sostener una posición tan paradójica son necesarias razones muy sólidas. Formularlas implica que las veamos más de cerca en lo referente a aquello que puede resultar a título de efecto.

Freud manifiesta aquí que se presentan dos situaciones. Algunos de sus pacientes se comportan hasta un cierto punto como aquellos con los cuales se empleaba la técnica hipnótica; ellos rememoran de una manera tan ideal sólo en la medida en que el psicoanalista encarna siempre para ellos la figura del hipnotizador. Pero en el momento en que este “siempre” vacila, la rememoración fracasa. Con ello se unen al segundo grupo de pacientes. Estos no rememoran nada de lo olvidado o reprimido pero lo reproducen en la dimensión^{*} del *agieren* —lo que Strachey traduce: *but acts it out*. *El agieren es lo que del*

** dé-pensée

⁴ Erinnern, wiederholen und durcharbeiten. (Recuerdo, repetición y elaboración.)

* dit - mención: dit: llamado, convenido. Se dice de una cosa “dit” concluida, resuelta mención: igual significativa que mention: mención-alusión-referencia. Se podría pensar que el autor habla de que lo que no se rememora se reproduce en la *dimensión* (magnitud) del “agieren” y en una “llamada mención”, es decir, en una alusión, como referencia encubierta del “agieren

campo del hacer (die Tat) se encuentra subvertido por el hecho del fracaso de la rememoración. Como lo muestran los ejemplos elegidos por Freud tal definición tiene como equivalentes transferencia y *acting out*. Es por el hecho mismo que el analista abre al analizado esta manera de rememorar que recibe como respuesta, *acting out* o transferencia, algo que responde a esta apertura. *Acting out* y transferencia son en el análisis los actos fallidos del rememorar.

¿Qué es lo que a nivel del rememorar plantea dificultad? Freud, en la primera edición del artículo citado plantea el problema en caracteres pequeños, forma en que hace notar que se siente obligado a introducir algo totalmente nuevo.⁵ Esta apertura —pues de esto se trata— se señala por una doble comprobación.

Primera proposición sacada de la experiencia: se olvida mucho menos de lo que se cree. Los hechos son casi siempre perfectamente conocidos por el sujeto. Sólo que, antes de que él los rememore, se encuentran como bloqueados para él, mudos, aislados de sus consecuencias, enucleados de su dimensión de acontecimiento.

Si están excluidos es por estar descartados, no de su memoria, sino de su existencia de sujeto. Es imposible no entender aquí el rememorar como operación de lectura. La lectura transforma el hecho en acontecimiento, lo constituye como tal. De ahí la ejemplaridad del recuerdo encubridor. Se ha dicho que “no hay más historia que la contemporánea”, dependiente de lo que el historiador vehiculiza de la problemática de la época en que él escribe. Si vamos más lejos en esta dirección tenemos la imagen del historiador abominable, aquel que seleccionaría sólo aquellos documentos que llevan agua a su molino, a lo que él quiere *a priori* demostrar. Así actúa el creador del recuerdo encubridor. Su

⁵. Se objetará esto evocando el *Proyecto*. Pero, ¿quién había leído el Proyecto en 1914?

versión de la historia es tan staliniana como está piadosamente orientada la exégesis de un Sellin. Ahora bien, es precisamente a éste a quien Freud seguirá y el escándalo para el moderno sujeto de la ciencia se vuelve paradoja para nosotros cuando él no vacila en afirmar que este tipo de producción contiene no sólo algunos elementos sino, hablando con propiedad, todo lo esencial de lo que se encuentra comprendido en la amnesia infantil. Hay recuerdo encubridor porque no hay olvido. No hay que recordar algo que habría sido enterrado, sólo hay que leer lo que está ahí. Ahora bien, lo importante es aquello que se manifiesta como nota de decepción en el analizado cuando él se compromete en este trabajo de lectura. ¿Pero decepción con relación a qué? ¡A su deseo de reencontrar en el análisis una reminiscencia que para hablar con propiedad — *eigentlich*, escribe Freud— sea una! En otras palabras, el analizando que reclama la reminiscencia, en el sentido de la psicología se identifica con el esclavo de Menón. Sólo el histérico, escribe humorísticamente Freud, quedaría satisfecho en este plano. Rasgo de humor, en efecto, ya que al olvido con el cual cree tener que ver Freud le ha dado el nombre de represión, o sea lo contrario mismo del olvido.

Primera comprobación. En la vertiente histérica: lo que ha sido experimentado, no ha sido olvidado. En cuanto a lo que no se ha sabido y que por tanto no ha podido ser olvidado en el análisis acaece que eso se rememore. Es en la vertiente obsesiva donde se manifiesta el hecho de que por tratarse de actos puramente internos da lo mismo para el trabajo de recordar que hayan sido en un tiempo concientes o que no lo hayan sido jamás. Freud designa aquí con el término acto (*der Akt*), lo que como proceso psíquico interno es del orden de la fantasía, * de la impulsividad emotiva, de los lazos de pensamientos

* fantasma.

establecidos por el sujeto. El obsesivo al abstenerse de establecer estos lazos, se aleja por ello mismo de su acto.

La experiencia nos proporciona un tercer orden de fenómenos para incorporar al expediente de la rememoración. Se trata de ciertos acontecimientos de la primera infancia cuya ocurrencia puede ser establecida en el análisis con una certeza absoluta aun cuando el sujeto después del análisis persiste en no recordarlos. La existencia de la neurosis se revela suficiente como para fundar pata él su carácter efectivo. Concluyamos.

La forma según la cual Freud aborda el problema de la rememoración evoca el tipo de argumentación de la cual él nos ha dado el paradigma en el ejemplo del caldero agujereado. Cuatro proposiciones se encuentran desarrolladas aquí.

- 1) nada de lo que ha sido experimentado es olvidado
- 2) el sujeto rememora lo que no ha sido olvidado nunca
- 3) lo rememora, haya sido ello olvidado o no
- 4) rememora lo que permanece olvidado aun después de haber sido rememorado.

Aun cuando aparentemente contradictorias estas proposiciones convergen hacia una afirmación que cada uno conjuga a su manera. Formulemos: el recordar no tiene, como tal, ninguna relación con el olvido. Traducimos esto introduciendo esta otra fórmula: el recordar en el sentido freudiano no es la reminiscencia. Resulta claro que traer aquí esta oposición vuelve, al dar al término olvido su fiador ^{*} en la reminiscencia, a rechazar el recordar a un campo —el campo abierto por Freud— donde sus garantes ^{**} se presentan para nosotros, de ahí en adelante, como aquello que hay para producir allí.

* répondant - fiador

** payé - hecho, abonado, pagado, solventado

Abramos pues un instante el Menón donde la introducción del esclavo sirve, como se sabe, de apoyo al enunciado de la teoría de la reminiscencia. Sócrates, con la ayuda de preguntas juiciosamente orientadas, lo hace acordarse *** de una propiedad geométrica simple que el esclavo se muestra incapaz de proporcionar al principio y de la cual no obstante, por el hecho del mito de la inmortalidad del alma, Sócrates supone que ya tiene conocimiento. El lado trucado de la demostración es patente. Pero como muestra **** la operación de Sócrates es efectiva. Al hacer venir al esclavo, Sócrates se muestra con él ***** en una escena de la cual Menón es en el primer momento el espectador. La operación consiste en hacer subir a Menón a esta escena, llevarlo a que acepte tomar el lugar del esclavo con el fin de proseguir desde este lugar, el diálogo sobre la virtud. ***** ¿Cómo entender que lo que funda aquí la necesidad de esta operación para la cual sólo el término *acting out* [*acting out*] sin análisis, he aquí la transferencia sobre Sócrates de la cual Lacan ha subrayado la considerable importancia histórica] parece el único apropiado?

El *acting out* aparece en un momento bien preciso. Menón pretendía tener una buena definición de la virtud del sofista Gorgias pero fracasó dos veces en dar razón de ella. En efecto, Sócrates le demuestra que sus definiciones incluyen en su texto lo que ellas quieren definir. Pero al hacer manifiestas estas aporías lógicas Sócrates hacía algo más que demostrar simplemente la no validez de

*** le fait se ressouvenir

**** monstration — mostrar, demostrar. Sócrates muestra (deixai) a través de los sentidos, y demuestra (deixai) por medio del razonamiento

***** se produit avec lui — se produce con él.

***** Koyré. Introduction a la lecture de Platon. Ed. Bentano's

ciertos enunciados, alcanzaba a Menón en un punto de enunciación donde el sofista no era más que un ser sin recursos enfrentado a una dificultad. El verbo *aporein*, sentirse embarazado, estar en dificultades, no saber, no tener medios, no poder sobrepasar, aquí utilizado, toma toda su fuerza al indicarnos este punto de quiasma de la lógica y de lo subjetivo donde Menón se encuentra acorralado por Sócrates. Es a Sócrates a quien él atribuye —con fundamento— la responsabilidad de haber llegado allí.⁶ Es lo que él formula entonces en el célebre episodio, nunca interpretado, del diálogo en el que identifica a Sócrates con el pez torpedo. La etología nos enseña lo que los griegos sabían ya aunque en otros términos: el torpedo está equipado con electroplacas que emiten descargas que pueden alcanzar los 220 voltios; él conmociona así a su futura presa a quien puede en adelante transportar en sus aletas hasta el fondo submarino donde la devorará tranquilamente. Que haya sido utilizado en Roma en los baños terapéuticos para curar ciertos reumatismos articulares, no parece un hecho, que, como antecedente del electrochoque, deba ser descuidado. Pero dejemos la palabra a Menón quien aún bajo el efecto del embotamiento socrático, puede todavía sin embargo decir la verdad de la relación con su interlocutor: “en este mismo momento, por lo que me parece, no sé mediante qué drogas y qué magia, gracias a tus encantamientos, me has embrujado de tal manera que tengo la cabeza llena de dudas. Me atrevería a decir, si me permites una broma, que me parece eres realmente semejante, por tu aspecto y todo lo demás, a este pez marino que se llama torpedo (narké). Este, en efecto, entumece y adormece (narkan) apenas uno se le acerca y le toca, y tú me has hecho experimentar un efecto semejante” (pág. 445).^{**}

⁶ Koyré * funda su lectura de Platón en el carácter teatral de los diálogos hasta evocar su valor catártico. Es tanto más asombroso verlo no detenerse en su análisis de Menón en el episodio del torpedo, lo que le obliga a atribuir la responsabilidad del fracaso del diálogo —más exactamente lo que se ha considerado como tal, a saber, la ausencia de una conclusión positiva— a Menón mismo, que le parece alguien poco serio. Su alma no posee eetas semine scientarum innatas que se considera dan cuenta del éxito del esclavo.

^{**} Seguimos la traducción de Francisco P. de Samarach del “Menón” en la edición Obras Completas de Platón. E.J. Aguilar

Sobresalto de la bestia ya tocada, estas palabras no aluden a los enunciados de Sócrates, sino que hablan del efecto de narcosis producido por su voz. Algo que es esencial a la práctica del diálogo socrático se cuestiona aquí por un instante: el lugar y la función que tiene allí el objeto α .

Ahora bien, al no poder asumir este cuestionamiento Sócrates responde con el *acting out*.

Él no objeta ni niega, * tampoco interroga. Actúa, anticipa la escena donde hace actuar ** al esclavo para mostrar de esta manera que este efecto de narcosis que produce se justifica como esencial para sostener al sujeto en la vía de la reminiscencia. Lo que intenta con esto no es proporcionar a Menón las razones teóricas de las que podría proceder su práctica del diálogo, sino llevarlo a ese lugar de entorpecido que debe ocupar para que el diálogo prosiga hasta el momento en que contrasugestionándose, Menón se excluya.

El esclavo, como Menón al principio, cree saber la solución del problema planteado. Dupliquemos el lado del cuadrado y obtendremos una superficie doble. A Sócrates le tiene sin cuidado hacerle decir su error. El esclavo se encuentra entonces en una posición que era la de Menón en el momento del llamado «episodio» del torpedo, que vemos que no tiene nada de episódico. Pero el esclavo, a diferencia de Menón, desde una posición semejante pero no idéntica, no hace referencia al discurso de la sofística. Razón por la cual no se ve afectado de la misma manera por el fracaso de su pretendido saber. En lugar de este fracaso el esclavo no puede, como lo ha hecho Menón, decir la verdad sobre Sócrates como pez torpedo. No es pues un azar que éste haya elegido tratar con él un problema de duplicación. La interrogante de Sócrates en este instante la constituye el saber si Menón va a admitir como su doble en la escena

* denie.

** oú il fait se produire — donde hace producirse.

a este esclavo a quien le ha hecho recorrer su mismo camino. Se trata, la indicación es importante, de un esclavo del séquito de Menón, quien ha aceptado prestarlo, para la operación de Sócrates. Si se puede construir un cuadrado que sea el doble de un cuadrado dado se debe también poder producir un Menón que sea, en escena, el doble de un esclavo dado. El gesto por el cual Menón convoca a su esclavo para prestarlo a Sócrates señala el hecho de que él mismo se presta entonces a este efecto entorpecedor que la voz de Sócrates produjo en el diálogo a nivel de su compañero. Pero este efecto no es automático; es necesaria la dimensión de la escena, la transferencia sin análisis, el *acting out*.

He aquí pues a Menón ahora entorpecido, interrumpiendo en apariencia la demostración con el esclavo, pero realizando de hecho su verdadera finalidad.

Sócrates — ¿Ves, Menón, una vez más, qué distancia ha recorrido ya él en el camino de la reminiscencia? Ten en cuenta que al comienzo, sin saber cuál es el lado del cuadrado de ocho pies, cosa que por otra parte aún ignora, creía, sin embargo, saberlo y respondía con seguridad como quien sabe, sin tener ningún sentimiento de dificultad existente. Actualmente tiene conciencia de sus problemas, y si no sabe al menos no cree saber.

Menón — Tienes razón.

Sócrates — ¿No supone esto una mejor disposición de su espíritu en relación con la cosa que ignoraba?

Menón — Convengo igualmente en ello.

Sócrates — Embrollándole (aporein), pues y aturdiéndole (narkan) como hace el torpedo (narké), ¿le hemos hecho daño?

Menón — No me parece a mí así.

Sócrates — O mucho me engaño o le hemos ayudado en gran medida a

descubrir en qué lugar se encuentra él en relación con la verdad.*

Así el llamado al esclavo tiene por función no tanto demostrar la validez de la teoría de la reminiscencia como de proporcionar a Menón la plataforma que le permitirá acceder a la escena socrática. Se trata de llevarlo a aceptar sufrir el efecto de narcosis producido por Sócrates, para que pueda en escena, como el esclavo, acordarse. ** *La reminiscencia es una narco-mnesia*. Solamente esta narcosis puede dar cuenta del hecho de que el saber del recuerdo presente un estatuto precario, saber soñado (*onar*), *** opinión verdadera, ortodoxia y no ciencia, opinión de la cual Sócrates imagina que por ser repetida muchas veces adquirirá valor científico. Sólo esta narcosis puede dar cuenta igualmente del hecho que no se le haya ocurrido a Menón esta réplica que después del “éxito” del préstamo del esclavo y teniendo en cuenta el contexto matemático se imponía: “Muy bien, Sócrates, ¿pero el problema de la duplicación del cubo, aquel que con el nombre de “problema de Delos” es el punto oscuro de nuestros matemáticos, puede igualmente resolverlo, acordándose?”⁷

De esta lectura de Menón podemos pues retener que hay solidaridad, lazo necesario entre el recuerdo de la reminiscencia y la instauración de una relación transferencial con Sócrates que implica que el acceso a la escena socrática — como condición de posibilidad de la reminiscencia— se establece sobre la base de una ausencia de análisis de esta relación. De este *acting out* del cual el término *narké*, a la vez objeto-cause del deseo de ser embotado y del embotamiento mismo, marca la articulación mayor. La reminiscencia es una

* Menón, 84; Obras completas, pág. 448.

** se ressouvenir.

*** Menón, 85 c. Sócrates: En estos momentos las opiniones verdaderas han brotado en él como en un sueño.

Pero si se las interroga con frecuencia y de diversas formas sobre los mismos temas, puedes estar seguro de que acabará por tener un saber de ellos tan exacto como cualquiera. Platón — Obras completas, pág. 449

⁷ El problema Consiste, en construir, habiendo sido dado un cubo de arista “a” y de volumen “a³” un cubo de volumen “2a³” Plutarco, en la “Vida de Marcelo” cuenta cómo Platón persiguió con sus invectivas a Archytas de Tarento, y luego a Eudoxio que habían osado, crimen de lesa majestad, construir cuevas mecánicas, es decir, diferentes de aquéllas obtenidas con la regla y el compás. Llevando, dice Plutarco, todo el platonismo a su ruina.

narco-mnesia. Ella pone de manifiesto este tipo de tratamiento del cual la hipnosis es la puesta en práctica ejemplar y que encuentra en la sugestión su rasgo distintivo. Nos parece ahora:

1) que el hecho de renunciar a la hipnosis provoca necesariamente la desbandada de la reminiscencia

2) que el recordar freudiano lejos de identificarse con ella debe tener que ver con lo que, como no-dicho, la sostenía

3) que las diversas técnicas hipnóticas no podían de ninguna manera plantear la cuestión del *acting out* ya que por el contrario es el *acting out* que las establecía.

La experiencia analítica pone de manifiesto la característica mayor de la rememoración: su dificultad. Freud la llama resistencia. Él no renuncia al método catártico de Breuer por las razones prácticas que nos da, sino por el hecho más esencial de que este método presenta el inconveniente de su ventaja: deja de lado la resistencia. Ahora bien, si la resistencia sólo tuviera valor de obstáculo esta renuncia a la hipnosis habría sido absurda pues, ¿qué hacer con un obstáculo sino dejarlo de lado cuando es posible? Pero la resistencia es el lugar mismo donde se manifiesta lo que está en juego. Para decirlo en una sola palabra: apuesta. * Que la resistencia sea dejada de lado, es la apuesta ** del sujeto, aquella de la que sabemos por Pascal que debe estar en el cálculo de juego considerada al inicio como pérdida, es esta apuesta * la que se encuentra descartada del tratamiento. “Por lo demás, naturalmente [escribe Freud en una carta a Jung del 11 de diciembre de 1908] quien utiliza la hipnosis no encuentra

* enjeu — apuesta, cantidad que se pone en el juego

** mise — apuesta, acción de poner.

la sexualidad”); en tal caso es evacuada.

La oposición hipnosis/psicoanálisis es del mismo orden que la infantil del “vale” y “no vale”. El “no vale” es lo que descartando la efectividad de la apuesta * permite al juego alcanzar una amplitud superior a la que podría haber tenido sin ella. Tal es el recordar del hipnotizado. Su exuberancia, por otra parte relativa, se funda sobre algo que es puesto fuera de juego. Fuera de juego pero no abolido. Si la hipnosis evacua la sexualidad, lo hace en la medida en que ella misma es la sexualidad que así se evacua. El *recordar*, tal como Freud lo mantiene, como meta de tratamiento analítico, es la exuberancia de la reminiscencia del hipnotizado, ⁸ *con el agregado de que esto no es posible más que por el hecho de ser sustraído*.

La apuesta * limita y orienta el decir. El “decir-no-importa-qué” vacila en el lugar donde encontraría la apuesta. * Ésta encuentra su punto de elección en la resistencia a recordar que aparece, por consiguiente, ella misma como sintomática; ¿pero sintomática de qué? Después de la elaboración de la segunda tópica, Freud retomará esta interrogante, especificándola en tal caso como “resistencia del Ello”. Volviendo sobre lo que había introducido en este artículo de 1914 con el nombre de *durcharbeiten*, funda, a posteriori, su necesidad sosteniendo que este “trabajo de transferencia”, como Lacan ha propuesto traducirlo, ⁹ es la respuesta del analista a la resistencia del Ello.

Con esta estamos sobre la otra vertiente del *acting out*. Si Freud une el recordar al término de acto (der Akt) es el de acción (*Aktion*) el que utiliza para designar el orden eficaz de la compulsión a la repetición en cuanto ella se ejerce

⁸ das ideale erinnern
* enjeu

sobre los procesos pulsionales reprimidos. La resistencia del Ello consiste en la atracción de estos procesos por los prototipos inconcientes.¹⁰ Pero es también, de una manera suplementaria, una acentuación particular de la viscosidad de la libido, una falta de plasticidad en los investimentos que hace que la libido se niegue al desplazamiento, ya sea porque adhiere a un objeto del cual no se puede separar, o, lo que es lo mismo, porque pase de un objeto a otro según la exigencia de una movilidad demasiado grande. La alianza de la tendencia a la repetición de los prototipos inconcientes y de la entropía psíquica de la libido debe entenderse como un hecho político-militar. Los dos compañeros ocupan el terreno respondiendo así al recordar con un: “no, no nos desplazaremos”.

Tal posición guarda relación con la dimensión^{**} del Otro. En efecto, el rechazo por el hecho mismo del desplazamiento trae como consecuencia la exclusión de toda posibilidad de receptividad. Recibir es poder desplazar. Si la resistencia del Ello tiene por efecto producir este fin de no recibir, se mantiene por lo mismo que este no-recibir surge como problema desde el lugar del Otro. “Tenemos la impresión —anota Freud en *Análisis terminable e interminable* no de haber trabajado en la arcilla, sino de haber escrito en el agua.” La resistencia del Ello, al rehusar todo desplazamiento, ofrece una superficie tal que ninguna escritura del Otro puede ser recibida allí. Aquí algo no cesa de no escribirse y *el no escribirse* aparece como la condición de la posibilidad del mantenimiento de la alianza establecida entre la pulsión en tanto tiende a la satisfacción y los prototipos inconcientes bajo el dominio de la compulsión a la repetición. La acción repetitiva (*Widerholungsaktion*) es lo que del campo del hacer (*die Tat*) es puesto al servicio de esta alianza. *La noción de resistencia del Ello está dada para marcar que no hay inscripción inmediata posible de la acción repetitiva*

⁹ Ver “Ecrits”, pág. 630 (“Escritos”, t. I, pág. 261).

¹⁰ Ver “Inhibición, síntoma y angustia”. Obras completas, t. VIII. Ed. Biblioteca Nueva. Pág. 2875.

desde el lugar del Otro. Entre la acción repetitiva y el acto de recordar, no hay ninguna vía directa de pasaje, ningún puente. Vemos en este hecho la razón fundamental de lo que aparece al comienzo del tratamiento como un fracaso de recordar, fracaso del poder-inscribir en cuanto sería acto. *

Ahora bien, en el extremo de este fracaso, en el momento en que se vuelve sensible para el sujeto su carácter ineluctable, algo se produce que viene a marcar con su especificidad justamente el paso inmediato. De este algo será legítimo afirmar que pone de manifiesto al venir en lugar de un recordar inefectuable y por lo tanto no efectuado, algo del orden de la resistencia, del obstáculo atravesado en el camino del análisis en tanto su meta sigue siendo el recordar. Esto, que no es falso, tiene sin embargo el inconveniente de dejar de lado el punto de partida de todo el asunto en lo que se refiere a que si ese algo sucede, es en tanto que justamente el obstáculo está ahí: resistencia del Ello, ausencia de una vía corta que conduciría de la acción repetitiva al recordar. No hay nada paradójico en pensar que lo que responde a una dificultad se presenta por sí mismo como un suplemento en la dificultad. Pero el acento debe ser puesto sobre este término de respuesta o mejor aún de réplica por lo mismo que encontramos ahí la articulación de toda la operación. Lo que replica a este punto de sostén del recordar, acabamos de abstenemos de adjudicarle demasiado rápido un término. Es que en efecto, este ser nacido en circunstancias tan eminentemente conflictuales, lleva no uno sino dos nombres y que al leer *Recuerdo, repetición y elaboración* es absolutamente imposible no admitir que transferencia y *acting out* están en una relación de equivalencia.

Esta equivalencia tiene por qué sorprendernos, impregnados como estamos más de lo que creemos por la ego-psicología. Debe ser entendida, sin embargo,

** dit - mención

* qu'il ferait acte: que haría acto

como ligada a una estructura. Freud en efecto nos presenta (el hecho es manifiesto al nivel mismo del título de su artículo) lo que no puede ser designado más que como una terna, una estructura tal que su funcionamiento necesita por lo menos tres elementos. No hay enganche posible de la acción repetitiva con el acto de recordar. Por un lado el recordar cambia bruscamente de dirección: la acción repetitiva se nutre de tenerlo a distancia. El *agieren* es este tercer elemento necesario, no para suturar esta falla que permanece abierta, sino para introducir algo así como un primer paso. La acción repetitiva aun allí halla ventaja, pero se ejerce ahora al descubierto. Es así que al cambiar de teclado, al pasar del registro de la acción al del *agieren* —ya sea transferencia o *acting out*, está ahí la equivalencia— corre cierto riesgo del cual Freud no elude la incidencia, negándose a tomar las medidas que tenderían a anularlo.¹¹ El “dejar repetirse”, escribe él, es lo que en el análisis toma el lugar del “dejar recordar del tratamiento hipnótico. A partir de ahí por consiguiente, algo se encuentra efectivamente en juego. El riesgo está ligado al hecho de que al cambiar de registro, la acción repetitiva puede ser llevada a experimentar lo que oculta de fundamentalmente cobarde. La dimensión de *real actuado* —y no sufrido como en la alucinación— de la transferencia y del *acting out* está ligada, precisamente a la necesidad en que se encuentra el sujeto de saber evitar* la aprehensión de este defecto.

Pero si se produce lo opuesto, que este defecto falte, dicho de otro modo, que el sujeto reencuentre lo que intentaba sostener, es todo el asiento del *agieren* que no puede ser más mantenido. Como lo ilustra Hamlet, es entonces el pasaje al acto que viene a permitir que sea sostenido el deseo del sujeto pero al precio de borrarse a sí mismo.

¹¹ Lo que hace Anna Freud completando el trabajo analítico con intervenciones pedagógicas. En cuanto a Fenichel, él niega que haya peligro.

La modificación estructural que está aquí cuestionada no es del mismo orden que la que se opera en la alternancia de la transferencia y del *acting out*. Cuando en el análisis algo sale a luz no en el campo de feria de la transferencia¹² sino sobre la escena del *acting out*, esta báscula no es, para hablar con propiedad, un hecho de estructura. La equivalencia de la transferencia y del *acting out* en sus relaciones como *agieren* de la acción repetitiva y del acto de recordar nos indica al contrario que esta báscula implica el mantenimiento de una misma “dimensión”. ** A propósito de un paciente que responde con el silencio o la invitación de la regla fundamental, silencio que él interpreta como la repetición de una actitud homosexual, Freud anota: “Se comprende finalmente que es esa su manera de recordar”.¹³ El hecho es del mismo orden que lo que sucede a ese sujeto que habiendo intentado por primera vez, y en la perspectiva de mostrar lo que él era capaz de hacer, una relación sexual que se logra más o menos bien gracias a la ayuda de su compañera, se encuentra en la hora siguiente y cuando nada lo hacía prever yendo a mostrar su sexo frente al pasaje de un tren a gran velocidad. Lacan, que cita este caso en su Seminario *La relación de objeto y las estructuras freudianas*¹⁴ habla, en esta ocasión de un “exhibicionismo reaccional”. No se trata aquí de un síntoma perverso, sino de un *acting out*. De la misma manera el silencio que Freud interroga no es reductible a la manifestación de una pulsión homosexual: responde a lo que Lacan designa como lo que “ciertas condiciones de realización artificial (hacer de) forzamiento de lo real para acceder a una relación plena”.¹⁵ El término *relación plena* —¿es necesario subrayarlo?— no apunta, es claro, hacia ninguna plenitud sino que designa, como lo muestra el ejemplo a propósito del cual él es

* ,parer: evitar, adornar

¹² Tummelplatz — G. W., p. 134.

** dit — mención.

¹³ G.W. p. 130.

¹⁴ Lacan — Seminario del 30.1.1957.

¹⁵ íd.

utilizado, lo que implica de castración toda realización del sujeto. En cuanto al *forzamiento de lo real*, es la ayuda de la compañera lo que constituye el instrumento. En el caso citado por Freud este forzamiento debe situarse al nivel del hecho mismo del análisis en tanto que análisis —ahí está la diferencia con todo tratamiento por sugestión— que aparece para el sujeto como algo que en lo real llega de alguna manera como “por añadidura” “inasimilable simbólicamente”.¹⁶ La dimensión * del *agieren* resulta como precipitada —en el sentido químico—, sobre el plano imaginario de aquello que se encuentra simbólicamente latente.

Transferencia y *acting out* son equivalentes, no idénticos. El psicoanalista es el eje del trazado de su diferencia, éste en el acto analítico se presta para soportar la transferencia. El que se rehúse a su acto define la resistencia del psicoanalista.¹⁷ El *acting out* es lo que retorna al psicoanalista como equivalencia de la transferencia en lugar mismo de este rechazo.

RESUMEN

El *acting out* franquea un límite, como lo hace Hamlet en “la escena paterna”, la que se desarrolla ante el llamado del espectro del padre. Hamlet sacrifica su bienestar y su vida sin cuestionar su decisión, actuada al instante, de reunirse con el espectro. El espectro lo llama y Hamlet acude: sólo quiere ser su servidor. No puede dejar de satisfacerlo. Hablarle, preguntarle, es ver los defectos del rey y para Hamlet se trata de restaurar la figura de un padre ideal al que se aferra, en el preciso momento en que debía hacer su duelo.

¹⁶ J. Lacan. Seminario del 30 de enero de 1957.

* dit - mención.

¹⁷ Fórmulas trabajadas arduosamente en el seminario de j. Lacan: El acto analítico (Seminarios del 17 de enero y 24 de enero de 1962).

Hamlet accede a la escena paterna y adopta el punto de vista del espectro, con lo que el lugar del Otro queda eliminado. Queda atrapado en su amor, pasando al acto al instante,

En Freud aparece el *rigieren*, el *acting out* como un avatar del acto. En “Recuerdo, repetición y elaboración” usa el término *agieren* para remitirnos a *abreagieren*, porque algo de la abreacción es retomado en el problema del *acting out*. Lo demandado al histérico tenía el estatuto de *acting out*, de allí que el *acting out* es lo que surge como problemático recién cuando renuncia a la abreacción.

El *acting out* es entonces correlativo a la posición del analista. Ella tiene tres tiempos. En el primero (Estudios sobre la histeria), busca los recuerdos de los hechos que provocaron la neurosis y la descarga de las tensiones. En el segundo la abreacción es dejada de lado y toma su lugar la libre asociación. Ella es un “gasto de trabajo” y el *acting out* representa un “accidente” en este trabajo: el término *agieren* plantea lo que surge como problema de la regla de libre asociación. En el tercer tiempo abandona la demanda de los hechos que habrían provocado la neurosis.

La nueva técnica mantiene de la antigua algo decisivo: su fin, la rememoración, ocurriendo que la rememoración fracasa. Los pacientes no rememoran sino que lo reproducen como *agieren*. El *acting out* es aquello del campo del hacer que se encuentra subvertido por el fracaso de la rememoración y esta definición hace equivaler *acting out* y transferencia.

¿Qué plantea dificultades al nivel del recordar? Se comprueba que se olvida menos de lo que se cree, los hechos son conocidos por el sujeto, y si están

excluidos no es por descartados de su memoria sino por descartados de su existencia de sujeto. Porque el recordar debe ser entendido como operación de lectura como lo ejemplifica el recuerdo encubridor. Su creador actúa como el historiador que selecciona sólo lo que favorece sus tesis. Hay recuerdo encubridor porque no hay olvido. Al olvido con el que Freud tiene que ver le da el nombre de represión, o sea, lo contrario de olvido.

En la histeria, lo experimentado no ha sido olvidado y en la vertiente obsesiva, por tratarse de actos internos, da lo mismo que hayan o no sido concientes. Freud designa aquí como acto (*der Akt*) lo que es del orden de la fantasía. Así entonces el recordar no tiene relación con el olvido, en el sentido freudiano el recordar no es la reminiscencia.

Por el contrario, hay solidaridad, lazo necesario, entre el recuerdo de la reminiscencia y la instauración de una relación transferencial, como lo ejemplifica un pasaje del “Menón”, de Platón.

La experiencia analítica pone de manifiesto la característica principal de la recordación: su dificultad, a la que Freud llama resistencia. Ella no tiene sólo el valor de obstáculo, sino que ella es el lugar mismo donde se manifiesta lo que está en juego. Es que la resistencia a recordar aparece ella misma como sintomática de lo que Freud en la segunda tópica llamará “resistencia del ello”, la compulsión a la repetición, lo que nos lleva a la otra vertiente del *acting out*, la repetición.

La resistencia del ello consiste en la atracción de los procesos pulsionales reprimidos por los prototipos inconcientes. Mientras Freud une el recordar al acto (*der Akt*), da el nombre de acción (*Aktion*) al orden de la compulsión a la repetición.

Esta nombra la atracción mencionada y también cierta falta de plasticidad de la libido que se niega al desplazamiento, lo que excluye la posibilidad de recibir. De esta manera puede mantenerse esa alianza entre la pulsión que tiende a la satisfacción y los prototipos inconcientes que es la compulsión a la repetición. Y es la acción repetitiva aquello del campo del hacer puesto al servicio de esta alianza.

La resistencia es el obstáculo atravesado en el camino del análisis en cuanto su meta sigue siendo el recordar. Y lo que es el punto de sostén del recordar es tanto transferencia como *acting out*, que están en relación de equivalencia.

Freud presenta una terna. No hay enganche entre acción repetitiva y recordar. El recordar cambia de dirección y se hace repetición. Con el *agieren*, tercer elemento, la acción repetitiva se hace al descubierto y al pasar del registro de la acción al del *agieren*, el sujeto corre un cierto riesgo: el de experimentar lo que oculta de fundamentalmente cobarde, la castración que implica toda realización.

Transferencia y *acting out* son equivalentes, no idénticos y el psicoanalista está en el eje de la diferencia. En el acto analítico (como lo define Lacan) se presta a soportar la transferencia. El que se niega a este acto recibe *acting out* como equivalente de la transferencia rechazada.

(Resumen por D.G. y SP.)

Jean Allouch (París) *

Traducido por Teresa R. A. de Vidal.

* Dirección: Rue des Feuillantines, París, 5

Revisión técnica de la traducción, Daniel Gil.



**EL CARACTER OBSESIVO
Y LA
ESTRUCTURA PERVERSA
UNSISTEMA DE RELACIONES DE LA
PERSONALIDAD***

**Por
SELIKA ACEVEDO DE MENDILAHARSU
(Montevideo)**

Un hecho que llama la atención en la literatura psicoanalítica sobre las perversiones, es que si bien está repetidamente señalado que el estudio de la perversión de un paciente no agota todas las características de la personalidad del mismo, el acento recae, en los distintos trabajos, sobre ésta, describiendo cuanto más algunos otros elementos neuróticos o caracterológicos de su personalidad sin intentar, en general, un enfoque teórico de conjunto.

Freud expuso su teoría sobre las perversiones a lo largo de un período de más de tres décadas, haciendo simultáneamente en otros trabajos importantes contribuciones al estudio del carácter. Sin embargo no hizo un intento de articulación teórica entre ambos, aunque sí describió detalladamente el carácter de Leonardo de Vinci en 1910 15 y de su paciente homosexual en 1919. 17

La clínica enseña que no existe correlación entre un tipo caracterológico determinado y una forma clínica de perversión; clásicamente sólo está señalada la frecuencia con que la neurosis obsesiva aparece asociada con

* Versión revisada del trabajo leído en la APU en setiembre de 1974.

perversiones. A propósito dice Fenichel: “Las perversiones se combinan a menudo con neurosis y sobre todo con las neurosis obsesivas y psicosis [...] “De hecho los diversos casos corresponden a las tres posibilidades siguientes: 1, la perversión y la neurosis se desarrollan una junto a la otra; 2, una neurosis viene a complicar una perversión primariamente establecida; 3, una perversión se suma a una neurosis previamente establecida,

A pesar de que Fenichel 3 agrega luego cómo intervienen ciertos mecanismos para explicar esta asociación, en conjunto parece tratarse más bien de una asociación acumulativa, de una yuxtaposición o sucesión en el tiempo que de una verdadera articulación.

Estructura está utilizado en este trabajo en el sentido lexical del término, es decir, aquello que conforma un conjunto organizado, sin tener todas las connotaciones de las corrientes estructuralistas científicas. Con esto y como lo señala Lagache ³⁰ no nos apartamos de la tradición freudiana que desprendió el punto de vista de la estructura desde el “Proyecto” y “La interpretación de los sueños”. Agrega este autor: “La personalidad es ella misma una estructura [...] que el tiempo diferencia en el individuo; un conjunto dinámico, organizado y móvil de formaciones psicofisiológicas, ellas mismas organizadas y móviles. Aseguran, sin embargo con cierta regularidad, las relaciones de la persona con su mundo personal, lo que quiere decir también con ella misma. Estructura diferenciada en una estructura que la comprende, comprende ella misma estructuras [...]”.

Hablar en términos de estructura es un intento de pasar del catálogo de los hechos, del plano de la descripción y del nivel de la crónica, a los vínculos no contingentes, por ejemplo, a los lazos y a la articulación.

En psicoanálisis los *mecanismos* por ejemplo, en oposición a las pulsiones, constituyen ya una estructura. Estos mecanismos pueden inscribirse en un sistema de relaciones (sería lo que los gestaltistas denominan *campo*, pero entendiendo aquí que campo no se reduce a una forma, en el sentido de relaciones figurales). Y este sistema de relaciones (proximidad, orden, congruencia, equivalencia, composiciones) puede integrar otra estructura de nivel superior, que asegure la transformación reglada de esas relaciones, y en particular su invariancia bajo la operación idéntica del sistema. 23-42 Nuestra pretensión en este trabajo sería, reparar, ilustrando con el material de un caso muy demostrativo, los elementos claves de cada una de las dos estructuras —lo que no significa desde luego que sean las únicas, pero que confieren un sello característico a la personalidad—, para intentar luego su articulación, que no es más que la articulación de dos estructuras coherentes en sí mismas, la obsesiva y la perversa, no contradictorias, aplicadas simultáneamente al mismo dominio. Sería caracterizar así una estructura S de nivel S + 1 en la construcción abstracta, que contenga a título de casos particulares las dos estructuras de nivel n precedente con algo en +.

El material clínico con el que se ejemplifica corresponde al paciente A. H.N., portador de una estructura caracterológica obsesiva extremadamente rígida, que obtiene placer en actividades perversas voyeuristas-exhibicionistas y en menor grado sadomasoquistas, con un rechazo muy marcado por la relación genital heterosexual. El carácter obsesivo del paciente dominó la escena en la primera época de su análisis; la estructura perversa se fue revelando con mayor nitidez en la medida que cedió su coraza caracterológica.

El sueño que relata corresponde a su tercer año de análisis y es esencial para el esclarecimiento de su mundo fantasmático, motivo por el cual se consideró importante su exposición algo detallada. El sueño ocurre en la noche que sigue

al cobro de una importante suma de dinero en la empresa donde recién ha comenzado a trabajar.

EL SUEÑO

“Aparece mi padre entregándome monedas de oro, muy antiguas, que tenía guardadas. Me las entrega antes de morir y quedo yo solo con mi madre. Siento una angustia espantosa por la muerte de mi padre y le digo a mi madre que ahora me va a tener que hacer caso en todo porque tengo el dinero”.

El sueño, dice Freud 11 es una realización de deseos y también desde Freud sabemos que tiene un sentido ligado a una estructura escondida. Podríamos ubicar este sueño en los llamados “sueños típicos” y más precisamente en los vinculados a la muerte de seres queridos y por esa vía abordar el contexto edípico como primer nivel de significaciones del sueño. Pero si seguimos la línea asociativa de su discurso conciente, A. H. N. nos lleva inmediatamente a la castración con recuerdos de operaciones sufridas por él en circunstancias muy particulares por medio de las que obtenía por otro lado gratificaciones de ser cuidado por la madre. En una de las últimas recuerda que cuando el cirujano dijo que era necesaria una intervención, “*creí* que me iban a amputar, *creo* que me asusté”.

El “*creí*” y *creo* son expresiones que descubren la posición de observador imparcial, no comprometido, que es una de las constantes de su carácter y que encuentran su correspondencia en el sueño con el uso del verbo “aparece”. *Aparece* remite a *parece* es decir a ausencia de certeza (duda), pero también a un teatro, donde se ordenan los personajes, se marcan las entradas y el juego escénico de acuerdo a un libreto estrictamente pre-establecido. Esta es también una de las constantes de A. H. N. Siguiendo la vía literal llegamos en la

interpretación del sueño a monedas (monedas = dinero-heces-pene, equivalencia establecida desde Freud 18), para insistir en que curiosamente es del “tamaño de una moneda” un nevus que tiene en el pie que lo preocupa mucho por la posibilidad de malignización.

Su padre le entrega las monedas de oro (satisfaciendo así su deseo homosexual pasivo), no es necesario robarlas en el escenario onírico, porque ese deseo de robo siempre está presente en la realidad, cuando algo de valor está en juego. Pero siente “una angustia espantosa” porque el padre se muere. La angustia, nos dice en otra ocasión, “es algo del cuerpo, como el dolor de cabeza, algo como una excitación sexual que desborda y que tengo que controlar”. Y el deseo sexual origina muerte, como se pone de manifiesto en el sueño, y culpa, lo que no tarda en decirnos en la siguiente forma:

“Me siento limitado en ganar dinero, tanto dinero de golpe, como el que recibí ayer. Es el doble de lo que puede ganar mi padre en seis meses de trabajo, y... no sé, lo veo cada vez más viejo, más achicado en sus ropas que le quedan demasiado grandes, deteriorado, incapaz de manejar su automóvil... todo esto me limita, es como si estuviera creciendo a expensas de él.”

Pero enseguida agrega, mostrando su irreductible ambivalencia:

“No quiero que él me llame hijo, no puedo soportar su competencia. No me siento su hijo, me avergüenzo que diga delante de otros: va a venir mi hijo. Cuando le mostré a mi madre el cheque que había cobrado, la observación de ella fue: «No es tanto», pero se detuvo mirando la cifra. Tengo rabia, odio contra él, pero eso me limita en ganar más y me da culpa, ¿qué puedo hacer?”

Este ¿qué puedo hacer?, mezcla de fatalismo, declaración de impotencia que desea mía, de destino que ya conoce, es sin embargo un lejano pedido de ayuda que a pesar de la ambigüedad, sostiene su análisis.

¿Qué desea de mí ahora? ¿Esas monedas (pene anal de su padre) o que le haga “caso en todo” porque tiene el cheque - falo que me muestra (como a su madre)? Posiblemente *ambas* cosas porque el dilema es que satisfacer aisladamente lo primero causa castración * y muerte

y entonces el equilibrio se afirma por la otra vertiente: mostrar-mirar-ad-mirar. Y volvemos al sueño, donde la palabra-encrucijada *oro* liga un conjunto de fantasías, constituyéndose en un significante esencial del inconciente de A. H. N.

“El oro brilla, origina codicia, produce ad-miración”, y A. H. N. necesita ser siempre el centro de admiración, pero “también por el oro la gente se mata, recuerde si no la fiebre del oro de San Francisco”. Por lo tanto *oro* condensa dos series significativas donde la muerte y el mirar-mostrar-admirar se despliegan.

LA MUERTE - EL MUNDO DEL OBSESIVO

Y recordemos nuevamente a Freud: 5 “[...] el mito griego retoma una compulsión del destino que todos respetamos porque percibimos su existencia en nosotros mismos. Cada uno de los espectadores fue una vez en germen y en su fantasía un Edipo semejante [...]”.

A. H. N. para controlar o escapar a ese destino ha instaurado la muerte en vida. Su carácter corresponde punto por punto a la descripción del carácter compulsivo de Reich. 39

* “Al querer hacerse amar por el padre para conservar sus títulos, se corre el peligro de pasar al rango de mujer: de ello resulta una posición eminentemente conflictiva en la que el retomo de la posición homosexual parece

Este señala la preocupación pedante por el orden, una extrema dificultad en la adaptación a situaciones nuevas con evitación de todo cambio porque origina displacer o angustia. La vida se desarrolla en todos sus aspectos conforme a un programa preconcebido e inviolable, determinando una existencia monótona y sin cambios. El pensamiento es circunstanciado, caviloso, sin jerarquización de los hechos importantes. Son rasgos salientes la avaricia o la marcada economía, el bloqueo afectivo, la frialdad o las reacciones afectivas tibias, el acentuado freno y control, la uniformidad en el vivir y en el pensar, la indecisión, la duda y la desconfianza. * Como bien señala Reich se tiene la impresión de estar frente a una “máquina viva”.

En la sesión misma este tipo de paciente exige mucha atención pero en cambio dice muy poco (Lieberman 35). Así lo atestiguan la dificultad para asociar, los silencios, la uniformidad de comportamiento dentro de la sesión, y el sentimiento contratransferencial de tedio, aburrimiento e infructuosidad en la tarea. El detenerse sobre lo externo, agrega Lieberman, 35 lo superficial y lo lógico le evita tomar contacto con las emociones, los sentimientos o las fantasías inconcientes que representan lo nuevo y por lo tanto lo temible y caótico. La intelectualización, con el uso excesivo de la lógica formal obstaculiza en el terapeuta la percepción de la fantasía inconciente.

También Leclair 33 habla de “la muerte en la vida del obsesivo” y se pregunta a propósito de su paciente Jérôme, por qué vive así en un presidio perpetuo, expiando su vida hasta la muerte. Es una de las preguntas dice, que se ha hecho, después de tantos otros que se han interesado en el mundo del obsesivo.

siempre posible y en la que ésta es remida por la amenaza de castración que implica.” 28

* Si las formaciones reactivas no han logrado completo éxito pueden encontrarse las tendencias originales de suciedad, pereza, incapacidad de manejo del dinero. Los sentimientos de compasión y de culpa derivan de los impulsos sádicos y son formaciones reactivas contra ellos.

Concibe la estructura obsesiva como el rechazo reiterado de la posibilidad última de su propia muerte, lo que equivale a una falsa aceptación anticipada, que querría hacer del que la soporta, algo ya terminado. Y con relación a la pulsión de muerte sostiene que Jérôme “nos ayuda muy precisamente a hacernos una idea más o menos concreta de la pulsión de muerte y de su papel en la dinámica de la neurosis obsesiva”. A. H. N., como Jérôme, se aísla, se protege, se anula, se paraliza, manifiesta su preferencia por lo inorgánico, inmutable, eterno, fuera del tiempo. La muerte “no es así, más que un mojón fronterizo ya virtualmente alcanzado y esa espacialización del tiempo, esa especie de gelificación del devenir” es, para Leclair, 33 la acción en parte de las pulsiones de muerte. El futuro apenas existe y en ese contexto los procesos de identificación adquieren una rigidez cadavérica cuya animación sólo viene de un perpetuo juego de espejos.

Pero hubiera sido un profundo error dejarse engañar por esa inmovilidad de estatua: esto es sólo la apariencia de un proceso escondido que exige la más perfecta estrategia, un absoluto control, un ajuste de piezas y mecanismos para alejar todo aquello que pueda perturbar la serenidad de ese mundo que quiere detenido y para que sólo se mueva bajo su control. Se limita y limita los demás, toma medidas y calcula con la precisión de una máquina computadora, porque “lo imprevisto me hace entrar en una especie de desintegración”. Es notable su preocupación por el funcionamiento: necesita saber cómo funciona todo, inclusive cómo funciona y cuáles son los mecanismos en juego en su análisis, pero nada más que los mecanismos...

La analidad es considerada por los distintos autores como la piedra angular de la metapsicología del obsesivo. Wisdom 45 señala acertadamente que no existe una teoría explicativa clara sobre la fijación anal.

Para Freud, dice este autor, el desarrollo de la libido por fases, parecería que de alguna manera era biológicamente normal, y el problema de la fijación consiste más bien en explicar el porqué del fracaso de este desarrollo. Los factores que tuvo en cuenta la teoría clásica fueron fundamentalmente factores externos, hasta que Freud en 1918 ¹⁰ señala que una de las razones que explica al rehusarse a abandonar las heces es que ello significaría la castración. También Wisdom ⁴⁵ se detiene en el desarrollo de las ideas kleinianas sobre la destrucción anal sádica del cuerpo de la madre pero considera que estos ataques son una consecuencia más que un proceso inicial en el obsesivo.

El succionar o morder y el defecar estarían estrechamente vinculados en la primera época de la vida. (Wisdom toma esta hipótesis de Freud ¹⁹ cuando dice en “Tótem y tabú” que una persona sucia, es decir la que ha violado el tabú, no debe tocar su propia comida y alguien debe alimentarla.) Sostiene la hipótesis de que el niño a pesar de sentir que transforma en malo el pecho bueno se aferra obstinadamente a la idea de que el erotismo anal es bueno lo que proporciona un foco de tajante *ambivalencia*. En el carácter obsesivo habría una constante y obstinada tentativa de defender la bondad de sus actividades y sus objetos, a los cuales al mismo tiempo condenaría. Explica la *homosexualidad* latente en los siguientes términos: el erotismo anal tendría la función no tanto de una necesidad que impulsa al niño a buscar al padre para satisfacerla, aunque este proceso ocurra, sino sobre todo la función de atraer al padre para apoyar su idea de que el erotismo anal es bueno. Estaría además renunciando a su pene a cambio de heces, abandonando el predominio genital.

Ya que la agresión anal estaría expresada por expulsión, la fijación del erotismo no sería permitida por una fuerza expulsiva, pero podría ser tolerada por una receptividad pasiva. Por el camino de la homosexualidad llega así al papel del padre. En los trabajos freudianos el padre juega un papel decisivo

porque es el agente de la castración. 10 El Edipo está centrado en un nivel fálico. Para Melanie Klein el problema es diferente: se trata esencialmente de un ataque sádico al coito de los padres, separándolos. Wisdom 45 sostiene que dos significados se insinúan simultáneamente: 1. uno es que el niño no puede soportar el daño mutuo que él espera que se produzca, y 2. no puede aceptar la situación de los padres dándose algo uno al otro. Estos significados están fusionados en la idea única de robo. Esa necesidad de separar el padre de la madre en grado extremo demuestra que un importante rasgo de la posición depresiva está fuera de engranaje, y el niño no puede atravesar la posición depresiva al menos en un aspecto. Señala además otro hecho muy importante y es que si el niño no reconoce la diferencia entre sus padres (aunque sea en forma de objeto parcial) o no reconoce un papel especial a su padre, puede considerarlo simplemente como alguien que no hace nada, y cuando llega a reconocer a su padre como una persona diferenciada será solamente un objeto supernumerario que no encaja en su mundo. Si el padre es usado exitosamente, aunque sólo parcialmente, la posición depresiva puede ser elaborada hasta cierto punto y se puede superar la posición esquizoide. El trastorno obsesivo subsiguiente se desarrollará en la línea clásica con cierto grado de alcance del nivel fálico del desarrollo, con regresión prominente, sin rasgos esquizoparanoides floridos. Aquí el factor descrito por Klein no debería aparecer con la misma intensidad y si apareciera debería referirse a la castración, más que a los celos del padre apoderándose del pecho de la madre.

En un marco teórico diferente, Green 24 también señala el papel central de la analidad en la metapsicología del obsesivo. Parte del estudio del objeto anal porque considera que existen lazos extremadamente estrechos entre él y el carácter u organización del mismo nombre.

El objeto anal, dice este autor, está en una *posición* particular, “situado entre

la no existencia para el otro anterior a su expulsión —que es el tiempo del goce del sujeto, a título de objeto interno— y el tiempo en el que es objeto respondiendo a la demanda de otro —que es el tiempo del renunciamento del sujeto— a cambio del amor del otro —es decir, nada—, del cual la desaparición de las heces es el precio”. Como objeto-yo, es objeto de placer solitario, no compartido, fuente oculta de placer. Como objeto no-yo, deja de pertenecer al sujeto y su producción está ligada a la destrucción por el otro. El objeto anal es el objeto de la inversión del valor: dotado del más alto precio por el que lo forma, lo modela y lo crea (en la fase anal, la acción muscular permite una satisfacción de las capacidades agresivas), es precisamente aniquilado por aquel que lo solicita y que lo dota sin embargo del mismo reconocimiento de valor. El nacimiento del objeto anal es oral (alimento ingerido), su desarrollo es transformación (niño), y su destino es fálico o genital (castración).

El pene anal, sigue Green, 24 tiene un valor muy grande en ambos sexos, fundando la generalidad del pene y de la castración en el momento de los intereses en el control de esfínteres. El pene anal en el varón, por la erogenización de la zona anal, es el origen de la homosexualidad y de la desvalorización fálica. El sujeto debe renunciar a él para poder acceder a su destino de hombre provisto de pene. Es objeto también de mediación: *decir, querer, hacer*, están estrechamente ligados. Y señala el pasaje de esta ley, que Green designa “en bruto” de la demanda del otro, a una ley institucionalizada donde los *horarios, hábitos, ordenamiento*, son formas que deben ser escrupulosamente observadas. Remite al *poder y a la omnipotencia y a las formas y letras de la ley*.

MIRAR - MOSTRAR - AD-MIRAR. La estructura perversa

A. H. N. tiene actividades sexuales perversas voyeuristas-exhibicionistas y en menor grado sadomasoquistas, con gran rechazo de la relación genital heterosexual que le proporciona escaso placer, como ya hemos mencionado.

Es importante señalar que este tipo de paciente busca regularmente instaurar en la situación analítica el escenario de su placer perverso. Esto es lo que intenta A. H. N., utilizando recursos extremadamente variados para seducir. Son sobre todo los sueños que me “muestra” y sus sabias interpretaciones que ahora enriquece con lecturas de Freud; sus apreciaciones sobre la belleza y la estética, sus “lecciones” sobre los estilos en pintura, en escultura; su capacidad de ganar dinero, que desperdicia; de seducir mujeres (que solamente se limita a conquistar y que luego abandona sin el menor afecto); en la descripción detallada de escenas de violencia extrema que ha “mirado” o son producto de sus lecturas. La exhibición de su propio cuerpo en el diván ya es un motivo de placer conciente y su masturbación, que era muy intensa al comienzo del

análisis, disminuye afuera en forma notable. Sus refinadas técnicas de seducción son infinitas, pero todo está marcado por el mismo sello: capturar mi mirada, hacerme cómplice y partícipe de su goce y obtener al mismo tiempo y como efecto no menos importante, la paralización de mi capacidad interpretativa. Aparte de sus implicaciones narcisísticas, el inmovilizarme le proporciona una total seguridad. Cuando acepta la inutilidad de su intención de “brillar ante mí”, abandona progresivamente sus lecturas sobre psicoanálisis y también sus sueños de castración (que no le provocan la menor angustia), de penes cortados, sangrantes, para entrar en otro tipo de sueños, más aislados y más significativos porque son indicadores de su escisión. En ellos se observan simultáneamente dos escenas: una que corresponde a un cine o a un teatro, a un estudio de filmación, donde hay en general espectadores, actúan artistas, funcionan televisores, micrófonos, pantallas; y otra de desolación, de ciudades destruidas, de edificios caídos o de insectos, animales extraños, comadreja hormigas, que también parecen larvas, gusanos que invaden casas llenas de basura y devoran todo.

Se debe fundamentalmente a Freud el conocimiento de la alta diferenciación y complejidad de las perversiones sexuales. En efecto, la teorización freudiana fue enriqueciéndose en el curso de los años y es muy esclarecedor seguir sus pasos esenciales para una mejor comprensión de los problemas.

En 1905²⁰ señala el carácter compuesto de la pulsión sexual, la diversidad de zonas erógenas y pulsiones parciales y la existencia de un desarrollo, que de una disposición perversa polimórfica culmina, cuando es exitoso, en la unificación de esas pulsiones parciales y la primacía de la zona erógena genital. Concluye en esa época que la ausencia de represión de un componente de la sexualidad infantil, en oposición a las neurosis, da cuenta del carácter conciente que se exterioriza en propósitos fantaseados o en actos.

Es esencialmente en ediciones posteriores a 1905 y en notas al pie de página que Freud va a señalar cada vez más enfáticamente la relación de las perversiones con el complejo de Edipo y el papel jugado por la represión.

En 1910 en “Un recuerdo infantil de Leonardo de Vinci”, 15 recuerda especialmente el papel de la madre en el origen de la perversión. La construcción freudiana sobre Leonardo, dice Lacan 29 está centrada sobre el tema del niño, aislado en su relación dual con la mujer y confrontado con el problema del falo como lo que le falta a ella. Frente a la ausencia de un padre, queda Leonardo entregado a las caricias de una madre insatisfecha. Cuando este amor sucumbe a la represión, el niño se identifica con ella tomando como modelo su pro-pia persona a cuya semejanza escoge sus nuevos objetos eróticos.

En “Pegan a un niño” (1919), refiriéndose a la génesis de las perversiones, Freud 13 señala que la perversión no aparece aislada en la vida sexual del niño sino que es acogida en el conjunto de los procesos evolutivos típicos, queda relacionada con su complejo de Edipo y a su desaparición subsiste como resto, muchas veces único del mismo, como legataria de su carga libidinosa y sustentáculo de la conciencia de culpa a él adherida. La constitución sexual anormal ha mostrado su energía imponiendo al complejo de Edipo una orientación especial y obligándolo a subsistir en un fenómeno residual desacostumbrado. La identificación con el progenitor del sexo opuesto aparece en Freud no solamente en el trabajo sobre Leonardo de Vinci, 15 sino que es un factor determinante de la homosexualidad de su paciente en “Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina” (1920). 17 También insiste en 1922 16 que en el homosexual la identificación con la madre es un desenlace de la adherencia a la misma. Este desenlace permite al mismo tiempo al sujeto mantenerse fiel en un cierto sentido al primer objeto. El desprecio a la mujer, su repulsa y

hasta el horror a ella, se derivan del descubrimiento de que la mujer carece de pene. El narcisismo, la alta valoración concedida al órgano viril y la incapacidad de renunciar a su existencia en el objeto erótico, explican la elección de objeto homosexual, pero más tarde también se presenta como un poderoso motivo el respeto o el miedo al padre, toda vez que la renuncia de la mujer significa que el sujeto elude la competencia con él o con las personas que lo signifiquen. La conservación de la condición del pene y la renuncia a la competencia con el padre pueden ser adscritas al complejo de castración.

En 1927⁸ Freud considera ciertos modos de defensa de particular importancia en las perversiones. En “El fetichismo” anuncia el fetiche como el sustituto del falo de la mujer (de la madre), en cuya existencia el niño creyó y al cual no quiere renunciar. Si la mujer está castrada, su propia posesión del pene peligra, y contra ello se rebela esa porción de narcisismo que la naturaleza ha dotado a dicho órgano. Se refiere al destino que sufre la representación inaceptable (la falta de pene en la mujer) como *renegación*. La percepción se ha conservado y se ha puesto en juego una acción sumamente enérgica para mantenerla renegada. En el conflicto entre el peso de la percepción ingrata y el poderío del deseo opuesto llega a una transacción, tal como sólo es posible bajo el dominio de las leyes del pensamiento inconsciente, o sea de los procesos primarios. En el mundo de la realidad psíquica, en efecto, la mujer conserva un pene a pesar de todo, pero este pene ya no es el mismo que era antes. Otra cosa ha venido a ocupar su plaza y ha sido declarada su sucedánea y es ahora heredera del interés que antes había dedicado al pene. Como estigma indeleble de la represión operada consérvase también la aversión contra todo órgano genital femenino real. El fetiche, agrega Freud, le evita además convertirse en homosexual pues confiere a la mujer precisamente aquel atributo que la torna aceptable como objeto sexual. Una parte considerable de la realidad puede ser renegada sin desarrollarse una psicosis. Las dos actitudes, la consistente con la

realidad y la conformada según el deseo, pueden subsistir paralelamente. Combina en sí las dos proposiciones incompatibles: la mujer conserva todavía el pene y el padre ha castrado a la mujer.

En 1938⁷ señala Freud que ante el conflicto entre la exigencia del instinto y la objeción de la realidad que tiene por consecuencia un peligro real difícilmente tolerable, el niño responde con dos reacciones opuestas, ambas válidas y efectivas, pero esta solución se hace a expensas de una grieta en el yo: es el *Spaltung*, o la escisión del yo.

En el “Compendio del psicoanálisis”, Freud⁶ retorna el problema de la escisión del yo, considerando que en el fetichismo se expresan al mismo tiempo dos presuposiciones contrarias. Por un lado reniega el hecho de su percepción pero por otro lado reconoce la falta de pene en la mujer. Ambas actitudes subsisten, la una junto a la otra, durante la vida entera sin afectarse mutuamente.

La perversión fetichista es considerada por muchos autores, particularmente en Francia, como la perversión básica, proponiéndose el estudio de las perversiones sexuales “a partir del fetichismo” (Rosolato).⁴⁰

El múltiple interés del fetichismo, señala Pontalis,³⁸ se orienta en tres direcciones:

1) Reafirmación de la función del complejo de castración y de la eficacia simbólica de la diferencia de sexos.

2) Análisis de un modo particular de creencia fundado en la renegación (*Verleugnung*).

3) Presencia de una estructura del yo en su relación con la realidad: el

clivaje (*Ichspaltung*).

Y agrega acertadamente Pontalis que la renegación se dirige no a la realidad de una percepción, ya que el pene de la mujer no existe en la realidad, sino al “prejuicio” constituido por la teoría sexual infantil, que sostiene que todos los seres humanos tienen pene. La existencia de ese “prejuicio” permite plantear la equivalencia entre el enunciado “la mujer no tiene pene” (“percepción” que supone una afirmación primaria) y “la mujer está castrada” (teoría), con su implicación: “Yo, como la mujer, puedo ser castrado por el padre”.

A partir de ese momento originario del fetichismo la diferencia de sexos es admitida y reconocida como una ley de la naturaleza, pero en esa ley el sujeto no *se* reconoce.

En el estudio sobre las perversiones sexuales Clavreul 2 trata de encontrar algunos elementos que en forma más constante caractericen esa estructura permitiendo así desprenderse de lo que a nivel de la clínica está marcado por el sello de la contingencia del caso individual.

El descubrir la diferencia de sexos, dice este autor, es para el niño antes que nada la ocasión para una reinterpretación sobre la causa del deseo y un reconocimiento de su falta de saber como efecto retroactivo de esta reinterpretación. Por un lado tiene que integrar el hecho que sólo la falta puede ser causa del deseo y que la pulsión escotofílica que lo llevó a descubrir esa falta fue provocada por una falta de saber. El deseo de ver y de saber no es estructuralmente diferente del deseo sexual. La renegación del perverso (que el autor llama “désaveu”) recae sobre este punto: la causa del deseo no es una falta sino una presencia. Igualmente la renegación recae sobre la falta de saber como causa de la pulsión escotofílica. El niño entonces no se reconoce como aquel

que no sabía y deseaba saber, lo que en términos de relación con el padre significa que no admite el papel del padre, de su procesión y de su anterioridad en el saber en lo que concierne al objeto de su deseo, a su madre. Esto lo lleva a colocarse en la posición de no estar nunca desprovisto de lo que concierne al saber y particularmente al Saber sobre el amor y el erotismo. Es un saber rígido, implacable, incapaz de ser revisado frente al desmentido de los hechos, un saber sobre las cosas del erotismo que le asegura siempre el goce del otro. El peligro para el perverso es que el saber de la psicosis, un saber absoluto, fuera del tiempo, fuera de la dimensión de la ilusión, pueda implantarse. Lo evita creando o reconstituyendo en otro lado el campo de la ilusión. Ese otro lado es el fetiche, los travestismos, los juegos, las artes, que crean el campo de la ilusión al mismo tiempo que limitan su alcance para que no tenga la función de llevar a esa Verdad que necesariamente descubre al Otro en su camino. Esa fetichización está esencialmente marcada por el hecho que la actividad, el saber, los intereses del perverso, no tendrán que servir absolutamente para nada, ni llevar a ningún lado.

Pero para la creación de ese campo de la ilusión es necesaria la complicidad del Otro portador de la mirada. Y esto conduce a la importancia de la mirada de la madre, no sólo en el momento histórico del descubrimiento (con qué ojos ve la madre a su hijo que la mira), sino posteriormente, cuando se deja seducir por el encanto de los fetiches y los dones de su hijo. Y si la *mirada* de la madre es tan importante, es no sólo porque ha sabido ver otra cosa que la ilusión que su hijo le propone, sino porque tiene referencia hacia el lado del padre y la ley, y que es interesante de seducir porque está suficientemente amarrada a una situación familiar y social para que el desafío de desprenderla y pervertirla mantenga todo su valor.

Stoller 44 señala la influencia de los padres y particularmente de la madre en la conducta travestista de un varón. Encuentra que ciertos rasgos en ésta, como la bisexualidad, la envidia y odio hacia los hombres, promueven una excesiva simbiosis y una identificación patológica entre ella y su hijo (su falo). El padre no interviene para poner fin a esta situación. Cita a Sperling, quien realizó el análisis de los padres en casos de pacientes perversos.

Otros autores, como Back, 1 Greenacre, 26 Socarides 43 y Masud Khan, 27 señalan la importancia de las fijaciones pregenitales y la debilidad de la estructura del yo en las perversiones.

Gillespie 21 insiste en que el juego perverso en muchos sentidos es comparable a un sueño con un escenario. El contenido manifiesto hace uso de procesos primarios del pensamiento, inversiones, desplazamientos y equivalentes simbólicos. Aunque las perversiones, dice este autor, son creadas por elementos constituyentes de la sexualidad infantil, es clínica y teóricamente insostenible que la perversión sea simplemente una persistencia de impulsos que han escapado a la represión y que representa una defensa contra el complejo de

Edipo y la ansiedad de castración. La defensa comprende una regresión de la libido y de la agresión a niveles pregenitales, de tal forma que hay un incremento del sadismo, que lleva a culpa y ansiedad y a defensas contra éstas destinadas a la protección del *self* y del objeto. La libidinización de la ansiedad, de la culpa y el dolor son modos de defensa característicos.

Los métodos defensivos y la conducta del yo son tan importantes como las vicisitudes del instinto para la comprensión de las perversiones. El yo adopta un componente de la sexualidad infantil que le permite rechazar el resto. El yo puede hacer esto debido a que el superyó es especialmente tolerante para esta forma particular de sexualidad y, en segundo término, por el clivaje del yo y del objeto, de tal modo que un objeto idealizado y una parte del yo relativamente libre de ansiedad y de culpa están capacitados para los fines de una relación sexual que tiene lugar en un área donde el juicio de realidad no tiene vigencia.

En otro trabajo (1964), 22 destinado sobre todo al estudio de la homosexualidad, señala que hay argumentos que orientan a enfatizar (por lo menos en ciertos tipos de homosexuales) las fantasías preedípicas, en particular las fijaciones orales de la madre, el pecho y el trauma del destete.

Mc Dougall 36 sostiene que existe en las perversiones una falta vital en la estructura del yo, debido a la falla en la simbolización, falla *que se refiere* al significado de la escena primaria y al papel del pene del padre en el mundo interno. Lo que falta es buscado entonces en un objeto externo o situación. En el mundo interno la madre es idealizada y el padre está representado por una ausencia. Insiste en la contraparte defensiva y persecutoria de ese mundo de erotismo en que trata de convencer y de convencerse que es poseedor del secreto del deseo sexual. El falo idealizado está en algún lado pero no es posesión del padre, que aparece castrado o no existente. En la nueva escena primaria

que él crea, la castración no sólo no hace daño sino que es de hecho la condición para el surgimiento erótico y el placer. Si la ansiedad llega a surgir, se erotiza y se hace nueva condición de la excitación sexual. Esta escena primaria debe ser validada por un espectador que es a veces él mismo en un espejo.

ARTICULACIÓN DE LAS ESTRUCTURAS OBSESIVA Y PERVERSA

En base al material clínico y a los conceptos expuestos anteriormente es posible abrir algunos caminos en el intento de articular las dos estructuras, obsesiva y perversa.

1) Escenario edípico y complejo de castración

A.H.N. está lejos de haber culminado exitosamente la situación edípica y permanece aprisionado en una relación triangular arcaica que no puede abandonar por objetos ajenos a su círculo incestuoso. El sueño indica el tiempo en que se ha detenido su Edipo: 1) el falo es posesión del padre; 2) a través de la relación homosexual pasiva con él obtiene esa posesión; 3) el falo le da acceso a la madre.

Lacan ha reformulado el complejo de Edipo distinguiendo tres tiempos en el trío que forman los protagonistas.

En el primer tiempo el niño trata de identificarse con lo que es objeto del deseo de la madre: es deseo del deseo de la madre. Pero en la madre hay algo más que la satisfacción del deseo del niño y detrás de ella se perfila todo ese orden simbólico del que depende, y ese objeto predominante en el orden simbólico: el falo. En este momento el niño no es tanto sujeto, sino sujetado a su

madre en la medida en que él encarna el falo. Lacan sostiene que las identificaciones perversas pueden fundarse en la medida en que ese mensaje se realiza de manera satisfactoria.

En el segundo tiempo el padre interviene efectivamente como privador de la madre en un doble sentido, porque priva al niño del objeto de su deseo y a la madre del objeto fálico. El deseo de cada uno está sometido a la ley del deseo del otro. Si el sujeto no acepta esta privación del falo operada por el padre sobre la madre, conserva una cierta forma de identificación con ese objeto rival y el problema que se le plantea es ser o no ser el falo. Esta segunda etapa es capital porque permite la identificación con el padre.

En el tercer tiempo del que depende la declinación del Edipo, el padre interviene como aquel que tiene el falo y que no es tal. Reinstaura el falo como objeto deseado por la madre y no ya como objeto del que pueda privarla como padre omnipotente.

El varón no puede culminar el Edipo y acceder a la identificación paterna si no ha atravesado la crisis de castración, es decir, si no se ha visto rechazado en el uso de su pene como instrumento de su deseo por la madre. El complejo de castración debe ser referido al orden cultural, donde el derecho a un cierto uso es siempre correlativo de una interdicción. ~

En 1924, Freud ⁹ señala que las dos posibilidades de satisfacción relacionadas con el complejo de Edipo traen consigo la pérdida del pene, la masculina como castigo y la femenina como premisa. Si esta satisfacción amorosa ha de costar la pérdida del pene, surge un conflicto entre el interés narcisista por éste y la carga libidinosa por los objetos parentales. Normalmente vence el primer poder y el yo del niño se aparta del complejo de Edipo, las cargas de objeto quedan abandonadas y sustituidas por identificaciones. Se constituye el nódulo

del superyó que perpetúa la prohibición del incesto y garantiza al yo contra el retorno de las cargas del objeto libidinoso.

A. H. N. no ha renunciado a los objetos parentales, pero al mismo tiempo mantiene el alto interés narcisista por el pene: no ha elegido, no ha renunciado a ninguno de los dos términos de la alternativa. Alcanza simultáneamente la gratificación sexual con el padre por el sometimiento homosexual pasivo y el dominio de la madre gracias a la seducción que ejerce sobre ella lo que él ahora posee. El falo es deseado por ella y él lo tiene, o mejor dicho *es*. Reconoce la castración, ya que admite la existencia del padre y al ser éste el poseedor del falo, su posible papel en el deseo de la madre. Pero ha encontrado el modo de renegarla por medio de la identificación del cuerpo entero con un pene anal que posee los atributos del poder fálico: es el fetiche (el oro del sueño).

Recibe el falo por la vía que corresponde a la organización sádico-anal de la libido de la estructura obsesiva. Esta misma organización da cuenta también de la relación sexual con la mujer, que se limita a actividades voyeuristas-exhibicionistas o sado-masoquistas. En el sueño completa a su madre, sometiéndola: “ahora me tienes que hacer caso en todo”; *todo* es también la totalidad que centra su fantasía corporal.

El padre aparece en el sueño con las características del Padre ideal, que ha sido estudiado, siguiendo a Lacan, por M. Safouan. 41 La estructura del Padre ideal para este autor es imaginaria pero incluye el elemento simbólico de la interdicción. Sus funciones son: 1) Reforzar la fundación del deseo sobre la ley pero nada más que en los aspectos negativos de la interdicción. 2) Sostener una identificación narcisista, condición de todo encuentro con el objeto. El padre, obstáculo indispensable, es el rival siempre traicionado: es en su lugar “robado”

donde el sujeto se coloca, el deseo va a investir el falo más que al objeto mismo y el sujeto sacrifica su deseo para proteger su falo. 3) Constituir un término que se opone y nunca satisface el deseo de la madre, Marca la introducción del significante paterno, pero en una relación de sometimiento homosexual del sujeto. Éste necesita la referencia al padre, la prohibición que también mide la fuerza de su deseo. El padre muerto constituye la condición de la relación genital y la culpa está vinculada a esta condición de muerto. “Antes de morir”, dice el sueño, porque A. H. N. teme mucho la muerte, la que él puede dar y la que retorna por vía del castigo.

Este Padre ideal, que aparece en el análisis de los obsesivos y perversos, es también el padre omnipotente del segundo tiempo del Edipo.

La satisfacción sexual precoz del obsesivo fue señalada por Freud 4 en 1896. Leclair 32 ha señalado en el obsesivo el clivaje precoz del cuerpo de la madre y la investidura demasiado precoz del cuerpo como objeto de deseo, falo separado, a disposición del propio goce neurótico materno. El sueño muestra la transformación de la fantasía inconciente. Una vez él fue seducido y sujetado a la madre: la madre es ahora seducida y sujetada a él. La voz pasiva da lugar a la voz activa: “ahora me tienes que hacer caso en todo”. Cambian los papeles, pero se mantienen los mismos actores y el mismo cierre, no se inscribe ningún corte que le permita nacer al deseo en otra forma que no sea la perversa.

2) La dialéctica de las pulsiones de vida y de muerte

A. H. N. lleva la existencia de un obsesivo y vive “mentirosamente muerto”, creando un mundo de cera que controla con admirable precisión.

Con respecto al juego de las pulsiones, la neurosis obsesiva, como señala Green 24 está marcada en la teorización freudiana por la introducción de la

pulsión de muerte. Pero ésta fue introducida cuando la teorización de la neurosis estaba ya muy avanzada. En 1924 Freud ¹⁴ dice que el sadismo es la parte de la pulsión de muerte que el yo logra desviar hacia el mundo exterior aliada a Eros en su descarga. Creen ²⁴ sostiene que se retuvo ese aspecto de las cosas, aceptándose la noción de erotización sádica y olvidándose la parte que pertenece propiamente a la pulsión de destrucción. Se suele decir que en la neurosis obsesiva las catectizaciones sádicas de la fase genital se agregaron a las de la fase anal y dominaron la relación objetal. Su intensidad es tal que conduce a contramedidas defensivas que tienen por efecto paralizar el yo, ya que el menor relajamiento tendría efectos devastadores. Diferencia la catexia agresiva muy estrechamente ligada a la catexia erótica, donde hay un contacto íntimo con el objeto y que se manifiesta en la descarga del goce, de la catexia destructiva tal como la ejemplifica la neurosis obsesiva. No es la orientación interna de la catectización agresiva lo único que está en juego, sino la naturaleza de esta catectización, que obra en el sentido de la separación y que se opone a la unión con el objeto fantasmático o su representación. En el complejo de Edipo, separando al padre de la madre, no solamente impide su coito, sino que también preserva y controla la destructividad que supone se harían entre sí. Se trata no sólo de sadismo, ya que éste implica también goce por la unión con las pulsiones eróticas, sino de la acción de separación característica de la pulsión de muerte.

La pulsión de muerte, para Leclaire, ³⁴ es la fuerza que apunta a la irreductibilidad del objeto, contrariamente a la pulsión de vida, que es la fuerza constituida por el juego o las diferencias de los significantes. La inmovilidad, la fijeza, la detención del tiempo, la preferencia por lo inorgánico, el temor de la muerte, serían para este autor, elementos que en la estructura obsesiva permiten formarse una idea de la pulsión de muerte. Pero posteriormente, agrega que si se bloquea el trabajo de la pulsión de muerte, si algo de la muerte necesaria es

detenida, también se detiene algo del orden del deseo. Asigna como objeto de la pulsión de muerte, el representante narcisista primario (el discurso del otro dentro de nosotros). Si éste no es destruido, el sujeto no puede nacer al orden del deseo. Creemos entender que se trataría entonces no de la acción prevalente, sino del debilitamiento de la acción de la pulsión de muerte, lo que explicaría la “momificación” del deseo en el obsesivo.

En la situación que estudiamos en páginas anteriores, la persona propia asume una representación de permanencia, es decir, una posición de objeto (objeto anal), planteando simultáneamente el problema del narcisismo y de la pulsión de muerte, íntimamente relacionados entre sí. Hay primero un investimento de la persona propia en el lugar del objeto, es decir, como objeto de la pulsión de muerte (narcisismo primario), y sobre éste se juega secundariamente el investimento erótico del propio cuerpo que pasa a ser objeto de deseo, es decir, objeto propiamente sexual. En esa posición fantasmática, todo el cuerpo, pene eréctil en posición visible, mirado y admirado por su brillo (oro) es una fuente de placer todas las veces que un ojo y una mirada aseguren el juego erótico. Ese ver y mirar en forma obsesionante e insaciable, son buscados constantemente en su vida afuera y desde luego buscados en la situación analítica donde, constituido en fetiche, marcado con las fuertes características anales del objeto que lo origina, se erige en el único “animador de su deseo” (Pontalis 38). Sólo exige del analista su instrumento de mirar que hace posible el surgimiento del nuevo Sujeto (*ein neues Subjekt*) en el camino retrogresivo del circuito escópico.

En menor grado juegan las pulsiones erótico - anales - sádicas en el campo analítico.

3) Las instancias (la segunda tópica)

Ya hemos señalado que el Padre ideal, figura imaginaria común a la estructura obsesiva y perversa, tiene el elemento simbólico de la interdicción. No se ha accedido verdaderamente al *muerto* que constituya la condición de la relación genital. Es el Padre rígido, implacable, restrictivo para la actividad genital, permitiendo sólo las satisfacciones pre - genitales que no lo ponen en peligro. Freud,¹⁴ en “El problema económico del masoquismo”, plantea la situación de la no desexualización del superyó.

El yo de A. H. N., considerado en el aspecto de sus funciones y capacidades y sobre todo de su función sintética, está fracturado (*Spaltung*). Los sueños con las dos escenas muestran en una de ellas el escenario de la ficción, el teatro, la construcción de sus fantasías perversas; en la otra, la castración que aparece en la forma regresiva señalada por Freud, 9 de miedo de ser devorado.

Laplanche y Pontalis 31 sostienen que la escisión es, más que una defensa del yo, la coexistencia de dos mecanismos de defensa: uno dirigido a la realidad (renegación) y otro a los representantes de la pulsión (represión), permitiendo este último la aparición de otros rasgos neuróticos. La renegación de la realidad en una parte del yo establece el punto de contacto con la psicosis. Para Gillespie, 21 contrariamente a las neurosis en que la defensa está basada en la represión, las defensas en las perversiones son de naturaleza esquizoide (clivaje, negación e idealización), lo que equivale a establecer, en un marco referencial diferente, el parentesco con las psicosis.

El desplazamiento, el aislamiento de los afectos, la anulación, son mecanismos de defensa típicamente obsesivos y organizados, en este caso particular

bajo la forma de una disfunción de la formación reactiva. 45 Estas formaciones reactivas tienen, como es sabido, la función de evitar las represiones secundarias, produciendo de una “vez por todas” una modificación definitiva de la personalidad y son la base del carácter.

RESUMEN Y CONCLUSIONES

El carácter obsesivo y la perversión considerados como estructuras en un sistema de relaciones de la personalidad, nos han llevado, previa exposición de los elementos esenciales de cada una de ellas, a la búsqueda de las posibles formas de articulación en una única estructura (de nivel superior) que las contenga. Una determinada posición frente a la castración, así como un tipo particular de objeto podrían caracterizar a esta última estructura, posición y objeto que intentamos examinar en distintos niveles de la construcción abstracta, con el planteo de algunas hipótesis.

Un nivel de teorización muy vecino a las mismas fantasías del paciente con el que se ejemplifica, surge del estudio del escenario edípico y de las relaciones entre los tres términos que lo forman. En el registro imaginario, el paciente no ha renunciado a los objetos parentales pero al mismo tiempo mantiene el alto interés narcisista por el pene: no ha elegido, no ha renunciado a ninguno de los dos términos de la alternativa. Alcanza simultáneamente la gratificación sexual con el padre poseedor del falo por el sometimiento homosexual pasivo, que le permite hacerse dueño del mismo, y el dominio de la madre gracias a la seducción que ejerce sobre ella lo que él ahora posee. El falo es deseado por ella y él lo tiene o, mejor dicho, *es*. Reconoce la castración, ya que admite la existencia del padre y al ser éste poseedor del falo, su posible papel en el deseo de la madre. Pero ha encontrado el modo de renegarla por medio de la identificación del cuerpo entero con ese pene anal (objeto de la estructura obsesiva) que está investido con los atributos del poder fálico (fetiche, objeto de la estructura perversa).

Otro nivel de teorización lleva al examen de las pulsiones. El trabajo de la pulsión de muerte se revela en los aspectos clásicamente observados en toda

organización obsesiva, pero sobre todo en la identificación con una representación de permanencia y la consiguiente posición objetal que asume la persona. Esta función objetal está estrechamente vinculada con el narcisismo primario “como aspiración a una totalidad autosuficiente e inmortal cuya condición es el autoengendramiento, muerte y negación de la muerte a la vez. Narcisismo primario y estructura obsesiva tienen en el trabajo de la pulsión de muerte un punto de articulación en la estructura. Gracias al investimento secundario del propio cuerpo por las pulsiones eróticas (narcisismo secundario) y sin abandonar la función objetal, llega a ser objeto de deseo, objeto propiamente sexual, abriendo así el acceso al goce. *No hay lugar para la falta*, pero con la condición de que su cuerpo-fetiché esté siempre allí, *visible*, para atestiguar que sólo una presencia (la suya), es la causa del deseo.

Solamente exige del analista su instrumento de mirar, que hace posible el surgimiento del nuevo sujeto (*ein neues Subjekt*) en el camino retrogresivo del circuito escópico.

BIBLIOGRAFÍA

- 1) BAK, R.. C.: “Fetichism”. *J. Amer. Psycho-Anal. Assoc.*, 1953, 1.
- 2) CLAVREUL, J.: *Le con pie percers*. En: “Le désir et la perversion”. Du Seuil, París; 1967.
- 3) FENIGHEL, O.: “Teoría psicoanalítica de las neurosis.” Nova, Buenos Aires; 1957.
- 4) FREUD, S.: Manuscrito K. *Los orígenes del psicoanálisis*. “Obras completas”, XXII. S. Rueda, Buenos Aires; 1956. S. E. 1.
- 5) FREUD, S.: Carta 71. *Los orígenes del psicoanálisis*. “Obras completas”,

XXII.

S. Rueda, Buenos Aires; 196. S. E. 1.

- 6) FREUD, S.: *Compendio del psicoanálisis*. “Obras completas”, XX. S. Rueda, Aires; 1955. S. E. 23.
- 7) FREUD, S.: *La escisión del yo en el proceso defensivo*. “Obras completas”, XXI. S. Rueda, Buenos Aires; 1955, S. E. 23.
- 8) FREUD, S.: *Fetichismo*. “Obras completas”, XXI. S. Rueda, Buenos Aires; 1955. S. E. 21.
- 9) FREUD, S.: *El final del complejo de Edipo*. “Obras completas”, XIV. S. Rueda, Buenos Aires; 1953. S. E. 19.
- 10) FREUD, S.: *Historia de una neurosis infantil*. “Obras completas”, XVI, S. Rueda, Buenos Aires; 1953. S. E. 17.
- 11) FREUD, S.: *La interpretación de los sueños*. “Obras completas”, VI. 8. Rueda, Buenos Aires; 1953. S. E. 4/5.
- 12) FREUD, S.: *La organización genital infantil*. “Obras completas”, XIII. S. Rueda, Buenos Aires, 1953. S. E. 19.
- 13) FREUD, S.: *Pegan a un niño*. “Obras completas”, XII, 5. Rueda, Buenos Aires, 1953. S. E. 17.
- 14) FREUD, S.: *El problema económico del masoquismo*. “Obras completas”, XIII. S. Rueda, Buenos Aires; 1953. S. E. 19.
- 15) FREUD, S.: *Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci*. “Obras completas”, VIII, 8. Rueda, Buenos Aires; 1953. S. E. 11.
- 16) FREUD, S.: *Sobre algunos mecanismos neuróticos en los celos, paranoia y homosexualidad*. “Obras completas”, XIII. S. Rueda, Buenos Aires; 1953. S. E. 18.
- 17) FREUD, S.: *Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina*. “Obras completas”, XIII. S. Rueda, Buenos Aires; 1953. S. E. 18.

- 18) FREUD, S.: *Sobre las transmutaciones de los instintos y especialmente del erotismo anal*. “Obras completas”, XIII. S. Rueda, Buenos Aires; 1933. S. E. 17.
- 19) FREUD, S.: *Tótem y tabú*. “Obras completas”, VIII. 8. Rueda, Buenos Aires; 1953. S. E. 13.
- 20) FREUD, S.: *Tres ensayos sobre una teoría sexual*. “Obras completas”, II. S. Rueda, Buenos Aires; 1952. S. E. 7.
- 21) GILLESPIE, W. H.: “The general Theory of Sexual Perversion”. *Int. J. PsychoAnal.*, 1956; XXXVII.
- 22) GILLESPIE, W. H.: “Symposium Homosexuality”. *Int. J. Psycho-Anal.* 1964; XLV.
- 23) GRECO, P.: “Análisis estructural y estudio del desarrollo”. *Oficina del Libro*. Montevideo.
- 24) GREEN, A.: “Metapsicología de la neurosis obsesiva”. *Rev. Urug. de Psic.*, 1971/72, XIII, 1.
- 25) GREEN, A.: “El narcisismo primario, estructura o estado”. *Proteo*, Buenos Aires; 1970.
- 26) GREENACRE, P.: “Further considerations Regarding Fetichism”. *Psycho-Anal. Study Child*, 1955; X,
- 27) KHAN, M. N. R.: “Foreskin Fetichism and its Relation to Ego Pathology in a Male Homosexual”. *Int. J. Psycho-Anal.*, 1965; XLVI.
- 28) LACAN, J.: “Las formaciones del inconciente”. Nueva Visión, Buenos

- Aires; 1970.
- 29) LACAN, J.: “La relación de objeto y las estructuras freudianas”, *Rev. Urug. Psic.*, 1969, XI, 2.
- 30) LAGACHE, D.: “La psychanalyse et la structure de la personnalité”. *La Psychanal*, 1961, 6.
- 31) LAPLANCHE y PONTALIS, J. B.: “Vocabulaire de la psychanalyse”. PUF, Paris, 1971.
- 32) LECLAIRE, S.: Les éléments en jeu dans une psychanalyse (á propos de l’Homme aux loups)” *Les Cahiers pour l’Analyse*, N° 5; 1966.
- 33) LECLAIRE, S.: “Jerôme o la muerte en vida del obsesivo”. *Rev. Urug. de Psic.*, 1971/72, XIII, 1.
- 34) LECLAIRE, S.: Seminarios realizados en la Asociación Psicoanalítica del Uruguay; 1973-1975.
- 35) LIBERMAN, D.: “Lingüística, interacción comunicativa y proceso psicoanalítico”. Galerna, Buenos Aires; 1971.
- 36) McDOUGALL, J.: “Primal Scene and Sexual Perversion”. *Int. J. Psycho-Anal.*, 1972, III.
- 37) NIETO GROVE, M.: “Mecanismos obsesivos y defensa hipocondríaca”. *Rev. Urug. de Psic.*, 1964, VI, 4.
- 38) PONTALIS, J. B.: “Presentation”. *Nouvelle Rev. de Psych.*, N° 2; 1970.
- 39) REICH, W.: “Análisis del carácter”. Paidós, Buenos Aires; 1957.
- 40) ROSOLATO, G.: Étude des perversions sexuelles a partir du fétichisme”.

En: “Le désir et la perversion”. Du Senil, París; 1967.

41) SAFOUAN, M.: *Études sur l’Oedipe*”. Du Seuil, París; 1974,

42)SCHAFF, A.: *Le structuralisme en tant que courant intellectuel*. En:
“L’homme et la société”. París, 1972.

43)SOCARIDES, C. W.: “The Function of Moral Masochism with Special
Reference to the Defense Process”. *Int. J. Psycho-Anal.*, 1958; XXXIX.

44) STOLLER, R. J.: “The Mother’s contributions to Infantile Transvestic
Behaviour”.
Int. J. Psycho -Anal. 1966, XLVII.

45) WISDOM, J. O.: “¿Cuál es la teoría explicativa de la neurosis obsesiva?”
Rev. Urug. Psic., 1971/72, XIII, 1.

Sélika Acevedo de Mendilaharsu

*

**ACTUAR, HABLAR,
IDENTIFICAR ***

Por
SAUL PACIUK **
(Montevideo)

*¡Pero es un placer tan grande interrogar a
la cosa misma y no a la literatura que trata
de ella!*

Freud. Carta a Pfister, 12.VI.1909.

1) ES UN HECHO, ¿CUÁL?

ENTRE OCURRENCIAS. El analizando dice sus *ocurrencias* —literalmente: *lo que sale al paso*—. Habla de lo que siente, de lo que piensa, de su actividad (hace, actúa, trata y aun se da un trato a si mismo). De entre sus ocurrencias, algunas se perfilan como lo que se llama *acting-out*. ¿Qué ha pasado para que un hecho relatado deje de ser peripecia, síntoma, recuerdo, y se convierta en esta figura que, además, nombramos con el nombre que le dan los ingleses?

* Escrito especialmente para la Revista *Uruguay de Psicoanálisis* a partir de un trabajo leído en la APU en diciembre de 1976.

** Agradezco a Vida M. de Prego, Héctor Garbarino y Juan Carlos Rey su atenta e inteligente lectura del borrador de este trabajo, la que mucho benefició su redacción definitiva.

EL ACTING-OUT. Según el “Vocabulaire”, 29 la historia arranca de Freud, quien retorna la raíz latina *agere*, (obrar, actuar) en sus expresiones *agieren* y *abreagieren*. En particular en su célebre fórmula 14 del Compendio: *actúa ante nosotros en lugar de recordar*”, heredera a su vez de otra: “*la compulsión a la repetición en lugar de la impulsión de recordar*”.

La literatura posterior ha estado atenta a los caracteres que lo distinguirían de otros tales como peripecias de la vida, síntomas, etcétera. Lo considera una descarga impulsiva —intentando dar cuenta de su carácter imperativo— que cumpliría una función evacuativa en el marco del principio del placer. *

O bien lo vincula con la agresión, diferenciando empero el *acting-out* maligno del benigno,³¹ hallado necesario en cuanto proporciona conocimiento 16 o protege al analista. Aun así otros 44 no dejan de verlo como ataque al análisis. En fin, la diversidad bien se hace notar.

En la diversidad, hay coincidencia en definir el *acting-out* como se define una cosa. Se lo considera un hecho, algo *ya hecho*, y es sobre su naturaleza que tienen lugar las divergencias.

UN DESCONCIERTO. Si se llama *acting-out* a la conducta impulsiva, ocurre que no hay conducta que no se entienda como movida por algún impulso. Si se trata de la descarga (de tensiones o de lo reprimido) la abreacción sería *acting-out*. Y no es sostenible sin más, por ejemplo, que “la unión homosexual

* Entendimiento que se inscribe en la visión sanitaria que desliza una discutible asimilación entre placer y principio del placer. El principio del placer es el de la *puntualidad*: en lo temporal (la necesidad de descarga no conoce después) y en el sujeto y en el objeto (concéntrico con la descarga, el sujeto des-conoce toda la contradicción con otros aspectos de la situación). Pero la descarga no culmina en placer, sino más bien en culpa.

realizada en el curso del tratamiento” lo sea, como ha sido afirmado.

Cabe plantear si es ésta una crisis epistemológica, si la dificultad está en el plano de falta de claridad de la definición, de lo que nos sacaría algún diccionario. O si la dificultad está en otro plano, el del desconcierto que sobreviene ante el acting-out, oportunidad en que el analista parece naufragar. 19

Evidentemente, no se trata de una ocurrencia más. Tan es así que en su momento Freud presionaba para que se recuerde y formuló una regla de abstinencia, norma que algunos llevan hasta su extremo al condicionar la continuidad del análisis a la no ocurrencia de ciertas conductas (tales como fumar en la sesión o el acto perverso).

2) ¿CÓMO NOMBRARLO?

Acting-out parece nombrar *algo que desconcierta* al analista. Empezando porque es quizá, el único término para el cual el “Vocabulaire” no propone traducción. Puede que por esto no tenga nombre en castellano: nombrando en inglés nos remitirnos a lo que otros nombran. Pero en todo caso, el no tener equivalente hablaría de que hay, en relación con lo que nombra, algo no comprendido puesto que comprender es poder decir también de otra manera, *apropiada*.

¿Podría admitirse *actuación* como equivalente? Se diría que no, porque convierte el gerundio en sustantivo o adjetivo; en lugar de algo *haciéndose* sería algo *ya hecho*; pero no se estaría sustantivando más que cuando se dice “el” *acting-out*. Podría admitirse sí en cuanto ambos términos tienen la misma raíz, 11 el latín *actus*, derivado de *agere*, obrar.*

UN NOMBRE. Todo nombre *nombra una experiencia*, ella da su sentido. Experiencia es experiencia simultánea de la cosa nombrada y de mi como experimentador, de cómo me hace sentir a mí, sujeto encarnado, en su pre-

* Como todas, esta equivalencia es provisoria. Vale en tanto no se la cuestiona y entraña una cierta traición que no es posible eludir. Si no hay traducción acabada no es por defecto de una de las lenguas, sino por una diferencia esencial entre ellas. Cada lengua es inherente a una estructura de vida, que es la intraducible, lo que hace que “no se pueda hablar francés en inglés”. Quien vive en casa, no sabe que es *house* a menos que acceda al fondo por el que *house* es lo que es y acceder es hablar inglés. Quien dice *house* en un contexto castellano puede hacerlo en tanto *de hecho* opera con alguna traducción y tiene presente algo de su experiencia castellana, algo que bien puede requerir un libro para ser explicitado. Porque si no puede “explicarse”, ¿qué sentido tiene decirlo?

Una especie de lengua universal, hecha de injertos, o una lengua tenida por padrón idealizado, pretenden poner más allá de la “insuficiencia”, olvidando que cada lengua es un universo de lenguaje que delimita sus asuntos y en el conjunto de las lenguas revela que los toca *a su manera*, y que esta particularidad es constitutiva de nosotros mismos.

Podemos preguntarnos todavía en nombre de qué puede reclamarse traducción acabada, si cuando una lengua interroga una palabra propia, encuentra que esa palabra tiene un significado inacabado y que no se deja apresar, que siempre remite a otra y a otra cosa.

sencia. Ordinariamente esta experiencia es olvidada en beneficio de la atención que recibe la cosa; en el caso de la actuación, lo que el analizando relata haber hecho.

Puede ser una buena vía para salir del desconcierto *volver a la experiencia que se llama actuación*, reuniendo el contenido del relato del analizando, lo que dice como hecho, con la soslayada experiencia de mí en que ese contenido se hace presente. Es esta la *cosa misma* que proponemos retomar.

3) ES UN HECHO EN LUGAR DE

ENCONTRAR AL ANALISTA. *Se repite o se actúa (en lugar de) recordar*, volvamos a la fórmula de Freud. Obsérvese que ella integra tres términos: la naturaleza de lo que se ha hecho o no (actuar y recordar) y el enlace: lo hecho o no, ocurre *en lugar de*. Cuando se atiende a la naturaleza de lo hecho o no y tal enlace es sustraído, algo queda como *no comprendido*. Lo no comprendido es el analista, porque *es para el analista que algo ocurre en lugar de*. *Lo hecho le hace* de una manera diferente a como le haría un síntoma, no los confunde y a partir de *cómo le hace* —de que le hace como ocurriendo en lugar de— lo define como actuación.

El *en lugar de* implica un analista *expectante*. Si bien es cierto que el analista está abierto, no lo está a cualquier cosa.

Freud u esperaba recuerdos *pero no* repeticiones, Grinberg 18 asociación libre, Garbarino 17 elaboración. El analista tiene expectativas ya en el momento en que define una hora como libre y en la entrevista inicial entre-ve cómo

responde alguien a una pregunta de este tenor: ¿puede usted responder a mis requerimientos, a las condiciones que necesito para analizar?

CON SU CONDICIÓN. *Contra ciertos mitos, hay que decir que el analista espera. Por lo menos, analizar.* Que analizar implica tarea que se hace *bajo condición* e implica un mínimo concierto entre analista y analizando para *hacer algo y de cierta manera*, dentro de un llamado encuadre. Hay un campo de condiciones: la concurrencia, la asociación libre, cuyo cumplimiento el analista necesita y espera. Lejos de ser una limitación, el ser una tarea bajo condición es la protección del analista: lo defiende de la locura, de que espere y pase cualquier cosa y de suponerse pudiendo analizar cualquier cosa que pase.

Con la ocurrencia que el analista encara como actuación, el analizando dice no. Trasgrede, no una norma, sino una expectativa. Habla de un desconcierto. La resistencia habla de lo mismo, pero la actuación va más allá, *actualiza al analista su propia angostura*, toca los límites de su posibilidad de analizar y los vuelve patentes y sufridos. 19 La actuación lleva al punto en que la respuesta del analista puede hacer, del análisis, psicodrama, y sólo en una cierta medida está en las posibilidades del analista *responder* con inspiración, interpretando, y *no con otra actuación*, aun disfrazada de interpretación.

EL CONTENIDO. Por supuesto, el ocurrir *en lugar de* no agota la comprensión. El contenido de la actuación, especie de contenido manifiesto, no es aleatorio y su análisis revelará temas que alude y temas que elude. Pero esto se da también con cualquier ocurrencia y si atendemos sólo al contenido, difícilmente hallemos la pista de la actuación.

La actuación es actuación porque ocurriendo en lugar de, mueve a responder en lugar de, a responder actuando. Finalmente, se entabla una relación

en la que tanto analizando como analista actúan en lugar de: el analizando en lugar de recordar, asociar o elaborar, el analista en lugar de interpretar.

4) SE ESTÁ HACIENDO

UN CICLO. Si dejamos de estar fascinados por la *cosa hecha*, el acto acabado contenido en el relato, podemos atender a *lo que se está haciendo*. Entonces el relato se muestra, él mismo *como el acto inaugural de un ciclo*, pide una cierta respuesta y *es actuación y no otra cosa por la respuesta, por lo que hace haber al analista*.

RESPONDIENDO. El analista siempre es llamado a responder, y son muchas las respuestas que puede dar y no le es fácil orientarse hacia la que define un trato analítico.

Empezando porque el analista responde *por* la actuación, la que sugiere haber ocurrido por su causa, por su ineficacia. Los colegas (el superyó) y el ambiente 31-44 descubren fácilmente los signos inequívocos de que la actuación se había gestado y anunciado a través de numerosos tanteos 28 que el analista desoyó.

Pero sobre todo, responde *a* la actuación, ella lo tienta a responder descargando su propia tensión ante el desconcierto, des-haciendo lo que el analizando (le) ha hecho. Al trasgredir la condición del análisis, el analizando mueve al analista a trasgredirla a su vez, en la medida en que tal condición se le hace presente como limitación intolerable. Puede ignorar la actuación y ponerse como inalcanzable. O descubrir las limitaciones del análisis e inventar modificaciones que lo “perfeccionan”. Y aun puede hacer una comunicación, de

esas en las que exhibe las truculencias de “su” paciente, a menudo perverso. Su respuesta es actuación porque responde *haciendo lo que la actuación le hace hacer*.

ORIGINA Y CONSAGRA. Los colegas tienen razón si lo que dicen es que la actuación *se origina* en el analista. Todavía más, es el *mismo* analista quien, con su respuesta *la consagra*. Pero no tienen razón si lo que dicen es que el analista la causa. Se puede decir que se origina en el sentido de que *es la experiencia del analista la que da la pista de que se trata de una actuación*. Y que si es cierto que su respuesta consagra la actuación, no es menos cierto que el analista no puede sino responder: *hay que hacer lo que se pide*, según se pide, es ineludible e inherente a toda posibilidad de comprensión.

Respuesta es ya lo que la cosa da a sentir y pide que se sienta, el “cómo me hace sentir en su presencia”; y esta respuesta está en el origen de todo nombre. Toda posibilidad de comprensión parte de “responder según el papel que el analizando, en alguna parte de su personalidad (generalmente inconciente) desea que el analista realice”, como lo define Racker, 41 respuesta que *es* una variante de la *personificación* que plantea Klein. 22 Es sólo de esta manera, *realizándolo*, que el analista sabe de qué se trata.

La personificación sería el primer paso para desplegar la comprensión y ella debe ser pasajera: se actúa el papel inducido para luego analizar lo sucedido. La sola personificación es la actuación del analista. Le falta el tomar conocimiento de cuanto le pasa como contratransferencia, como respuesta a algo de la relación, movimiento de recuperación a partir del cual es posible La interpretación, falta que lleva a “una estable configuración del *acting-out*”, a una especie de “*folie à deux* refractaria al análisis”, “ por una personificación ciega y estable.

Si el analista *no se deja pasar* cosas y no concibe dentro de sí, si el analizando *no le hace*, expulsa y *no comprende* qué pasa y que lo que pasa responde a algo de la relación. Al *no comprenderlo*, lo vuelve algo de lo que no es posible hablar, cuando lo bueno del analista es que ~ “con él se puede hablar de todo”, hasta de *lo que pasa* entre analista y analizando.

5) HACIENDO HABLANDO

DICHO Y HECHO. Las ocurrencias que aporta el analizando serían de dos órdenes: lo que habla, el contenido de lo que relata, y lo que hace, el que *hace hacer* al analista. Pero aun lo que hace está destinado a ser hablado, *todo hecho del análisis es hecho de palabra*.

Dejando de lado otros actos que ocurren en la sesión (fumar, tocar, etcétera), el análisis está preñado de actividad, aun en su aparente suspensión de toda actividad. Es que el hablar mismo es actividad, es efectivo. Se habla de algo que se hace y se hace algo hablando, el lenguaje 27 es comunicativo y expresivo. No son dos lenguajes sino dos vertientes de un mismo lenguaje. Lo comunicado, el contenido, o bien el gesto, cada uno se vuelve espectáculo según sea lo que atendemos y lo que entendemos. “Todo el proceso psicoanalítico pasa por el lenguaje. Pero se lo puede tomar como problema resuelto, focalizándose el interés en los contenidos, o atribuir a los problemas de formulación una importancia primordial”. 43 En la asociación libre importa el contenido, porque lo que se hace va de suyo: entabla una relación reparatoria. En la actuación importa, primero, el acto, lo que se hace.

Meltzer 32 distingue dos modos de hablar, el decir y el mostrar. Uno es co-

municativo, el otro una acción destinada a afectar al oyente e inducirlo a alguna acción. La vaguedad y la imprecisión son, para Meltzer, los signos del mostrar. Pero la imprecisión apunta más al desconcierto del analista, quien no entiende *a qué debe atender* y ello ocurre porque entrevé más de un asunto, el asunto al que apunta el contenido y otro asunto, al que apunta el modo de decirlo: *lo que se hace hablando*. Y lo que se hace hablando es lo mismo que lo que se hace con la actuación, afectar al oyente, moverlo a alguna acción. Se revela así que *cierto hablar, es, sin más, la actuación*, que ella no es algo *ya hecho* que se relata, sino algo que *se está haciendo*. Finalmente, *haciendo hablando*, y lo que se hace es establecer una cierta relación que ocurre *en lugar de*, entre ciertos personajes.

ALGUIEN HABLA. Tanto como el hablar, la actuación no es asunto de uno consigo, con sus impulsos por ejemplo. La palabra es dicha para ser oída y una ocurrencia se vuelve actuación según cómo sea dicha y según cómo sea oída. El oído puede oír de varias maneras. Puede adherir al contenido o ponerlo en suspenso y atender la relación: oír *quién* es que habla, *qué* es lo que le hace hablar, *a quién* se dirige, cuál es el oyente que pide. Oír estas resonancias en el oído propio es reparar en *el sentido*, la dirección en la que se encamina el hablante. Sentido que es descubierto a partir de *lo sentido*.

Lo sentido revela a quien habla como un centro de intenciones, como alguien *animado* que se anuncia *a-través-ando* lo que va diciendo. Alguien que se inventa a sí mismo en lo que de sí da a entender: *hace*, moldea, el personaje que verá el otro y la relación pertinente.

Aun cuando esta situación es bien conocida por todos, quizá no sea ocioso referir un ejemplo, tomado del análisis de sin joven.

Es la última sesión de la semana y sigue a un feriado. Dice que en el feriado hablo con una “chica”, compañera de trabajo que tiene menor jerarquía que él. Que le habló como desinteresado de entablar alguna relación especial con ella, Hoy hubiera preferido no venir a la sesión y volver a hablar con la “chica”. Dice que decir todo esto es para él un consuelo, porque al *hablar así crea* lo que llama “una realidad sustitutiva”, en la que da a cada uno una imagen: “doy imágenes, hago una transfusión de imágenes. A la chica de que soy importante y ella no me importa, a usted de que la chica me atiende y de que no me importa no haber venido ayer.” “Necesito público, estoy mal si no hay otra persona a quien mostrar imagen.” Si da la imagen de desinteresado evitar salir con la “chica”, porque si sale, teme que su “chica” le salga a él; siendo el requerido, yo seré el dejado.

Es sólo consuelo, porque la imagen que él tiene de si no es la que da a otros. Pero si no hago esto, estoy en cero de vuelta”. Si soy su público, soy yo el cero; de otro modo el cero es él, público de sus pensamientos acerca de mí en el feriado. Cuando se advierte cero “*se me acaban las palabras, ¿de qué le voy a hablar?*” Es que hablar es la transfusión.

Al interpretarse esto, habla *de otra manera*: recuerda que la chica luego no lo saludó, que la vio hablando con otros, que siempre se está comparando, que su madre le preguntó si tenía sesión el feriado, que no sabía, que optó por no venir porque, si venía y yo no estaba “sería una vergüenza, sería un débil, desesperado, de quien todos escapan”.

A ALGUIEN. Cierta hablar “no da puntada sin hilo”, *busca su efecto* y puede conseguirlo mediante el *control* de cuanto dice. Controla así lo que se da a entender y lo que el analista puede responder: se fabrica a sí mismo y fabrica al oyente. Es un hablar que se opone al hablar que es la condición y meta del análisis: la asociación libre, que es también asociación libre entre analista y analizando, 38 y la sustituye por un hablar y una relación efectista, mecánica.

Lo que el control fabrica, la *transfencia* lo define. Ella representa un esencial malentendido por el cual el analista es siendo *al modo de* cierto personaje de la novela personal y la fantasmagoría del analizando, al que así re-presenta. Al tenerlo por tal y darle el trato que corresponde a ese personaje, mueve al analista a personificarlo —ya para comprenderlo— y a responder según ese personaje. La actuación y el hablar *hacen hacer y así hacen ser*. El objeto de la actuación es un cierto personaje y una cierta relación; como tal personaje el analista se convierte en re-presentante de una generalidad de relacionamientos, y la relación con él se hace actualización de un *estilo* de relacionamientos

propio del analizando, transferido a la relación con el analista.

6) ANIMA

PRENDE. El hablar concita un destinatario, conforma un personaje animado por lo que le van diciendo, que comprende a medida que va prendiendo lo que dice quien habla, a medida que lo encarna.

El hablar es una modulación del propio cuerpo, que vibra de una cierta manera para decir una palabra y porque la dice así es que es esta palabra y no otra. Al oír rehacemos esta modulación, somos a la vez el eco y la voz y todavía más, quien habla se escucha a sí mismo en un proceso de mutua corrección. Hablar, oír, hablar, están soldados. Oímos y entendemos lo que *también* podemos pronunciar y ante una palabra que nos suena extraña, la repetimos una y otra vez hasta hallar una modulación que nos permita apropiarnos de ella y saber cómo se dice y qué es lo que *quiere* decir.

TRASMITE. No es metáfora decir que quien habla *le hace* algo a quien escucha, el hablar *gesta* algo en el oyente y así gesta a alguien. Todo ocurre como si se tratara de una trasmisión, a partir de que *la palabra misma trasmite*, tal como el grito, esa vibración que con-mociona. La vibración va de un cuerpo a otro sin intermediación y la que alcanza a otro es *la misma* que salió del hablante. A su vez el que oye sólo llega a oír si algo *le hace* lo que oye, si se deja poseer, lo que comienza por poder reproducir lo dicho por otro, por poder decirlo también.

El relato de una circunstancia desgraciada deja de ser información y se vuelve queja si oímos, detrás de la información, un pedido que nos hace y que

supone que somos los que lo podemos satisfacer. 43 La personificación está en la base de toda comprensión, como una *interpretación en e*¹ sentido fuerte del término. Más que una mera representación afuera, enfrente, del personaje y de la relación, ni una imagen, es una interpretación en la que el oyente es actor, intérprete.

No es poniéndonos en el lugar del que habla como empezamos a comprender. *Comprender parte de dejarse poner en el lugar del destinatario* de lo que se habla, de encarnar el personaje al que se dirige. Sólo en el segundo tiempo la comprensión se completa identificándose con el que habla, lo que permite conocer lo que lo mueve. Esto ya supone una posibilidad de relación permeable que no es frecuente en la vida ordinaria, en la que podemos quedar presos en el personaje concitado. A estos dos momentos, ser el personaje y ser el sujeto, en el análisis se agrega un tercero: la comprensión del estado del analista como una posesión”, que refiere a algo de la relación. No sólo puede comprender en el sentido de justificar desde el punto de vista del sujeto, sino visualizar ecos e intenciones que son inconcientes para el sujeto.

7) COMUNICA

HABLADA Y HABLANTE. El hablar tiene contenido y lo comunicativo parecería ajeno a todo conflicto, estar *fuera* del campo del psicoanálisis. Por eso Alvarez de Toledo, en un trabajo iluminador, 3 puede llamar acto mágico al hablar y puede ser Merleau-Ponty 33-34 quien nos ilustra acerca de esta magia.

Los contenidos aparecen improblemáticos porque las palabras *dicen cosas*. Un relato invita a presenciar lo que dice y la palabra misma se borra apenas aclara lo que significa, soportando ser vista como un vehículo más o menos

perfecto a través del cual se presenta el asunto. Ellas no tienen más de lo que muestran y así, una vez dichas, se vuelven obvias, olvidables, en beneficio de la atención que recibe lo que e-videncian.

El nombre de la cosa dice lo que la cosa es. Pero lo que la cosa es inseparable del modo de serme presente, de hacerme sentir en su presencia. Por ello el nombre, en el momento de su origen, nombra una experiencia —experiencia es siempre *con* mi cuerpo, de sujeto encarnado— que me comprende y es simultáneo el nacimiento de cosa, yo y nombre y el sentido alude a esta trilogía. Esta es una *palabra hablante*.

Una vez dicha, una vez que dimos con el nombre, se vuelve *palabra hablada*. Pasa a formar parte de mis adquisiciones, sé lo que quiere decir, queda como incorporada. Dispongo de ella disponiendo de su encarnadura, de lo que me hace sentir y de la facultad de pronunciarla. Entonces remite silenciosamente a la experiencia que le dio origen, *tiene* su significación. Por ser una adquisición no necesitamos actualizar la experiencia original cada vez que la oímos o pronunciamos, la oímos o la decimos y ya sabemos a qué apunta y ella misma se puede desvanecer.

PALABRA Y SONIDO. La cosa se independiza de la palabra, pero la experiencia queda siempre como implícita y retomable cuando nos preguntemos por su sentido.

Hay otras independencias de lo sentido que, en cambio, llevan al sin-sentido. Una de ellas ocurre con el uso: las palabras tienen sus modas y terminan siendo palabras que todos usan para todo. Al perder el sentido se eclipsan. Otra vía de independencia arriba cuando la palabra pierde su referencia a la cosa y *se*

hace cosa ella misma, permitiendo el juego de palabras que, como cosas, entran en cadenas de asociaciones-consonancia, contigüidad, rima. Pero hay una diferencia esencial. Mientras la palabra permite hablar y aun hablar sobre palabras, los sinsentidos tienen vuelo corto, no generan nuevas experiencias. Como los sonidos, permiten hacer música pero no es posible hacer música sobre música. 36

UN MUNDO. No hay una palabra, hay palabras, una lengua. No hay cosa aislada, hay cosas. No soy el de ahora, soy el de siempre. Cada cosa, cada palabra, cada experiencia, son por cómo se insertan en una generalidad y por cómo se articulan con otras cosas, palabras, experiencias de esta cosa y de otras cosas. *Cada una arrastra y remite a otras, hay mundo*. Nada es por sí mismo, no hay puntualidad.

La palabra menta mundo. Con su nombre la cosa y la experiencia de ella se abren a una malla de relaciones, de semejanzas y diferencias, definen lo que es esto y apuntan a lo que no es esto. Además la palabra *contiene*, como disponible, toda una serie de usos y de contextos en que ella es usable, con los que se emparenta esta experiencia actual, a los que presentifica. Al ser hablada, la palabra trae consigo su historia y la actualiza, aun las lenguas muertas que están en su raíz. La historia es una doble tradición de usos, la de los dichos en el diccionario y la de sus presentaciones en mi vida. Cuando la palabra se nos hace espectáculo y nos preguntamos por su sentido, estos significados se *recrean*, pero también se *crean* al dar un uso inédito a la palabra, al descubrirla como pertinente en un nuevo contexto, nombrando entonces algo in-audito.

Hablar, lejos de ser una mera puesta en palabras que señalan o formalizan, *hace ingresar en una circulación múltiple*. Atraviesa el tiempo (es la ex-

perencia de siempre) y el espacio (es la experiencia de todos) y también su singularidad (se entronca con otras experiencias mías y conmigo como experimentador). Interpretar hace lo mismo: por dar nombre convierte la mera ocurrencia singular en miembro de una clase y, completada por las asociaciones del analizando, la inscribe en una vida. Las asociaciones asocian esto de hoy con lo de siempre del analizando y la palabra realiza esta función integradora que lleva al ingreso de esta ocurrencia singular en la “circulación psíquica”, para decirlo con las palabras del primer Freud.

CON-SENTIDO. La palabra, abre al tiempo y al espacio. Pero también abre a los otros, el nombre es de la cosa, propiedad de ella, y también es el nombre que *se le da*, al que todos dan. *El mundo nombrado es un mundo humano.*

El nombre no es una etiqueta adherida a las cosas, nombra una experiencia que sólo puede ser experiencia mía. Pero no hay habla particular, todo nombre implica generalidad y esta generalidad no está asegurada de antemano, ella pende del delgado hilo del reconocimiento y está amenazada por la negación.

El nombre de “esto” dice cómo debe hacer sentir a todos y el sesgo que todos deben apreciar en el asunto. Mi experiencia se postula siendo *en el moda del se*, a la vez típica y vicaria, ocurriendo en nombre de lo real, de todos y de siempre. El nombrar abre a una sociabilidad, es el que otro también le daría y el nombre que le proponemos a otro para que lo haga suyo. Pero a la vez así pedimos su *reconocimiento*, de nuestra experiencia como adecuada y de nosotros como nombradores.

Mi experiencia, con su nombre, se postula como típica y esto nunca deja de ser una postulación, otro siempre puede ver otro sesgo en el asunto y darle otro nombre. El nombre, lejos de clausurar esta posibilidad, abre a ella, por decir algo es que posibilitamos que se diga de otro modo. La palabra comunica,

generaliza, hace común, de todos, en el reconocimiento, o *singulariza*, en la negación. Porque la palabra es mía y es de otro, y es de todos y es dicha para otro y en su nombre. El otro está entrañado en el hablar de la cosa como en la experiencia de la cosa.

Porque la palabra abre a otro, su contenido no sólo no está libre de conflicto sino que nos muestra ya sumergidos en el conflicto: si quien habla reclama algún reconocimiento, que lo reclame supone que le puede ser negado. Entonces es problema del psicoanálisis y no sólo de la filosofía.

8) DIFER-ENTE

HAY DUALIDAD. Con el des-encubrimiento de otro ingresa a la psicología una nueva estructura, la de la alteridad, que la ubica más allá del solip-sismo. Otro es álter, otro-de-dos, es como-yo y no-es-yo, lo id-ente y lo difer-ente, lo identificado conmigo y lo di-ferente, que tiene otro origen y va para otro lado, por ser original y no ser originado por mí.

Un cierto personaje puede ser conformado, envuelto en los velos de la transferencia o aun amordazado por el control. *Pero nada de esto lo anula como siendo otro.* La dualidad le es inherente, está en el yo y está en otro, en el sujeto y en el objeto, ninguno de ellos tiene el carácter macizo que pretenden.

El persona-je es máscara, contiene a otro y en el sujeto está lo que excede a lo que pone en juego en esta relación actual.

SE REVELA. Nunca se enajena la posibilidad de que otro no responda tal

cual se le requiere. El pecho puede decir no a la demanda de la boca y el pecho alucinado revela, más que esconde, este no. Finalmente el analista se levanta y se separa, ¡Ah?, era una sesión, A la vez que así se rebela también se revela como un otro retroactivo, que nunca dejó de contener tal otro. La revelación que hace es doble: revela a otro y revela al yo para sí mismo, remite al *mí mismo*, a la propia condición. La revelación de otro hace presente *una angostura fundamental que es el prototipo de toda angustia*.

DE DOS MODOS. Tradicionalmente, la significación de otro es la de límite: es otro que nace del no y que queda en el no, en aquello con lo que el yo choca. En correlación con esto, en el psicoanálisis aparece introyectado como superyó que es, antes que nada, prohibidor. E incluso algunos entronizan este no, lo hacen ley.

Melanie Klein en cambio, destacó en otro una *doble significación*. Por un lado es incompatibilidad, límite, como en lo esquizo-paranoide. Por otro es apoyo y alimento, condición. Consecuentemente el otro se revela tanto en lo que tiene de perseguidor como en lo que tiene de nutriente y la angostura que hace presente *nace tanto de su no como de su sí*; porque su consentimiento concita envidia y la imposibilidad de gratitud.

Este otro es condición, además de remitir a la propia condición. Por serlo, está *antes en sentido lógico*, no es creación ni efecto del yo. Otro es el origen, la fuente, el pecho; re-presenta al yo el no ser autogenerado. Que otro sea origen no se refiere sólo al nacimiento fáctico sino que dice que otro es motivo de la propia vida, su *razón de ser*, y que esta razón está fuera del yo. Pero este otro adviene *después en sentido fáctico*: es sólo de la elaboración y superación de la relación con otro esquizo-paranoide que surge la posibilidad de la relación

depresiva con otro. Que esté después no implica que nazca, a partir de un cero, sino que entonces es re-conocido como que antes también estaba, pero de otra manera, como escindido de la relación.

COMO CONFLICTO. La diferencia se presenta como conflicto y el re-conocimiento del conflicto es coextensivo con el psicoanálisis. Freud destacó tres planos del conflicto: consigo (impulsos, instancias), con otro, con el mundo. Consecuentemente definió tres modos de defensa: la represión, la resistencia, la renegación, al tiempo que centró su concepción en el conflicto interno y en la solución represiva. Pero los tres planos suponen otro. Los impulsos y las instancias no son independientes de lo que otro suscita o del trato con él: el otro es activador y objeto del impulso. Mundo es el lugar del encuentro con otro, a partir de estadios primordiales en que el mundo es animado, estadios de los que sólo en parte despegan las adquisiciones del desarrollo cultural y personal.

9) HECHO ID-ENTE

ES LO QUE SÉ. Si otro y yo, lo id-ente y lo difer-ente, se dieran de modo radical, la relación oscilaría entre la negación y la revelación. Pero no hay pureza. La relación está nutrida de equívocos, empezando porque hay dualidad, porque es él y mi idea de él, y él puede desmentir mi saber de él, y así, desmentir-me.

Pero esta es solo una equivocidad de derecho, porque *de hecho*, sabemos cómo es otro. Hay un saber armado por la percepción, que toma a otro por lo que sabe y lleva a dictar sentencias acerca de él: es la proyección, marco de una peculiar complementaridad. Que otro resulte tener tal cualidad nos ubica

relativamente con ella y puede hasta volver irrelevante su presencia en nosotros. La proyección lleva a definir a otro por algunos atributos por los que lo que otro es, se vuelve idéntico a mi idea de él, la de que es tal personaje y este saber de él y de mí funda el trato pertinente: si es malo, soy su víctima y corresponde que huya o lo castigue.

ATRIBUYENDO. Llamamos proyección a esta definición de otro, de mí y de la relación, fundada en la *atribución*. Es que lo afirmado como de otro *luego* puede revelarse como perteneciente al sujeto, revelando que el tenerlo otro realizaba algún deseo del sujeto quien *sólo percibía lo que deseaba*. Revelando además que tal percepción se sostenía porque no atendía ningún desmentido y se cerraba a toda posibilidad de rectificación, quitándole a otro la posibilidad de decir no. Saber era poseer.

La proyección es una primera hipótesis, un pre-conocimiento que organiza nuestra apertura al mundo. Hipótesis que es rectificable pero que puede no serlo, porque traería de vuelta a otro y a la angostura que re-presenta. Al cerrar la posibilidad de desmentido, se vuelve una defensa al servicio de defender *esa* organización de cuanto no la confirma. Así no habrá desmentidos, ni otro. Pero tampoco confirmaciones plenas, porque otro nunca disipa *contener*, reservarse, una negación; contenerla es intrínseco a su condición de otro y es irrenunciable.

ES LO QUE HAGO. El saber proyectivo, saber por atribución, en definitiva deja en la incertidumbre. Sin embargo tenemos certezas, ellas *anclan en nuestros actos* y la identificación proyectiva es el nombre genérico de estas operaciones que *hacen*, y *lo que hacen es hacer de otro, un objeto*.

La identificación proyectiva es una mecánica, un hacer, *hace identifica-*

ciones. Es un proceso productivo que recupera el sentido activo del verbo identificar: identifica a otro, no por descubrir su identidad (no es una discriminación) o por atribuirle (como la proyección) sino por hacer otro idéntico a lo que el sujeto requiere de él. Por la identificación proyectiva otro es lo que (le) hice de él y esta certeza se funda en que lo que él es, lo hice: si es factura mía, es tan cierto lo que él es como es de cierto mi acto para mi mismo, como lo soy yo para mí. Se funda en una evidencia que tiene una raíz común con la contratransferencia: lo de otro responde a algo mío.

El sujeto se vuelve así un hechicero, cuyo hechizo hace de otro un fetiche, objeto fabricado que recubre el vacío, la futilidad y la angostura que representa en cuanto otro. Defiende de él negándolo como otro, y negando así la negación que contiene.

ESCINDIENDO. *La identificación proyectiva opera la conversión de otro en objeto, objeto que es siempre algún personaje concreto de la fantasmagoría del sujeto. El objeto de la identificación proyectiva es la relación con un objeto. De esta manera vacía a otro de su ser, como lo describe Klein 28 al hablar de la voracidad.*

Objeto es siempre objeto parcial, lo que implica que es una escisión lo que está en su origen. Pero más que de una se trata de una triple escisión: en la relación, en el yo, en otro,

Esta escisión ocurre primordialmente en la relación, en el trato, moviendo a una relación parcial en la que sólo están en juego algunas de sus posibilidades y escindidas otras. En este trato, otro es requerido apenas como personaje, entendido en cuanto función de su relación presente o bien como “ocasión para la descarga instintiva”. De este objeto está escindido cuanto excede su función,

lo que lo haría otro: otro es hecho objeto-a-parte. A la vez el yo se identifica, se hace a sí mismo en función de esta relación: su función es la de carcelero sujeto a esta relación e imposibilitado de desplegar cuanto no contribuya a afirmar la sujeción del objeto, vuelto sujeto a-parte, entrando sólo con una parte en cada relación.

HECHO OBJETO. El *objeto esquizo-paranoide* es objeto en el doble sentido de meta de la relación y de medio de esta relación. Se lo puede caracterizar por ser:

puntual, repitiéndose a sí mismo, fuera del tiempo y de la posibilidad de alguna experiencia que descongele la relación con él;

un tipo, tiene un único atributo que lo define, como característico, y es típico de toda una serie de objetos del sujeto;

funcionario, cumple una función, la que corresponde a su tipo y se desconoce que pueda tener alguna otra posibilidad;

en su lugar, tiene un lugar y una posición en una cierta jerarquía: denigrado o idealizado;

solitario, está solo, por denigrado o idealizado no tiene otro vínculo que el sujeto o no tiene goce en ellas, sea porque nadie está a su altura y no trata a nadie o por denigrado, al que nadie trata;

confirmatorio, sólo tiene cuanto confirma su condición de objeto.

Como todo lo esquizo-paranoide, la relación parcial ocurre en lo cotidiano.

Piénsese en esa tipa eterna, que cumple una función y está bien mientras no se sale de su lugar y no hace presente otras virtudes o uniones, que es ¹a sirvienta y que se lo merece, sea quien sea quien la encarne, aun el analista.

10) SIN EL TERCERO

TRES SI. En un sentido, la alteridad es el-otro-de-dos. En otro sentido, alteridad *entraña al tercero: el tercero es lo que hace de otro un otro.*

El tercero está re-presentado y se origina en el *para si* del objeto, el para sí des-encubierto por su no. Para Klein, el no del pecho a la demanda de la boca hace presente que se guarda para sí esto que niega y este para sí resume cuanto tiene función de vincular, las bondades del objeto. En lo esquizo-paranoide bondades y para sí se reúnen, lo bueno no está fundado en la discriminación sino que lo bueno del objeto se confunde con lo que el sujeto fantasea que el objeto retiene, que no le da, que no permite que lo considere mera cáscara vacía de contenido. Por ello bueno se equipara, sin más, a deseado, a lo-del-tercero, y deseado es lo urgido de tener, y que no tenga el tercero. El tercero está siempre. Escindido, negado o integrado, nunca estamos fuera de tener, de hecho, alguna posición en relación con él. Por ello no puede decirse que en cierto momento el tercero “ingresa”; ¿qué sería capaz de hacerlo ingresar? El tercero está siempre, y lo que se llama su ingreso, se refiere a la superación de la escisión que funda su ausencia (y lo escindido no es inexistente, sino presencia) por la integración.

Finalmente, nunca salimos de una estructura triangular, edípica en su sentido amplio, por cuanto *es el tercero quien funda a otro como tal otro.* Más que como ser de alteridades, el psicoanálisis en la dirección en que lo planteó

Melanie Klein, descubre al hombre como *ser de interés, ser que es entre*, y esta estructura triangular separa al psicoanálisis de la filosofía, tanto como la resistencia, la represión y lo inconciente.

TRES NO. La identificación proyectiva pone un paréntesis, haciendo la relación yo-otro (tercero). Traslada al tercero más allá de otro, eventualmente del lado del yo, no por razones libidinales, por el goce que trae al yo, Sino por importar más que no sea de otro. Porque únicamente escindido del tercero, otro es el objeto que realiza el deseo y aleja la angustia.

Este proceso puede ser entendido como “el conjunto de los ataques destructivos a cualquier cosa sentida como teniendo la función de vincular a un objeto con otro”, o capaz de re-presentarle al sujeto ese vínculo. Lo que Bion llama aquí ataques es la relación de objeto que el sujeto tienta cuando “había creído apoderarse de todo lo bueno que tenía el otro y comprueba que no es así y, peor aún, teme que otro pueda obtenerlo”. 8

Si la identificación proyectiva es el trato que tienta establecer una relación escindida, parcial, que dualizaría la relación triangular, la diada no sería originaria sino segunda, defensiva, y también lo sería el solipsismo narcisista.

11) ¿HAY DOS?

DOS SOLOS. A-parte el tercero, siendo sujeto y objeto a-parte, por partes, una en cada relación, sujeto y objeto parecen entablar una relación sólo de dos. Por fin, los dos solos, el triunfo esquizo-paranoide.

Esta relación sería una *relación de dos solos* y ello parece ocurrir cuando

ciertas tentaciones parecen colmarse, al modo como lo que relató una analizando: “de niña tenía la convicción de ser horrible y de que mis padres habían arreglado todos los espejos en que me podía mirar para que la imagen que me dieran fuera linda”. Esta imagen la consolaba, pero hacía que no pudiera saber realmente cómo era ella, porque no se desvanecía su convicción. En el espejo no podía creer porque estaba “arreglado”, como los padres, por su seducción: arreglados para ser objetos, dejaban de ser otro, que se revela a sí mismo.

También en el análisis ocurre esta seducción que dualizaría la relación. Es el caso del proselitismo, del analizando que intenta convertir al analista en partidario de sus tesis acerca de la vida y del mundo: Busca con ello tanto que el analista las legitime por plegarse a ellas, como que no se revele como conteniendo un punto de vista propio, que anunciaría que se nutre en otras fuentes que no son el analizando. Ello ocurre efectivamente en algunas circunstancias como las llamadas por W. Baranger “baluarte”, donde el analista se hace cómplice del “arreglo”, a partir de alguna coincidencia de intereses, ideología, etcétera.

Esta actuación mueve al analista a una respuesta que confirma que *está solo y sólo tiene* al analizando, el que a su vez sólo puede pretender tener al analista en exclusividad si *a su vez le prueba que está solo*. Si el otro se hace objeto por quedar solo y tener solo al analizando, no menos solo debe quedar el sujeto.

1 + 1 — 1. Pero *nunca hay dos* y la dualización, si se lograra, más bien sería *unificación*, mera relación de espejamiento, donde el segundo es apenas una duplicación del uno o una parte de él que percibe en el objeto constituido por atribución, proyectivamente. Es una relación consigo por *mediación* de un objeto, el que ya ha perdido su condición de objeto puesto que ya no objeta. Los dos solos están *entrañados* y ya la posibilidad de alguna vida se hace pro-

blemática.

Para el propio sujeto lo dual entraña un contrasentido, porque lo sentido dice siempre otra cosa, que lo dual ni siquiera es ilusionable, que la violencia que fija a otro como objeto denuncia que en él *late* otro. El objeto será tal en la medida que no *extrañe* otra cosa y en tanto está fijo en un lugar y para estarlo, el sujeto lo debe mantener fijo, en parte fijándose a sí mismo. Sólo mientras la identificación proyectiva *se hace*, en ese *aire de eternidad* de lo esquizo-paranoide, otro *se hace* puro objeto, *es tenido por tal cual* el sujeto lo concita, en parte porque nada que desmienta tal id-entidad ingresa en la circulación psíquica.

SÓLO TRES. La relación sólo puede aparecer como dual para un observador exterior, pero por ser *exterior*, ya recrea el triángulo y sólo abstrayéndose a sí mismo puede entender la relación que “observa” como dual. En los conflictos de pareja se analizaría una relación bipersonal externa a la relación con el analista. Pero bien pronto Liberman 30 descubre que no hay tal pareja, que por ser mero receptor el analista ingresa como parte, como tercero y señala la importancia de des-encubrir este triángulo.

El tercero nunca se evapora, el objeto *contiene* su posibilidad de objetar pero no renuncia a ella y que el objeto no esté agotado, que todavía contenga algo, re-presenta al tercero, a quien puede entregarlo o de quien se nutre. Es que el objeto nunca es presencia puntual, nunca está completamente fuera del tiempo, nunca está agotado por su relación actual. Tiene, al menos, para sí, y esto lo abre al tercero. La propia identificación proyectiva es el testimonio de aquello que intenta negar: ella no se realiza de una vez para siempre sino que es un esfuerzo sin pausa. Si bien puede ilusionarse la nadiación del tercero, éste

queda siempre como *falta*, su ausencia es el escándalo y el fracaso de la pretendida relación dual. Exiliado el tercero, algo se extraña y el extrañar tiene el doble carácter de *alejar* y *anhelar* por necesitar. A mantener la “ficción” del exilio del tercero y a no extrañarlo se dirige entonces la identificación proyectiva.

12) BONIFICANDO

LO QUE ES BUENO. Hablamos de lo bueno como improblemático: es aquello a lo que “naturalmente” tendemos, lo valorado, lo esperado. El buen objeto es el núcleo del yo, las bondades son “lo que vincula”. Tan improblemático debiera ser que, dice Klein, si hemos llegado hasta aquí es porque “hemos sabido lo que es bueno”.

Pero son los propios descubrimientos de Melanie Klein los que nos hacen ver que la definición de algo como bueno es problema. Por un lado, problema psicológico, por cuanto lo bueno, por necesitado o por vincular y hacer presente al tercero, instala en el conflicto, angustia, concita envidia por la cual lo bueno se vuelve malo. Por otro lado, problema epistemológico, por cuanto lo bueno en el ámbito esquizo-paranoide no equivale a lo bueno en el ámbito depresivo. El punto de pasaje está en qué es lo que funda la bondad del objeto en una y otra posición.

Lo bueno del objeto es lo discriminado como tal por el sujeto, afirmado como teniendo otro origen que el sujeto, quien puede beneficiarse de esto bueno intrínseco al objeto y que el objeto *también* puede dar a otro. Bondades, en fin, de las que el sujeto no necesita tener un testimonio *agotador* para darlas por existentes y que ocurren en el marco de una relación esperanzada fundada en alguna forma de fe. Estas bondades se relacionan con *la renuncia al incesto*

como forma fundamental del reconocimiento de otro.

ES DESEADO. En lo esquizo-paranoide lo bueno no es independiente de la relación. Así como lo malo es el pecho que dice no a la boca, bueno sería lo que dice un sí incondicional. Pero *este* sí vaciaría al objeto de lo bueno, que pasaría a ser propiedad del sujeto al tiempo que el objeto se volvería *cásl2*ara pura. Es que lo bueno se define aquí por ser *lo que otro tiene*, a partir de ser lo que el pecho no consiente a la boca (quedar agotado). *Lo bueno es lo que el objeto retiene y por ello el sujeto no-tiene*: le falta a partir de suponer que otro lo tiene guardado para sí o para el tercero, y a partir de faltarle, lo desea.

Esto ajeno se ecuaciona, sin más, como deseado, y este deseo es el de tener lo que el objeto y de que el objeto no lo tenga. Lleva a esterilizar al objeto, ocupándolo, entre-teniéndolo, no pudiéndolo tener y disfrutar pero tampoco permitiendo que aplique sus bondades en otros, por lo que no hay gratitud ni es posible la gratificación del objeto. A su vez el deseo envidioso (matriz del deseo) supone un modo de (no) realización característico: una vez poseído, lo adquirido pierde lo que lo hacía deseable y el deseo se renueva, sin posibilidad de colmarse en una peregrinación sin fin.

OBJETO BONIFICADO. El objeto esquizo-paranoide algo bueno debe tener para que el sujeto in-sista en relacionarse con él. No es sólo objeto malo, es también *objeto bonificado*, un objeto cuya bondad no le es inherente sino que la tiene en cuanto le es concedida o negada por el sujeto, pero esto bueno no lo hace *buen objeto*, aquel que inaugura la serie depresiva.

El sujeto se convierte en el que *ha dotado* de sus bondades al objeto y asimismo puede retirarle su dote y esta oscilación es tan frecuente como la que hay entre perseguidor e idealizado. Este objeto bonificado es objeto parcial,

congelado y solo, porque, ¿qué sería de él sin la adoración del objeto? Su bondad depende de *la función* que esta bondad cumple, y su función es defender de la envidia que suscitaría como buen objeto. Evidencia al sujeto como poseedor de esto bonificado, posesión de cuya realidad no tiene mejor confirmación que el deseo de otros de poseer esto envidiable dado a envidiar a otros. Lo que es una función secundaria, defensiva de la envidia original. Este objeto está así siempre solo: o bien es tan excelso que nadie está a su altura y toda relación le es insatisfactoria; o bien es privado de bondad y denigrado y entonces nadie quiere relacionarse con él.

La escisión objeto bonificado-denigrado es *anterior* a la escisión buenomalo y sería el punto de pasaje hacia el objeto idealizado y perseguidor, que no se operaría por exageración de las bondades sino porque no hay tales bondades. Este objeto nace de la imposibilidad de la escisión bueno-malo y en ese sentido nace de la confusión y mantiene en ella, porque lo esquizo-paranoide es la *imposibilidad de afirmar alguna bondad*. La confusión, entonces, no es consecuente sino inherente a la relación con un objeto bonificado-denigrado, inherente a su constitución como tal y al desenlace de la relación con él. Ello implica también imposibilidad de gratitud y el sujeto con frecuencia apela a señalar esta ingratitud en el mundo. Y tiene cierta razón: si hubiera gratitud, debiera ser la del objeto, por la distinción que le confiere el sujeto al “mejorarlo” a través de la *bonificación*.

ES NO-DESEADO. La relación con el objeto bonificado, a la vez que anula su vínculo con el tercero que lo fundaría como otro, *anula el deseo* del propio sujeto, anulando lo que en el objeto lo suscitaría y promovería una relación insufrible, despertadora de lo que un analizando llamó sus “ilimitadas ganas”: la estallante envidia e imposible angurria. Enloquecedoras en sí mismas por

entrañar una contradicción insoluble: desean la ruina de lo que es condición de la propia vida como fuente de beneficio para el sujeto.

Escindiendo las bondades del objeto y volviéndolo bonificado, el sujeto da por realizados dos deseos: *el de que otro sea objeto* y *el deseo perverso de no desear*, de que no haya nada deseable.

13) HACIENDO-SE

LE HACE. Cuanto hace o dice el sujeto, *le hace*, importa a otro. Pero no sólo cuanto hace o dice, también su ser visible o sugerido, lo que hace de sí y su mismo destino, es una vía sorda que algo dice a otro y lo conforma como personaje en el marco de una cierta relación con él. *La vida misma es ahora el acto* que hace del sujeto agente de esta relación.

Esto puede ocurrir a partir de que todo lo del sujeto *le hace* a otro, y el *cómo le hace*, la repercusión en otro, *cuenta* para el sujeto en sus determinaciones. Cuenta por ejemplo, como culpa en las estructuras de relación en las que el sujeto se proclama hecho por los demás, víctima de su hacer. Este tener en cuenta a otro fue reconocido por el psicoanálisis bajo la forma del superyó: la introyección de otro implica que está como prefigurado, que dialoga con el sujeto y le hace presente sus apetencias desde dentro del propio sujeto, como otro motivo que toma en cuenta.

Por otro lado, lo que el sujeto es *habla de otro* y *habla por otro*. El hijo habla de los padres como hechura de ellos, identifica y realiza el presunto deseo de los padres hacia él o se define a sí mismo como pura contradicción con este deseo. El hijo sano habla de los padres a través de poder usar sus propias bondades (que lo son en continuidad con ellos) a las que testimonia, con lo que

la reparación de los padres es simultánea con la del hijo.

CUENTA. Esta situación puede ser ejemplificada con el material de una sesión del análisis de una mujer. Elia se define como “clásica” y señala que tiene tendencia a usar siempre los mismos colores y que, en particular, desprecia el verde. Se vio que insiste en sus gustos y su rechazo como si con ello buscara convencer a alguien de que el verde debe ser rechazado. Repara entonces que esto ocurre sobre todo frente a una compañera de trabajo, menor que ella. Al reconocerlo dice que “le da terror”, porque el énfasis con que lo dice “determina que ella no use ese color, es como una sentencia que le doy, que si lo usa se viene abajo para mí”. Todo esto ocurre aun cuando en apariencia sólo habla de sus propios gustos y nunca le dijo nada directamente a esta compañera. De esta manera “contagia”, dice, conforma al otro como objeto, hechura de ella, que escinde de sí la posibilidad del verde. “Sin proponérselo” la hace idéntica a sí misma, lo que a su vez le confirma la justeza de sus gustos.

Pudo verse luego que la situación era más compleja. Hay otra compañera a la que considera “viva e inteligente, pero que es una recién llegada y tiene un gusto espantoso” y, casualmente esta nueva compañera tiene “tendencia al verde”. La relación con ella es conflictiva, “me revienta verla con más posibilidades que yo, no la soporto, la aplastaría en tres segundos”, y en efecto, la aplasta en los tres segundos que le lleva decir “verde espantoso”. Aquí se hace claro que el verde, que la define a ella como aquella a la que no le gusta, es el color que define a esta compañera, y resultó evidente que al decir a la primera que rechace el verde, le dice que no se acerque a la nueva, que es despreciable. Recuerda entonces que cada vez que habla, aplasta, que lo que dice está dirigido a aplastar a alguien y a impedir la unión. Lo hace escindiendo la relación y escindiendo de la relación lo bueno que podría alimentarla: así como el verde, todo lo de la nueva es despreciable. Aplasta a las dos compañeras y al posible vínculo entre ellas, de lo que se sentiría excluida por su envidia de la nueva,

envidia que el desprecio le permite negar. A la vez que no tiene esta envidia, el gusto selecto y el desprecio por el verde la valorizan, la vuelven “clásica”, una calificación que se da a sí misma para esconder la limitación a la uniformidad, tanto en sus gustos y en lo que hace de sí, como en sus relaciones, calcadas todas de un mismo patrón. Y todavía más, a que lo que es un aparente gusto, no sepa nunca bien si se trata de un gusto o de un “contra-gusto”, destinado a censurar y despreciar a los que se hacen el gusto, el gusto de *usar el verde*, lo sexual. Por supuesto, ella se siente frígida.

Esta postura llega a conformar un carácter, un estilo, que es la marca del sujeto, lo distintivo de él, cristalización que quizá deba ser vista como resistencia y defensa, como escudo que protege de situaciones que harían presentes, en definitiva, la envidia que representa el otro con bondades, anuncio de su unión con el tercero. En este caso, la analizando evita al otro tanto en su compañera menor, como posible diferente de ella, como en la nueva. De esta manera la nueva quedará sola, con lo cual sus bondades quedan en duda para ella misma y quedan inútiles o anuladas puesto que nadie se percibe o beneficia de ellas, nadie las goza.

14) CONFORMANDO DEFIENDE

LA VIDA. La defensa *defiende algo*, una cierta estructura de relación, haciéndola, llevando a su instalación y conservándola. Defiende *de algo*, de otra estructura que angustia, evitándola. La defensa es entonces organizadora y mantenedora de la relación en sus supuestos términos más favorables. Esta auto-defensa está en continuidad con el instinto de vida y se vincula con el principio de constancia. Toda vida supone identificación y constancias, una estructura favorecedora de la posibilidad de la propia vida que por ser *una* estructura ya está dejando de lado otras. Por estructurar, la defensa defiende, pero el que toda estructura sea defensiva no debe ser oído como que puede postularse alguna

vida fuera de *una* cierta estructura. Toda función psíquica tendría entonces carácter de defensa si se enfatiza lo que tiene de funcionamiento *para*.

ALGO. La identificación proyectiva es primero una irrenunciable modalidad de estructuración de la relación de objeto y su despliegue se vuelve *condición* para el acceso a toda otra modalidad de relacionamiento. Organiza la experiencia de modo tal que hace posible la relación con el objeto y la experiencia del objeto y del propio sujeto y ya por esto es un proceso elaborativo.

Toda relación es mediada, a través de símbolos, de representantes, que remiten a otra cosa. La identificación proyectiva establece el primer eslabón de esta cadena de mediaciones: en la relación con el objeto se establece una mediación entre yo y otro, entre otro y tercero y entre el sujeto y él mismo, puesto que el objeto llegará a ser un aspecto de sí mismo. Con ellos trata en cuanto atributos del objeto y en el trato puede hacer la experiencia de cómo es algo así y también de que el objeto no es tal como lo supone, “rectificación” que ocurre como una integración que supera la relación parcial con el objeto.

Como elaboración, la identificación proyectiva es para Bion ‘~ la forma temprana de la capacidad de pensar. Si a la envidia le es propia la confusión, la identificación proyectiva sería el movimiento de identificación, de definición, al punto que Meltzer 31 lo considera un “delirio de identidad”.

DE ALGO. La defensa defiende de algo, de la angustia. Para muchos ella se origina en una situación interna, en un conflicto entre instancias o impulsos. Pero esta visión deja de ver que *el impulso no es auto generado, que quiere relación y se suscita en alguna relación.*

Estamos volcados al mundo y lo que ocurre puede anunciar direcciones que

lo volverían inhóspito y que harían estallar al sujeto. La revelación de Otro, que es de otro-con-tercero, sería una de esas direcciones, suscitadoras de un estallido de envidia y confusión, la llamada por Klein 23 actuación del instinto de muerte dentro del organismo.

En “Envidia y gratitud” 25 la identificación proyectiva es ligada a la envidia ante otro como fuente y originalidad. En “Sobre identificación” 24 Fabián trata de poseer el objeto envidiado, que así deja de envidiar. Ocurre así lo que es propio de toda adquisición envidiosa: una vez poseído pierde el valor que antes lo hacía deseable. Se desprende entonces del objeto como de una cáscara vacía y muerta y prosigue su carrera, perdiendo en su camino su propia vida. Aquí el proceso ocurriría por *conversión del sujeto en otro*, aspecto complementario del que en este trabajo tomamos como central, la conversión de otro. La estructura paranoide representaría otra vía de salida, como lo es la narcisística. El objeto es constituido como ad-verso, contra-dictor, y en su peligrosidad encuentra el sujeto “razones” para dar curso a sus ataques, los que se legitiman al tener por razón otra que la envidia.

15) CONFIRMANDO, FRACASA

NADA PASA. La identificación proyectiva evita el conflicto y lo “cura”, pero en su propia modalidad de “cura” está lo que la hace indistinguible de la “enfermedad”. Conformar al objeto y por estructurarlo, hace posible la experiencia. Luego la impide, hace que el objeto sólo pueda seguir siendo tal. Deviene un sistema para obtener confirmaciones y evitar desmentidos, para que el

objeto no deje de serlo. Así congela la relación, anula la curiosidad y evita el deseo: en la relación *no pasa nada y nada pasa* como lo dice Jorge Galeano. La relación queda fuera del tiempo y de la vida. En un comienzo la identificación proyectiva aparece como una vía de conocimiento, vía peculiar por lo instantánea y por la certeza que es su suelo. Es un conocimiento “a primera vista” que se confunde con la intuición (pero que es un afinado sistema de detección del peligro que ocupa todas las facultades del sujeto). Ella puede ser certera en la medida que lo que conoce es lo que el sujeto ha hecho y lo que conoce en el objeto es a si mismo. El contacto con el objeto es puntual, de entrada sabe todo, y no puede esperar, esto expone al riesgo del desmentido y a la angustia. Como impide estos desmentidos, cierra la posibilidad de aprender puesto que la experiencia y el aprendizaje nacen de la frecuentación y del desmentido.

VUELVE. La relación con el objeto es una *relación es pajada*: el objeto es id-éntico y este espejo tiene un doble carácter. Por un lado, al ser idéntico al sujeto, le dice que el objeto *no es otro*, lo que defiende de la angustia. Por otro lado, al ser idéntico, le está diciendo que ese que está allí, el objeto, *no es otro*, que *ese* es el que el propio sujeto es. Vuelve lo “colocado” en el objeto y esta vuelta, así como la retaliación, no necesitan buscar sus raíces en experiencias ancestrales supervivientes, ni en una moral que anuncia una venganza justiciera. Ellas *están entrañadas en la propia estructura de la relación espejada* y surgen como su desarrollo propio. El fracaso no viene de afuera, le pertenece a la relación. Si el objeto es espejo del sujeto, si no es diferente del sujeto, todo cambio en la relación con él es temido porque llevaría a una inversión de papeles, una mera vuelta sobre el sujeto del trato que fantasea haber dado al objeto. Su respuesta es la misma que el sujeto daría y no cabe fantasear otra, sería ver en el objeto, otro.

Esta retaliación, finalmente, no es expectativa, sino actualidad: el sujeto sufre un destino similar al del objeto y no puede estar mejor, por cuanto despertaría su envidia y sólo estando mal puede evitar sus ataques. Así es como el objeto se vuelve “causa” de la enfermedad y de tener que mantenerla sin desmayos. Congelado el objeto, el propio sujeto queda congelado, prisionero del objeto al que sujeta. El sujeto pierde entonces posibilidades propias y posibilidades del objeto (lo que otros podrían tener de él), y podrá enmascarar su empobrecimiento como opción, como el caso relatado en que la limitación es tentada de ver como refinado clasicismo.

CON-SECUENCIAS. Consecuencia de esta defensa son las fobias (de quedar encerrado en la relación espejada y de salir de ella, lo que expone a ver gente-unida), el control obsesivo y el ritual: si se hace esto, el objeto no hará eso y el Sujeto no sólo es el único yo, sino Dios que impide que pase lo que no confirma su poder. La ausencia de tiempo y el congelamiento son lógicas de funcionamiento y a la vez defensas, mantienen los objetos como puntuales, fijados en su condición que los hace parciales y también a la relación. Sin posibilidad de algo no-previsto.

Finalmente las culpas, inabordables, ponen cerrojo a esta estructura. Culpas por haber robado o impedido el goce (por ser gratificado por el uso de sus bondades) o la vida del objeto, que podría haberla tenido muy diferente. Pero sobre todo culpa por haber “gastado” la propia pensando que sólo gastaba la que el objeto quería para el sujeto.

Por fin la psicopatía, la actuación a repetición, podemos verla como un intento de rescatar la libertad frente a la prisión que representa la identificación proyectiva. El sujeto no está sujeto a nada, muestra al objeto de su actuación la miseria de ser el aprisionado en alguna condición, en tanto el actuador es la pura libertad.

16) ENTRE OTRO Y OBJETO

CON PROPIEDAD. La identificación proyectiva opera la conversión de otro en objeto y su superación llevaría al reconocimiento de la condición de otro en el tenido por objeto. Esto parece instalarnos en un proceso que iría de la relación con un puro objeto a la relación con un puro otro. Pero tales puridades están fuera de la vida y el pasaje de objeto a otro es una superación, lo que implica conservar, integrar.

Nunca hay puro objeto macizo, objeto se define por objetar, esto es, por *contener* lo que lo hace otro (en su doble vertiente, de amenaza y de apoyo). Es objeto sobre un fondo de posibilidades escindidas de la relación y que deben mantenerse así: la identificación proyectiva no se hace de una vez para siempre, debe ser sostenida y ello da la pauta de que el objeto debe ser contenido para que no revele un otro.

La vuelta de lo escindido hace presente a otro, de dos maneras. Como negación y amenaza, o como objeto total, superando la *escisión*. Este objeto *total* no es un objeto compuesto, al modo químico, nunca hay una totalidad a la que se llegue: hay relaciones que se superan, evidenciando la escisión que las fundaba, pero toda integración es a su vez a cuenta de futuras integraciones, no un estado que se alcanza.

PARTICULAR Y GENERAL. Que otro pueda ser hecho objeto, implica que su condición de otro no le está asegurada de antemano, como una propiedad. Ella se funda en el reconocimiento del sujeto, vuelto el otro del otro, el que le puede ser negado, con lo que se vuelve objeto, particularizado. Pero este

no es un mero inconveniente, porque *como otro no tiene existencia sino en lo que excede sus particularizaciones*, como el para sí del pecho nace de lo que retiene. Ello supone que la relación con otro es mediada, que el objeto establece esta mediación y que de ella no salimos.

Esto puede verse de dos maneras. O como que otro es siempre eludido o como que el otro no tiene otra forma de presencia que esa, que no tiene nunca la existencia maciza, indivisa, que ciertas antropologías le adjudican. Estas parecen estar en la base de algunas reclamaciones a Klein por haber hablado de relaciones de objeto y no de sujeto, olvidando la dignidad del sujeto. Ellas dejan de ver que si bien hablar de objeto supone una *parcialización*, a la vez implica *generalización*. Objeto apunta a lo que esto actual tiene de representativo de una generalidad. Reúne esta relación con cuantas oportunidades este objeto se presentó en la vida, apunta a lo que de común tienen diversos objetos con los que el sujeto se relaciona —el ser fuente cuando decimos pecho, por ejemplo, de la teta, maestro, etcétera.

17) HECHO

INGENIERO. La identificación proyectiva opera la conversión de otro en objeto: su objeto es hacer de otro, un objeto. Decimos que la identificación proyectiva es un *mecanismo* de defensa. Todo nos lleva a pensar en una especie de mecánica que tiene claras sus metas (defensa de otro y la angustia que representa) y sus medios (convertir a otro en objeto) y que ordena entonces sus procedimientos para el logro del objetivo propuesto. De este modo el objeto y las ocurrencias serían efectos de un proceso causal.

Puede ser oportuno preguntarse por los alcances de la validez de la interpretación causal, en los casos en que tal interpretación puede ser pertinente, en que lo que ocurre es entendible como efecto de una causa anterior y exterior a lo que ocurre. Porque hemos encontrado situaciones en las que la ocurrencia *le pertenece* a la situación y no sobreviene por la acción de otro factor ajeno. Lo anotamos, con la retaliación, ella no requiere el motor de un deseo o *una impulsión a la* repetición o la apelación al masoquismo para ser comprendida, sino que está implícita como desarrollo de la relación espejada y *le pertenece a la misma ley que hace la relación, a su estructura.*

HECHICERO. La identificación proyectiva entraña la certeza de que otro es tal objeto porque el serlo *responde* al sujeto, responde como siendo hechura del *sujeto*. Este hacer es el fundamento del saber acerca del objeto así como también de las angustias que genera (persecutoria, por la venganza y la culpa por el estado del objeto) y del masoquismo que el sujeto debe exhibir para calmarlas (haciendo-se de tal modo que aparezca como víctima sufriente que acusa al objeto).

La identificación proyectiva supone la apoteosis del *yo hago*, del sujeto que como un imponente ingeniero domina los resortes de otro y este dominio es el punto de apoyo para la palanca con la que entonces mueve el mundo. Su hacer es la consagración de *la mecánica*. Apoteosis que también se da en el caso inverso: el sujeto que proclama que lo que es, es producto del hacer de otros, de quienes se queja con su enfermedad.

Revelado como hechicero, este hacedor de fetiches no tiene límites para su efectividad y como confirmación de ser causa universal, suele ser sujeto de una culpa universal de la que sólo la magia del ritual obsesivo lo puede aliviar.

MOVIDO. *El objeto se entiende como respondiendo a algo del sujeto.* Análisis mediante, podemos descubrir en cuanto nos ocurre la realización, el cumplimiento de algún deseo, deseo que es visto como un motor; capaz tanto de producir una falla en el cumplimiento de un propósito como de ordenar un destino. El deseo se vuelve una especie de designio claro y distinto, que se posee en sus orígenes, metas y alcances antes de su expresión. Postulación que es paralela a la de la posesión de una idea clara y distinta anterior a la palabra y para la cual el nombre es apenas aquello con lo que se asocia cuando se tiene *intención* de comunicarla a otros, siendo que en el nombre no *hay nada más* que lo que la idea le ha puesto dentro.

POR UN DESEO. La fórmula, “el sueño es una realización de deseos” fue vista por Freud desde una doble perspectiva sobre el *deseo: como proceso Productivo* y como *proceso interpretativo*.

En cuanto proceso productivo, el deseo causa y el sueño es causado. A la vez el objeto del deseo es la calma de alguna tensión o desasosiego, lo que puede requerir la intervención de algún objeto como ocasión o medio.

En cuanto proceso interpretativo, el deseo es la vía para comprender al sueño. *El sueño tiene sentido*, sentido que a la vez supera su incongruencia y su ajenidad. El sentido es el de mostrar, como ya realizada, alguna apetencia de quien sueña: *se sueña con lo que se desea*. Este deseo es así el *motivo* del sueño y el motivo es su sentido. Su hallazgo lo emparenta con otras ocasiones en que el mismo deseo se hizo presente al soñante y con otros deseos de él mismo. Lo hace inteligible y lo hace sueño propio, no de otro, integrándolo a la historia y a la actualidad de quien lo sueña.

DE RELACIÓN. Al mismo tiempo el sueño considerado como proceso interpretativo tiene en vista un deseo que es de otro orden. *Lo que se desea es relación*, establecer un cierto tipo de relación y evitar otro. Frecuentemente se atiende al desasosiego y a la sensación como objetivos del deseo, y se desatiende el que alimento no es un cierto estímulo en un receptor sino *relación con un objeto* que alimenta, que favorece la vida del sujeto, en lugar de un testimonio de un mundo in-hóspito. En los deseos concretos, de esto y esto, se va haciendo presente el deseo de una cierta relación y cada esto se integra en un flujo de deseo.

QUE CAUSA. La teoría se inclina por afirmar las relaciones causales y el deseo es visto como productor o creador ¹³ del sueño, así como el trauma se postula como causa del síntoma.

Este entendimiento mecánico implica varios supuestos: el de una causa previa y clara, productora de efectos; el de una regularidad en las relaciones entre causa y efecto; el de una ocurrencia de efectos que confirman la efectividad de la causa y la pertinencia de la interpretación causal. Son estos supuestos los que consideraremos en lo que sigue.

18) MOTOR CLARO

MECÁNICAMENTE. Que busquemos un deseo como estando *antes* de la ocurrencia que lo da como ya realizado, puede ser entendido al modo mecánico, que supone que este deseo es una especie de causa clara y externa que tiene la ocurrencia como su efecto. Pero *el entendimiento en términos causales no es unívoco* y son posibles por lo menos dos vías de búsqueda de efectividad.

Una, mecánica, se caracteriza por la relación entre un sujeto que posee un designio, que ciego a todo procura hacer efectivo, sin reconocer la “resistencia” del objeto más que como obstáculo a vencer.

Por supuesto, todo hacer es orientado, tenemos metas de mayor o menor alcance e importa lo efectivos que podemos ser para alcanzarlas. Pero no es sino un caso específico aquél en el cual hay un propósito rígido que procura su meta *a pesar* de lo que ocurre durante su puesta en práctica. Definiría un extremo que no puede proponerse como modelo de la acción orientada. Sería un hacer que sólo tendría validez en el marco de un puro proceso primario: pero en este marco no hay *realización* posible. En tanto no es aplicable este modelo, un propósito aprende de y se adecua a lo que va ocurriendo. No es sólo que busca un rodeo para realizarse, sino que *sus propias metas van cambiando*, van siendo modificadas a medida que las propias ocurrencias le muestran otras que no tenía en vista y no sería el deseo claro previo que suponemos.

CON-TACTO. Otra forma de busca de efectividad supone un *tacto* que atiende al objeto y se va orientando según responde. La meta no es aquí que el objeto responda así y así, sino que busca saber cuál será la respuesta del objeto, dictada por su propia ley y no por la del sujeto, con lo cual el sujeto aprende de sí y del objeto, de los límites y posibilidades de cada uno. E incluso aprende del desmentido más que de las confirmaciones, según lo anotó Melanie Klein al mostrar el papel de la angustia como factor de desarrollo y crecimiento.

Esta mecánica lleva a la integración de lo escindido en el objeto y a la reparación, que no es objetivo claro (cuando lo es, es a pesar del objeto y es violencia esquizo-paranoide). Si la relación esquizo-paranoide supone una relación de *uso* en la que el objeto vale en tanto cumple su *función*, esto ahora

tiene dos sentidos posibles. En un sentido, la función define el objeto y está escindida cualquier otra posibilidad del objeto. En el marco depresivo, el uso del objeto supone permitirle desplegar sus *dotes* y entregar *sus beneficios*, con lo cual el propio objeto es gratificado y suscita la gratitud del sujeto.

DESEO, ¿DE QUE? El entendimiento mecánico supone un deseo claro anterior. Es que desear es tener algo como deseable.

A diferencia de la causa, el deseo es una búsqueda, que no sólo busca cumplirse, *sino también busca saber qué es lo que desea*. Sólo en tanto da con algo puede volverse *deseo claro*. Esto es olvidado, es olvidable, porque *el mismo acto* que hace conocer el deseo y lo expresa, ya le da objeto y *lo* muestra cumpliéndose. El deseo sólo se puede expresar por la situación que lo coima: se nos hace agua la boca, como si el objeto ya estuviera, al pensar que será lo apetecido.

Antes sólo hay un anhelo informulado, que no sabe de sí, y no un deseo claro y distinto. Lo que lo coima muestra qué pasa con el objeto y con el Sujeto y se discrimina *qué se desea* a partir de discriminar lo que coima, uno se vuelve signo de lo otro. La definición que tiene entonces el deseo tiene un origen similar a la de la claridad de la palabra: es una adquisición, *fundada en logros*, satisfacciones efectivamente tenidas y que se desea reeditar, como lo señala Freud. La claridad está fundada en una expectativa de reedición, asentada a su vez en que nos conocemos, *adquirimos* conocimiento acerca de cuáles son las cosas por las que solemos inclinarnos. Pero aun entonces el deseo claro no es sino una apuesta, un augurio, un ¡ojalá! sea tal cosa lo que nos colme, porque puede no serlo, porque a medida que se realiza puede ir cambiando.

La meta clara, el ant-ojo, que tiene ante ojos lo reclamado, es otra cosa: allí

el deseo no es de aquello que exige y formula claramente, allí es deseo de entablar una relación de sometimiento y este deseo es tan poco claro para el sujeto como todo lo esquizo-paranoide. También así ocurre con el deseo envidioso: la posesión de lo envidiado no lo coime, siempre es *otra cosa* lo deseado, cierta relación igualmente oscura —el otro privado de toda bondad y relación. Aquí desear es reconocer, a la vez, que otro tiene y que al sujeto *le falta*.

ANHELO OSCURO. Se desea relación y la relación deseada puede dar-se por colmada a través de múltiples ocurrencias y nunca se da a través de una sola. El deseo no necesita tener una idea clara de cómo debe concretarse la relación paso a paso, etapa a etapa, como en una experiencia de laboratorio.

El deseo no es claro en sus metas ni en sus pasos, *su objeto es oscuro*. Empezando porque decir objeto ya supone una intransparencia. Por un lado *objeto es la meta*. Por otro lado *el objeto es el medio*. Pero ocurre que medio y fin no son separables, objeto es siempre alguna forma de relación con el sujeto, pecho es no-ser-mujer-para el padre y en cambio ser-pecho-para la boca y esta es también la jneta: una cierta relación. Sólo en una perspectiva elementalista esta ambigüedad en el objeto del deseo se elude y se atiende a una división artificial. *La relación que se desea es lo oscuro*. Se diría que al menos es claro que se desea lo bueno, pero aun entonces es oscura la relación que esto supone: en lo esquizo-paranoide lo bueno se define por ser-lo-de-otro y el deseo no busca lo bueno sino lo-de-otro.

El deseo esquizo-paranoide es oscuro. Su fin es conflictivo, está entre otros fines del sujeto. Lo que se desea es relación y el deseo acerca de la relación es ambiguo y poblado de contradicciones, vive en el proceso primario al modo del

deseo envidioso, entrañando en sí mismo el anhelo de que se colme y el fracaso si se coima. Porque sería a la vez satisfacción y pérdida, porque lleva a la ruina de lo que es condición de la propia vida del sujeto. El depresivo es oscuro porque es deseo abierto a la peripecia y por lo tanto, no definido de antemano.

INTRINSECAMENTE. No nos salva de la dificultad decir que son deseos oscuros para la conciencia, pero claros para *el* inconciente. Si claro es lo distinto, entonces lo inconciente es precisamente *oscuro por definición*, es lo sujeto al proceso primario y en la lógica de este proceso no campea lo que llamamos claridad y definición sino la ausencia de contradicción, simultaneidad, etcétera. De modo que la oscuridad es más bien una oscuridad intrínseca a lo que llamamos deseo.

Como deseo claro sólo llega a estar *después*, una vez hecho conciente. Claro después en sentido fáctico, y *antes* sólo en sentido lógico.

19) TRATANDO

EN TRATOS. Estamos *en tratos*, que damos, que nos damos y que recibimos. Trato tiene dos sentidos. En uno es *in-tento*, tentativa, acorde con lo que vimos sobre el deseo y la actividad propositiva. En otro, es manipular, dominar causas que producen efectos, respuestas. Conviene ver más de cerca cómo es que ocurre una respuesta en la relación.

MOTIVANDO. El trato tienta, in-tenta que otro oiga un cierto sesgo en un asunto. Esto es, pro-pone, pone delante de otro, *motivos*. Son motivos porque tratan de *e-mocionarlo*, de darle argumentos para pro-mover-se en una cierta dirección, entablado una cierta relación. Estos motivos le son dados por dos

vías: por el trato que el sujeto le da y por el trato que el sujeto se da a sí mismo.

El trato *da motivos para tener motivos* para responder de una cierta manera.

La siguiente situación, relatada por un colega, ilustra dramáticamente lo expuesto. Este colega, destacado en el ámbito médico, despertó un encono “inmotivado” en un compañero de trabajo, no psicoanalista. Cierta día éste se le abalanzó y al tiempo que le decía “vos me odiás”, le lanzó un puñetazo. De esta manera in-tenta meterle algo, *le da una causa*, un motivo, para responder de una cierta manera y no de otra.

CAUSA. Estos motivos para ver el asunto así y así que propone él sujeto, están en otro *al lado* de otros motivos (otros motivos originados en otras relaciones, en otras fuentes o en tener en cuenta otros momentos de la relación con el mismo sujeto) que tientan otras interpretaciones. Así el oyente *puede* hacerse presente como otro y decir que no es el personaje concitado. El puñetazo habría operado como causa en la medida en que el colega atendiera *sólo* a lo *actual*, y no tuviera otros motivos para responder de otra manera que como lo pedía el golpe: con otro golpe. Si acepta como motivos prevalentes los que el puñetazo le pro-pone y no tiene otros con los cuales debatir su respuesta, se entabla una relación persecutoria, que escondería el origen quizá envidioso del puñetazo del agresor. Esta relación persecutoria pondría al agredido en continuidad con el agresor, mostrando a ambos movidos por lo mismo y así la envidia del agresor quedaría “curada”: estaría frente a un real enemigo y la persecución y no la envidia sería el fundamento de la relación.

La relación causal se refiere a un momento particular del trato, en que *un motivo se impone* de tal modo que elimina cualesquiera otros que pudiera haber. Estamos en ese caso en presencia de la relación entre un puro agente y un puro

paciente, pero este puro paciente *es la realización del objeto de la relación esquizo-paranoide*: un objeto sin libertad para optar entre alternativas y motivos, apresado y *solitario*, *que sólo tiene al sujeto y cuya única fuente es lo que este le pro-pone* y para quien el sujeto es su única causa. La relación según el modelo mecánico sería la *fantasía* de la relación esquizo-paranoide. Entendimiento que tiene dos caras: sujeto supremo hacedor del objeto y sujeto pura factura de otros que, generalmente, *son* quienes “lo enfermaron”, causa de lo mal que está.

20) HECHO O DADO POR HECHO

OCURRE, ¿QUÉ? La relación entendida en términos causales, mecánicos, sería bien cierta como fantasía del sujeto y si bien las fantasías mueven el mundo, no lo mueven en el mismo sentido en que se dice que una causa mueve a un efecto. Sin embargo no se trata de pura locura, la fantasía mecánica debe tener alguna *verificación* para sostenerse y algo debe ocurrir como dándole razón para explicar su éxito en hacerse creíble y postularse como teoría. Que lo que ocurre sea efecto de lo que se hace, sería la mejor prueba de su pertinencia —como teoría— y de su justificación: sirve.

Ocurre algo y esto que ocurre es considerado efecto de algo que, *por su efecto*, se revela y se confirma como causa, es decir valida el entendimiento causal y la eficacia de la causa actual. La confirmación es crucial. Ahora bien, ¿cuándo ocurre este efecto confirmatorio?, *¿qué quiere decir que ocurre tal cosa?*

CÓMPLICE. Si lo esquizo-paranoide re-quiére una cierta relación en la que

otro es objeto, *ella puede ser dada por hecha* apenas algún signo hable de su existencia. Es decir, la confirmación puede no ocurrir en relación con señales “objetivas”, sino porque el sujeto releva, en lo que ocurre, sólo lo pertinente a la confirmación de su entendimiento causal y en la pura proyección ocurre aun en ausencia de pistas exteriores (el “vos me odiás” del relato anterior). Una vez dado por ocurrido esto, el trato tiende a mantener y confirmar la continuidad de esta situación (el puñetazo).

El que *algo ocurre implica la complicidad del sujeto en darlo por ocurrido y fijarse* en una interpretación de cuanto ocurre, la que a su vez excluye otras posibles. El sujeto conforma cuanto ingresa en la relación, todo puede ser *tenido por confirmatorio y lo que no confirma* (tercero, bondades, separación) puede ser escindido y puede mantenerse una relación de impermeabilidad con esto escindido.

La causa se confirma en la respuesta que la consagra como causa efectiva. Decimos que un síntoma remite a un suceso infantil, el que *ahora*, retrospectivamente, adquiere esta significación de trauma de causa. Es tal causa en la medida en que no se haga claro que el sujeto tenía otras alternativas, que podía ver en el asunto otro sesgo y que podía responder de otra manera. Es entonces causa en el marco de una cierta relación del sujeto con quien denuncia y acusa como causante.

Se trata de tratos, la respuesta no está asegurada de antemano como en el reflejo o el automatismo. Responder implica siempre alguna forma de opción — aun inconciente en sus fundamentos y en sus alcances— respecto de cuál es el sesgo atendible del asunto y cuál es la respuesta pertinente. Respondiendo de modo como es tentado por el trato del sujeto, otro *legítima ese trato*, le confirma al sujeto su pertinencia. Hubiera confirmado que mi ciega, siendo analista, no

era nada diferente del agresor que no lo era.

El que responde está involucrado en el tenor de su respuesta. El destinatario de la ocurrencia es cómplice, tiene sus propios motivos para responder de una cierta manera, motivos que pueden confluir con los que el sujeto le propone. El objeto nunca es puro paciente solitario. Es tal puro objeto paciente si se deja de ver su complicidad (en qué medida desecha motivos para dar una respuesta diferente de la que llega a dar).

NARCISISTA. El sujeto esquizo-paranoide tiene sus motivos para acreditar en su entendimiento causal, tanto como para su irrazonable, convicción de que el otro es *objeto*, es decir, *con formado mecánicamente*. Esta convicción anda en el acto: si lo hizo objeto, es tan cierto que es objeto como es de cierto el acto y el sujeto para sí *mismo*.

Si el objeto, lo que ocurre, da por realizado un deseo del sujeto, da a la vez por realizados, *dos deseos*, concomitantes: acerca del otro y acerca del yo. Si es objeto, está solo y sólo tiene al sujeto, no tiene más motivos que los que el sujeto le propone y estos son su causa.

No hay tercero ni otro. A la vez el yo, es un técnico que sabe hacer y que *hace lo que quiere* con otro, lo que se le ocurre, lo hace objeto. El crédito que da al haber hecho objeto del otro, va junto con el crédito en poder establecer una relación de la que es el hacedor.

Esta certidumbre supone una apoteosis de la interpretación mecánica, del *yo hago, por lo tanto, yo soy*, ocurre asimismo por su contrapartida, en la

que el sujeto se proclama causado, efecto de lo que los demás o la vida hicieron de él, que da la misma solución al conflicto con otro.

Quizá estas razones expliquen el “éxito” de la interpretación mecánica (aun de la mecánica mágica que está en la base del ritual obsesivo, donde si el sujeto hace esto, entonces pasa esto). Es un éxito paralelo al “éxito” del narcisismo: pondría al sujeto “definitivamente” más allá del conflicto con otro y la angostura que éste re-presenta.

21) CAUSA Y MOTIVO

APROPIADO. Hay una hipótesis básica de la que la interpretación causal intenta dar cuenta: la de que estamos involucrados, complicados, en cuanto nos ocurre y en cómo nos ocurre. De que lo que nos ocurre, finalmente, nos pertenece como deseo realizado: que así nos apropiamos de lo que nos ocurre y así luce apropiado a orientaciones permanentes de nuestras apetencias. No es que ocurre lo que se desea, sino que *se desea lo que ocurre* —y lo que no ocurre.

La fantasía causal simplifica la complicación a través de la explicación, poniendo afuera, como causa, los motivos que pertenecen al sujeto.

RESTITUYENDO. Hallar el deseo que se da por realizado no es descubrir una causa oculta, *es el modo psicoanalítico de restituir al sujeto sus dotes de organizador del campo de su peripecia*. Y para esta experiencia de deseo realizado, si bien cuenta lo que el objeto hace, ello no basta para que el

deseo se realice. Es el caso de la gratificación: ella realiza un deseo, pero en ello cuenta el propio sujeto, en la medida que puede admitir, sin estallar, algo como capaz de gratificarlo y de gratificar al objeto que lo coima con su gratitud.

EL LUGAR DE LO MECÁNICO. La interpretación mecánica se nos ha aparecido como cierta en cuanto se refiere a un momento de la relación esquizo-paranoide, como fantasía que sustenta la relación con el objeto. Pero nada parece fundar su validez cuando es convertida en modelo de toda relación posible. Más bien su elevación al rango de teoría resulta de una extrapolación que todavía debe justificarse.

En el psicoanálisis se trata de responder *a la pregunta por el sentido*, y una de las formas que toma esta pregunta es, *¿por qué?* Ella puede ubicarse en varios planos, pero generalmente se la entiende como *pregunta por la causa*, por aquello que tiene a esto actual como su efecto. Pero el proceso de hallar sentido no lleva sólo a una causa (y en la práctica son muchas las oportunidades en que importa, por ejemplo, el *para qué* de una ocurrencia, aquello qué busca y pro-mueve) y no es evidente el privilegio que da la teoría a la relación causal como *única vía para la adquisición de sentido*.

Esta misma extrapolación ocurre, por ejemplo, con relación al sueño como realización de deseos. Se toma un proceso interpretativo como desandar un proceso productivo. Pero mientras el primero lleva a los motivos del sueño, el segundo entiende hallar causas y estas dos perspectivas no se identifican, una supone un campo mecánico y la otra un campo de sentido, motor no se identifica con motivo. 88

LO EFECTIVO. No se trata de que entre causa y motivo haya una diferencia de esencia, sino que hay una diferencia de *contextos* en los que cada uno de ellos se valida. En el plano del sujeto, el entendimiento causal habla de una fantasía esquizo-paranoide, de puro objeto causado por un puro yo, que necesita pruebas de su poder.

El entendimiento causal supone la búsqueda de la efectividad, la colocación de una meta como motivo que prevalece sobre todo otro posible, meta que se sostiene a pesar de las ocurrencias actuales que pueden intentar mostrar aspectos que no había considerado. En nuestro trabajo, el furor curandis parece caber en esta descripción, precisamente porque el analista está en un contexto esquizo-paranoide respecto de su analizando.

El motivo podría verse como causa, fuera del contexto esquizo-paranoide, si su conocimiento y control nos sirven para producir efectos y controlarlos o bien, al menos, para predecir comportamientos. Pero nada de esto ocurre en psicoanálisis. Una ocurrencia no tiene en sí misma la condición de traumática y no tenemos la posibilidad de afirmar cuáles serán sus efectos. Como el síntoma, ella se vuelve *causa* a posteriori, como el motivo que el sujeto rescata como prevalente, y que incluye la queja y el reproche que identifica a los “culpables de su enfermedad”.

22) UNA SOCIABILIDAD ESENCIAL

EL GIRO RELACIONAL. El pensamiento moderno entiende al hombre como tomado en una situación y ocupado, siempre, en tratos con otros. Son

Apenas entendimientos, es decir, en-tendimientos, señalan a lo que el hombre entiende tender y esto no le es indiferente a su naturaleza, más bien se confunde con ella en tanto es pro-yecto.

El actuar, el nombrar, suponen otro, un ámbito de reconocimiento, una forma de relación: el diálogo pide un inter-locutor; el monólogo un auditor-testigo; otros suscitan contra-dictores. Más generalmente, la posibilidad de hablar y entender supone una relación de acuerdo en atender un asunto de fondo y *dar por claro y establecido* el sentido de cada una de las palabras que lo van presentando.

Todo habla de una *sociabilidad esencial y fundante*, irrenunciable. Nos definimos con relación a ella. Nada somos fuera de las relaciones, aun cuando ninguna agote lo que somos; lo que somos toma consistencia en la relación; lo que soy *responde* a otro; lo que otro es *me pertenece*.

En el entendimiento esquizo-paranoide esta sociabilidad es negada por la postulación de la puntualidad, de una existencia fuera de todo tiempo o condición, del atomismo social y la mecánica, postulación que así se vuelve momento de un proceso de escisión y defensa. El atomismo y la causalidad dejan de ser “errores” discutibles en la teoría, para ser verdaderos como estructuras de relación. La soledad y unicidad esquizo-paranoide se confunde con el atomismo; la causalidad con la prevalencia de la motivación que pro-pone el sujeto; el proceso primario supone ausencia de contradicción.

CENTRA EN EL CONFLICTO. Si siempre estamos en relaciones, entonces no hay un cero ni un desarrollo lineal y el pensamiento lineal es puesto en cuestión. Lo primero es elaboración de *lo dado*, primero es sólo *primordial*. El

objeto bueno está *después*, surge de una superación, pero también debe estar *antes*, es el núcleo del yo que la posibilita. La vida no va de una posición a otra, sino que se vive en ambas.

La dificultad de un pensamiento no lineal está en la base de muchos desencuentros conceptuales. Así el conflicto, se lo entiende como opción entre posibilidades, mientras Klein habla de una no defusión instintiva originaria y esto implica que *la impulsividad*, en su base, *no es clara*. El conflicto no es exterior al impulso, resultado de un enfrentamiento entre impulso y otra cosa, sino que el conflicto pasa a ser inherente a la impulsividad. Lo que quiere la vida no es sabido, ni cuál es el paso que la afirma. Hay tentaciones más o menos incompatibles entre sí, pero todas ellas son tentaciones a igual título y se presentan como atendibles. Sólo posteriormente se vuelve conflicto entre opciones claras, del mismo modo como se vuelve signo claro del deseo aquello que lo coima.

KLEIN. Con Melanie Klein el entendimiento del hombre como nudo de relaciones 37 se afirma y la identificación proyectiva hace tema de esta mutua injerencia de unos en otros. Otro es fundante de lo que llamamos humano y lo humano se juega en el reconocimiento recibido y dado en las alternativas de envidia y gratitud.

Klein habla de un “edipo temprano” y esto deja ver que la relación que tiene en vista es siempre triangular, que el tercero está siempre como fondo de lo presuntamente dual. El objeto frustra porque retiene para sí y para otro. El buen objeto es buena relación, en la que le reconoce un tercero, y es esto lo que le da la condición de otro.

La relacionalidad que Freud descubrió en lo sexual, con Klein está también en los demás impulsos. Hambre es relación que alimenta, reclamo de que cese el objeto que priva, testimonio de un mundo in-hóspito. El objetivo del análisis también es expresión de esta relacionalidad. La integración se ubica todavía en el solipsismo, ella alivia tensiones. La reparación —que no es recomposición sino des-agravio—, supone creación, la puesta en juego de las posibilidades creativas de otro (su relación con el tercero), reconocerle la posibilidad de originar, de ser original.

RESUMEN

Este trabajo es una meditación acerca de la identificación proyectiva, considerada un concepto globalizador que describe la atmósfera esquizo-paranoide que pone en primer plano la relacionalidad como fundante y coextensiva de lo que llamamos humano.

El analizando relata sus asociaciones, sus ocurrencias, y alguna de ellas es tomada por el analista como *actuación*. No es la naturaleza de la ocurrencia lo que permite definirla así y diferenciarla de síntoma, peripecia, etcétera, sino el que ella ocurre *en lugar de*, trasgrediendo una expectativa del analista, fundada en las *condiciones* que necesita para trabajar. La actuación sólo puede definirse a partir de la contratransferencia, por lo que el analista está implicado en su origen. La contratransferencia es tenida como el órgano del sentido del analista, como la *respuesta* que es núcleo de toda comprensión. Toda comprensión implica una experiencia simultánea de la cosa y de mí como experimentador, y la contratransferencia introduce la experiencia del analista.

El analista no sólo está implicado en el origen de la actuación sino también en su consagración: la actuación pro-mueve una cierta respuesta del analista — una actuación a su vez— que le actualiza su propia *angostura* y toca los límites de su posibilidad de analizar. Finalmente analizando y analista actúan en lugar de, y la actuación es un *ciclo*. El análisis se hace hablando y una ocurrencia se vuelve actuación según cómo sea dicha y según cómo sea oída. La palabra tiene dos vertientes una comunicativa y otra expresiva. La expresiva e-mociona, pro-mueve una cierta respuesta. Todo ocurre como si la palabra transmitiera: oír es interpretar, como lo hace un actor, encarnando.

Lo comunicativo tampoco está fuera del campo del conflicto, el nombre

supone una generalidad y re-quiere un reconocimiento que puede ser negado por otro, otro que de esta manera, como negador, se revela.

La relación con otro se vuelve esencial. Tradicionalmente, otro se revela en su no, pero Klein descubrió en este otro una doble significación: como negador y como alimento, en lo esquizo-paranoide y en lo depresivo.

El par yo-otro nos instala en el conflicto entre lo id-ente y lo difer-ente. La proyección es un intento de salvar el conflicto: el otro es lo que de él pienso, un saber fundado en la atribución de cualidades que, a la vez, definen al propio yo en relación con ellas.

Pero este saber proyectivo deja en la incertidumbre y tenemos certezas, ellas anclan en nuestros actos. Si otro es hechura mía, entonces es tan cierto lo que él es como es de cierto mi acto, y como lo soy yo para mí mismo. La identificación proyectiva es este proceso de *identificar*, de *hacer* de otro alguien idéntico a lo que deseo que sea, que *opera la conversión de otro en objeto*. Objeto es siempre objeto parcial esto es, se define por ser puntual (fuera del tiempo y la experiencia); tipo (definido por un único atributo); funcionario (cumple una función y la relación es función de este cumplimiento); en su lugar (no tiene existencia fuera de él); solitario (está solo por idealizado o por denigrado); confirmatorio (sólo muestra lo que confirma su condición de objeto).

Esta conversión ocurre por escisiones, siendo fundamental la escisión del tercero. Otro es otro *por ser para un tercero* y privado de tercero se convierte en objeto. Las formas de tal privación son múltiples pero todas convergen en que *el objeto queda solo* con el sujeto y sólo tiene al sujeto.

Pero nunca hay dos. La dualización es unificación: lo que el sujeto halla

el objeto es a sí mismo, en el marco de una relación espejada que pronto aleja la posibilidad de sobrevida. Por otra parte, nunca deja de haber tres: en la relación con el objeto son inevitables las frustraciones y el *no*, y este *no* hace presente el *para sí* del objeto, núcleo del tercero.

La relación con el objeto escinde lo bueno, lo esquizo-paranoide supone la imposibilidad de afirmar algo como bueno, porque se ecuaciona, sin más, a deseado suscitando el deseo envidioso. No hay lo bueno del objeto, sino lo *bonificado*, una atribución de bondades. Esta relación con un objeto bonificado está en el origen de la idealización (la que no ocurre como una exageración de bondades) y anula el deseo.

También se hace objeto a otro haciéndose el sujeto a sí mismo: lo que hace de sí cuenta con su repercusión en otro, repercusión que lo pro-mueve a convertirse en el personaje que el sujeto re-quiére.

La identificación proyectiva es así una estructuración primera, un proceso elaborativo. Inicia una cadena de mediaciones (lo que es el objeto devendrá algo del propio sujeto, y así, puesto en el objeto, puede tratar con ello) y es la forma temprana de la capacidad de pensar. Su superación se vuelve condición de toda posibilidad de otro relacionamiento. Pero esta defensa fracasa cuando, más allá de *conformar* al objeto, deviene un sistema de *confirmaciones*, por el cual todo desmentido, toda experiencia, es impedida. Entonces la retaliación aparece como inherente a la relación espejada y no como algo que sobreviene.

Todo este planteo supone una mecánica, una relación causal. Ella parte de la evidencia de que lo que el objeto es, de alguna manera *responde* a algo del sujeto, evidencia que es interpretada como que así realiza un deseo del sujeto. Esta relación de realización de deseo puede ser entendida como *proceso*

productivo (el deseo motor y causal de ciertas ocurrencias) o como *proceso interpretativo* (una ocurrencia pierde su absurdidad y ajenidad y se incorpora a la vida del sujeto una vez hallado el deseo que ella hace presente).

Se revisan entonces los supuestos de la hipótesis causal (causa clara e identificable, regularidad, efectividad, verificaciones) y se concluye que el modelo causal responde a la relación esquizo-paranoide, en la que el *motivo* que el sujeto propone al objeto para su respuesta es tenido por *único* y se realiza la fantasía de la relación dual. Allí los deseos que se realizan serían dos: el de que otro sea objeto y el del yo de ser el único yo del objeto.

Hallar el deseo dado por realizado es el modo psicoanalítico de restituir al sujeto las dotes de organizador del campo de su peripecia y es una de las formas de responder a la pregunta por el sentido. El planteo implica una sociabilidad esencial y fundante, un entendimiento del hombre como nudo de relaciones y la identificación proyectiva hace tema de esta inherencia de unos en otros.

BIBLIOGRAFÍA

- 1) ACHARD, L.: *Identificación proyectiva en un caso de esquizofrenia*.
Rev. Ur. de Psic., t. I, n° 3; 1956.
- 2) ACHARD, L.: *El acting-out homosexual*.
- 3) ALVAREZ DE TOLEDO, L.: *El análisis del “asociar” del “interpretar” y de “las palabras”*. Rev. de Psic., t. XI, N° 3 1954
- 4) ANDREUCCI, J.: *O acting-out como falso progreso*. Rev. Bras. de Psic., t. IV, n° 4, 1970.
- 5) BARANGER, M. y XV.: *La situación analítica como campo dinámico*. Rev. Ur. de Psic., t. IV, n° 1; 1961/2.

- (6) BARANGER, XV.: *Notas sobre el aporte de Heinrich Racker al conocimiento de la contratransferencia*. Rev, Ur. de Psic.
- 7) BARANGER, XV.: *Posición y objeto en la obra de Melanie Klein*. Buenos Aires, 1971.
- 8) BARANGER W.: *El “Edipo temprano” y el “complejo de Edipo”*. Rev. de Psic., t. XXXIII, n° 2; 1976.
- 9) BION. W. R.: *Ataques al vínculo*. Rev. Ur. de Psic., t. VII, n° 4; 1965.
- 10) BION, W. R.: *Aprendiendo de la experiencia*.
- 11) COROMINAS, J.: *Diccionario etimológico de la lengua castellano*. Madrid, 1973.
- 12) FAIRBAIRN, W. R. D.: *Estudio psicoanalítico de la personalidad*. Buenos Aires. 1965.

- 13) FREUD, S.: *La interpretación de los sueños*. Madrid 1975
- 14) FREUD, S.: *Compendio del psicoanálisis*. Madrid, 1975.
- 15) FREUD, S.: *Recuerdo, repetición y, elaboración* Madrid. 1975.

- 16) FENICHEL, O : *Teoría psicoanalítica de la neurosis*. Buenos Aires, 1972.
- 17) GARBARINO, H.: *Algunas consideraciones acerca del acting-out en la enfermedad maniaco-depresiva*. Rev. Ur. de Psic., t. VIII, n° 4; 1966.
- 18) GRINBERG, L.: *Sobre algunos problemas de técnicas psicoanalítica, determinados por la identificación y contra-identificación proyectivas*. Rev. de Psic., L XIII, n° 4. 1956.
- 19) GRINBERG, L.: *Sobre acting-out y su rol en el proceso psicoanalítico*, de Psic., t. XXV n° ¾, 1968
- 20) HEYMANN, E.: *El significado antropológico del lenguaje*. Puente 1963.
- 21) HEYMANN, E.: *Comentario a “DE la técnica analítica y las palabras”*. Rev. Ur. de Psic., t. XII, n° 3, 1970.

- 22) KLEIN, M.: *Contribuciones al psicoanálisis*. Buenos Aires.
- 23) KLEIN, M.: *Desarrollos en psicoanálisis*. Buenos Aires.
- 24) KLEIN, M.: *Nuevas direcciones en psicoanálisis*. Buenos Aires'. 1965
- 25) KLEIN, M.: *Envidia y gratitud*. Buenos Aires; 1969.
- 26) KOOLHAAS, G.: *Melancolía no es depresión*. Rev. de Psic., t. XIX, n° 2; 1969
- 27) KOOLHAAS, G.: *Sueño diurno, memoria pantalla, recuerdo imaginativo*. Rev. t. IV, n° 1; 1964
- 28) KOOLHAAS, G.: *Las fantasías inconcientes de los procesos mentales concientes*. Rev. Ur. de Psic., t. IV, n° 1; 1964.
- 29) LAPLACHE, J.; PONTALIS, J. B.: *Vocabulaire de la Psychanalyse*. París, 1973.
- 30) LIBERMAN, D.: *Identificación proyectiva y conflicto matrimonial*. Rev. de Psic., t. XIII, n° 1; 1956.
- 31) MELTZER, D.: *El proceso psicoanalítico*. Buenos Aires, 199,8.
- 32) MELTZER, D.: *Límites del lenguaje*. "Imago", no 3; 1975.
- 33) MERLEAU-PONTY, M.: *Fenomenología de la percepción*. México, 1967.
- 34) MERLEAU-PONTY, M.: *La prosa del mundo*. Barcelona, 1974.
- 35) NIETO, M.: *De la técnica analítica y las palabras*. Rev. Ur. de Psic.. t. XII, n° 3; 1970.
- 36) PACIUK, S.: *Sobre la permeabilidad en el acceso a la relación depresiva*. Rev. Uy. de Psic., t. XIII, n° 4; 1971/2.
- 37) PACIUK, S.: *Hacia una antropología psicoanalítica*. Presentado al X° Cong. Psicoanalítico Latinoamericano, Río de Janeiro: 1974.
- 38) PACIUK, S.: *Reinterpretación de Freud*. Rev. Uy. de Psic., t. XIV, no 1.
- 39) PACHECO, M.: *Identificação projetiva como elemento básico da percepção*. Rev. Bras. de Psic., t. IV, n° 1; 1970.
- 40) PREGO, L. E.: *Notas sobre el tratamiento de la psicopatía*. Rev. Ur. de

Psic., t. X, n° 1/2; 1968.

41) RACKER, E.: *Estudios sobre técnica psicoanalítica*. Buenos Aires, 1969.

42) RASKOVSKY, A. y M.: *Génesis del acting-out y de la conducta psicopática en Edipo*. Mimeógrafo.

43) REY, J., C.: *Queja y envidia*. Rev. Uy. de Psic., t. IV, n° 1; 1951/2.

41) ROSENFELD, H. A.: *Estados psicóticos* Buenos Aires, 1974.

45) SEGAL, H. *Introducción a la obra de Melanie Klein*. Buenos Aires, 1969.

*Saúl Paciuk**

* Dirección: Luis Alberto de Herrera 1042, ap. 708, Montevideo, Uruguay

CONSIDERACIONES SOBRE LA PSICOPATIA*

Por

MANUEL PEREZ-SANCHEZ

(Barcelona)

INTRODUCCIÓN

Consideramos que la psicopatía puede ser vista como un defecto moral; con ello queremos enfatizar el hecho de que en el psicópata no existen valores internos, o mejor, objetos buenos introyectados, que den consistencia a su yo; y esta falta está determinada por un fracaso fundamental previo en la disociación primaria, según los descubrimientos de M. Klein respecto de la disociación en el primitivo desarrollo mental, como elemento para sentar las bases de la salud mental. El no poder disociar llevaría a nuestro paciente a una situación caótica, pero esto se evita merced a una parte omnipotente y narcisista, que le mantiene unido, realizando a través de la identificación proyectiva una parasitación sobre el objeto; de otro modo su yo débil y vulnerable, escondido detrás del caparazón de aparente “equilibrio psicopático”, caería hecho trozos.

* Versión abreviada del trabajo presentado a la Reunión de la Sociedad Española de Psicoanálisis; junio de 1972.

REVISIÓN DE LA TEORÍA PSICOANALÍTICA SOBRE PSICOPATÍA

Podemos señalar como trabajos más significativos los de Alexander, Bromberg, Campo, Cleckley, Deutsch, Eidelberg, Fenichel, Greenacre, Prego, Joseph, Reich, Wittels, y por otro lado los aportes al Primer Congreso Anual y al IX° Simposio de la Asociación Psicoanalítica Argentina, sobre *Psicoanálisis de la manía y de la psicopatía*.

La psicopatía se caracteriza primordialmente por impulsividad, irresponsabilidad, relaciones amorosas superficiales, incapacidad de aprender por la experiencia, carácter esencialmente defectuoso de la conciencia e infiltración de ciertos productos desfavorables del temprano narcisismo, comportándose el psicópata como si las consecuencias de sus hechos fueran a afectar a otros (Greenacre). Sus impulsos son sintónicos del yo, el superyó es incompleto o patológico y en los casos graves hay una fijación oral cutánea (Fenichel). El psicópata es, aparentemente, un individuo que no se preocupa de reprimir sus deseos infantiles y que se comporta como si no tuviera superyó (Eidelberg). Incapacidad para utilizar los símbolos verbales, siendo el lenguaje una técnica de acción inducida sobre las demás personas; está fijado en una etapa preedípica (Lieberman). Intensa perturbación de la identidad, debido a la confusión de sexos y a la multiplicidad de los objetos externos, que introyectados implican un grave

deterioro para el yo (Zac). Parece que en el psicópata se adelanta demasiado la maduración motora y queda dissociada de la disposición para el pensamiento verbal; sus pensamientos son del tipo motor y son incapaces para la reflexión (Apter y col.). Al negarse la culpa en la psicopatía se está negando también el vínculo con el objeto. La negación del vínculo trae aparejada la imposibilidad de rehacer el objeto en la memoria, lo que inevitablemente acarrea un déficit en la acumulación de experiencia y un trastorno en el pensamiento (Campo). Las técnicas psicopáticas y perversas sirven al mismo tiempo, en cierto momento del desarrollo del análisis, a los fines de una tentativa de aprendizaje y discriminación (L. de Bleger). En la psicopatía falla la función sintética del yo, con la imposibilidad del manejo en el plano simbólico de ansiedades de tipo psicótico que entonces deben ser actuadas (Ferschtut Y col.). La elaboración del duelo en la adolescencia del cuerpo infantil y de la fantasía del doble sexo conduce a la identidad sexual adulta, a la búsqueda de la pareja y a la creatividad; el psicópata, por fracaso en la elaboración de ese duelo, no alcanza la verdadera identidad y su adaptación creativa (Aberastury y col). La psicopatía se muestra como un trastorno del desarrollo que determina el establecimiento de una relación con un objeto ideal interno (Prego). Ahora nos ocuparemos de otros aspectos de la literatura más en relación con nuestro tema.

El trabajo de Betty Joseph de 1960 sobre la personalidad psicopática, con un fundamento clínico, nos parece un punto de partida importante para la comprensión general de la psicopatía. Ella introduce el término de “equilibrio psicopático” y señala tres características fundamentales conectadas entre si:

1. La sorprendente inhabilidad para tolerar cualquier tensión, frustración o ansiedad, que se resuelve en una tendencia al *acting out*, considerado éste, no como intolerables impulsos, sino como un complicado mecanismo para evitar conflictos y ansiedad interior. 2. Un particular tipo de actitud hacia sus objetos, comportándose con ellos de una forma exigente, controladora, voraz y explotadora. Una específica relación entre voracidad y envidia. Apoyándose en M.

Klein, discutiendo un aspecto de este problema dice: “Voracidad, envidia y ansiedad persecutoria, las cuales están ligadas una con la otra, inevitablemente aumentan la una con la otra”. 3. Una específica combinación de defensas que ayudarán a mantener un precario pero importante equilibrio, mostrando cómo a pesar de la voracidad, explotación e impulsividad no es un criminal y cómo a pesar de la envidiosa y omnipotente incorporación de sus objetos, su crueldad hacia ellos, su aparente falta de preocupación por ellos y su resultante persecución interna, él no ha llegado a ser un psicótico. El equilibrio que logra el paciente de B. Joseph, un adolescente de 16 años, es el estado psicopático, un estado en el cual la profunda culpa y depresión, profunda persecución y real criminalidad son todas constantemente eludidas. El grupo de mecanismos de defensa principalmente usados, están basados alrededor de fantasías omnipotentes de poder, las cuales están fundadas en una disociación masiva y una excesiva identificación introyectiva y proyectiva. El paciente está fijado parcialmente a la posición esquizo-paranoide y a eso debe la fuerza de sus impulsos.

Nuestra observación clínica coincide con las tres características señaladas por B. Joseph, y nos parece muy significativa esta combinación de defensas que ayudan a mantener este precario pero importante equilibrio, que hacen que el psicópata no caiga, ni en la criminalidad, ni en la psicosis, así como lo que parece un incontrolable *acting out* de impulsos, puede ser visto como un complicado mecanismo para evitar conflictos y ansiedad. Todo ello es congruente con Cleckley cuando expresa que los psicópatas rara vez se ven comprometidos en delitos importantes. Aunque B. Joseph habla del carácter narcisista de su paciente, no relaciona todas estas defensas con el narcisismo y por tanto no hace depender el estado de equilibrio psicopático de una organización narcisista específica. Un aspecto que no coincide con el de nuestra observación es el hecho de que la disociación en el caso presentado por B. Joseph es de tipo

masivo, dándose una total introyección e identificación mágica con las figuras idealizadas, exitosas y deseables de padres y analistas, no pudiendo por ejemplo el paciente pensar en hacer otra carrera que la de los padres o la del analista. Con tal incorporación mágica evita la envidia y toda competitividad incluyendo la rivalidad edípica. Por el contrario, en nuestro caso, la disociación es insuficiente y pensamos que esto da un matiz diferente tanto a la relación con sus objetos, que permite una degradación más fría y premeditada de ellos, como a la configuración de una actuación comedidamente pensada y menos impulsiva. En él no aparecen figuras idealizadas, puesto que “lo que es bueno es ser malo”. La insuficiente disociación potenciaría la idealización del *self* destructivo, estableciéndose una relación de objeto narcisista con parasitación y tiranía del objeto, aparentando entonces un mayor equilibrio. Nuestro paciente fue, externamente al menos, un adolescente aplicado, un hijo, esposo y padre considerado normal y por último un efectivo hombre de empresa. Liberman, en colaboración con Grimberg habla de la existencia en el psicópata de un vínculo narcisista formado por una parte del *self* y otra que contiene un objeto-pecho mutilado por la avidez y envidia, que ellos llaman “cuerpos enquistados” (conteniendo los vínculos narcisistas y las identificaciones proyectivas invasoras recibidas en la infancia) que se reactivan ante la frustración. Apoyándose en ideas de Meltzer, explicitan la situación del vínculo narcisista dentro del objeto, dándose una especial tiranía, donde una parte cínica del yo tiraniza cruelmente a otra parte del yo esclavizada, mediante un coito anal sádico. También habla de una peculiar disociación, que recuerda a la de Bion para aquellos pacientes con fuertes sentimientos de envidia al pecho y que consiste en separar la satisfacción material de la psíquica. Esto determina que estos pacientes a lo largo de su vida busquen ávidamente bienestar material, sin admitir la existencia de un objeto vivo del cual depender. Son aspectos que claramente se presentan en nuestro paciente (su anhelo insaciable de confort material que sólo le tiraniza).

Otro aporte es el de Bleger, quien considera a la psicopatía como un déficit de la personificación, esto implica que el cuadro no se instala en función de una regresión sino de una perturbación de la evolución de la personalidad. Es decir, no se trata de un fenómeno defensivo, sino de un trastorno evolutivo. Si seguimos con la revisión de otros trabajos encontramos que Eidelberg dice que para que un psicópata pueda curarse es preciso que el paciente esté dispuesto a aceptar la escisión de sí mismo que implica el desarrollo de una capacidad autocrítica, escisión sana entre la parte racional y la irracional de su personalidad; esto es obviamente cierto pero consideramos que el psicópata no estará dispuesto a colaborar tanto más si se hace depender la naturaleza del proceso, como supone Eidelberg, de una defensa inconciente contra un deseo sexual perteneciente a la fase fálica,

Otro punto donde podemos apreciar el trastorno de la disociación es el de la bisexualidad de estos pacientes. Zac atribuye el trastorno de identidad a la confusión de sexos y lo refiere a un deterioro grave del yo, mientras que Wittels lo fija en una época posterior en que las diferencias anatómicas de los sexos no están todavía seguras y que corresponde a la fase protofálica de Jones

Un trabajo lleno de sugerencias, aunque sólo se basa en estudios biográficos de casos, es el de Phyllis Greenacre, “La conciencia en el psicópata”, y que comentaremos con algún detalle. Dice que la conciencia es la heredera del complejo de Edipo, esto es, en el período de latencia, se da un especial impacto integrador al proceso de incorporación de las normas paternas y de la más definida formación de ideales y en esta zona es donde se registra un especial deterioro en el futuro psicópata. Ella cree respecto del origen de la conciencia, que no surge completamente formada de la situación edípica y da importancia a

la fuente de agresión infantil, donde se da lugar a la concepción semi-orgánica de los códigos corporales de ingestión y excreción. Valora también los violentos mecanismos de defensa descritos por M. Klein que por su naturaleza son amorales y asociales y cree que aunque estos factores pueden ser importantes en algunos psicópatas, solamente tienen valor si se combinan con ciertos elementos posteriores. Por tanto, los mecanismos primitivos descritos por M. Klein de naturaleza amoral y asocial no adquieren toda su significación, en el sentido de configurar y determinar los estados posteriores, porque si bien Greenacre valora los aspectos de agresión y codificación primitiva, pone el acento en aspectos externos. Los padres del psicópata cuyas características ella describe minuciosamente, en líneas generales, tratan de estimular el componente exhibicionista del narcisismo del niño. Al estudiar en otro momento el sentimiento de culpa que considera un producto de la fuerza de las facultades autocríticas de la conciencia, refiere el hecho de que se ha dicho que el psicópata no tiene sentimientos de culpa, ni conciencia, ni mecanismos de defensa, ni ansiedad. Si todo esto fuera cierto añado, creo que el psicópata no viviría mucho tiempo, sino que explotaría por la fuerza de su propia agresión primitiva. Considera que estas características se deben al intento de ubicar con demasiada precisión al psicópata, en cuanto entidad clínica, en la nosología psiquiátrica y en la teoría psicoanalítica y que tal razón puede deberse al descorazonamiento terapéutico del médico, con la consiguiente retirada a un punto descriptivo. Nosotros pensamos que un intento de ubicar al psicópata con más precisión en la teoría psicoanalítica, puede permitirnos un mejor manejo y una mayor firmeza en la técnica tan necesaria para con estos pacientes. Se podría entender de una manera más dinámica estos intentos de descripción en el sentido de que el psicópata no tiene sentimientos de culpa, ansiedad, mecanismos de defensa, etcétera, si recordamos la especial configuración que adquieren los mecanismos de defensa según B. Joseph y si nos referimos a la exposición que Rosenfeld hace de un especial tipo de paciente narcisista, que

podría asimilarse a la psicopatía cuando dice: “Las omnipotentes partes destructivas del *self* a menudo permanecen disfrazadas o pueden estar silenciosas y disociadas lo cual oscurece su existencia dando la impresión de que no tiene relación con el mundo externo. De hecho, tienen un efecto muy poderoso de impedir las relaciones de dependencia con un objeto y mantienen a los objetos externos permanentemente desvalorizados, lo cual explicaría la aparente indiferencia del individuo narcisista hacia los objetos externos y el mundo”.

Una constante que se puede apreciar en la bibliografía con notable relevancia, es el hecho de un cierto trastorno en la disociación, expresado también bajo la forma de dificultades de discriminación, o términos similares siendo fijado por unos autores a niveles precoces y por otros a niveles evolucionados. Podemos deducir que cuando el trastorno ocurre en un nivel más primitivo, de fijación parcial en la posición esquizo-paranoide, la violencia y fuerza de los mecanismos es más intensa y efectiva, dándonos noción tanto del carácter severo de estos trastornos, como de las dificultades de abordaje terapéutico. Observamos también que el narcisismo es incluido y valorado en alguna forma.

A) Reforzamiento de la parte narcisística destructiva

Nos ocuparemos en este apartado de los aspectos referentes al narcisismo en su forma destructiva, como ha sido recientemente investigado por Rosenfeld (1971), que clarifica los aspectos libidinales y destructivos del mismo. Él los relaciona, por una parte con la teoría de Freud de la fusión y defusión de los instintos de vida y de muerte, y por otra con la teoría de M. Klein de los procesos de disociación del objeto y del yo. Introduce el concepto de fusión patológica para aquellos procesos donde en la mezcla de los impulsos libidinales y destructivos el poder de los destructivos está grandemente fortalecido,

mientras que en la fusión normal la energía destructiva es mitigada o neutralizada.

Antes de seguir adelante y con el objeto de subrayar la significación del aporte de Rosenfeld y la utilidad que tiene para la comprensión de aspectos de nuestro paciente, queremos puntualizar que en la contribución de M. Klein al narcisismo, ella enfatizó más los aspectos libidinales y sugirió que el narcisismo es de hecho un fenómeno secundario, el cual está basado en una relación con un objeto bueno interno o ideal y que en la fantasía forma parte del cuerpo amado y del *self*. Piensa Klein que en los estados narcisistas la retirada de las relaciones externas da lugar a una identificación con un objeto ideal interno.

Nuestro paciente, después de reforzar su organización narcisista en el primer año de tratamiento, lo interrumpe durante tres años, al cabo de los cuales vuelve y en su primera sesión dice: “Hasta ayer me encontré muy mal, pero hoy ya me encuentro muy bien, casi curado; esto es cuestión de ir viniendo hasta que se gaste.” Rosenfeld en su trabajo sobre narcisismo, de 1964, estudia la identificación proyectiva e introyectiva del *self* y del objeto en los estados narcisistas. Dichos estados narcisistas actúan como defensa contra cualquier reconocimiento de “Separateness” entre el *self* y el objeto. El reconocimiento de separación conduce a sentir dependencia de un objeto, pero la dependencia estimula envidia cuando se reconoce la bondad del objeto. Por consiguiente la agresividad hacia los objetos será inevitable al tener que ceder terreno la posición narcisista, estando por tanto estrechamente determinada la fuerza y - persistencia de la relación de objeto omnipotente y narcisista con la fuerza de - los impulsos envidiosos y destructivos. Nuestro paciente pasa a través de la identificación proyectiva a fusionarse y desvalorizar al objeto-pecho analítico con gran rapidez. Sus sentimientos envidiosos o destructivos aparecen implícitos y siendo concretamente efectivos ya en el primer momento, en el no es-

perar nada de mí.

En su trabajo de 1971, Rosenfeld estudia el narcisismo en mayor detalle diferenciando los aspectos libidinales y destructivos del mismo, y en síntesis dice: “Considerado en el aspecto libidinal, el narcisista siente que cada cosa que es valiosa, relacionada con objetos externos o con el mundo externo, es parte de él o es omnipotentemente controlada por él”. Cuando estudia el narcisismo desde su aspecto destructivo, encuentra que “la idealización del *self* juega un papel central, pero ahora es la idealización de las omnipotentes partes destructivas del *self*. Ellas son dirigidas a la vez contra cualquier relación de objeto positiva libidinal y contra cualquier parte libidinal del *self* que experimente necesidad por su objeto y el deseo de depender de él.”

Dice Rosenfeld: “Hay algunos pacientes narcisistas en quienes los impulsos destructivos defusionados parecen estar constantemente activos y dominando la totalidad de su personalidad y relaciones de objeto. Expresan sus sentimientos de una única manera despreciativa, disfrazada, devaluando el trabajo del analista con su persistencia, su conducta repetitivamente engañosa y a veces abiertamente deprimente. De esta manera ellos aseguran su superioridad sobre el analista, representando vida y creatividad, estropeando o destruyendo su trabajo, entendimiento y satisfacción. Ellos se sienten superiores, en ser capaces de controlar y contener esas partes de ellos mismos que quieren depender del analista como persona útil. Se comportan como si la pérdida de cualquier objeto de amor, incluyendo al analista, pudiera dejarlos fríos e incluso estimular un sentimiento de triunfo.”

En el siguiente material veremos su reacción ante las muertes de su madre, del dueño de la empresa, y ante las vacaciones de verano.

Murió su madre de una complicación postoperatoria imprevista y reaccionó con dos breves momentos de tristeza en los que se le saltaron las lágrimas. Uno fue cuando colocaron a su madre en el depósito de cadáveres de la clínica y vio sus genitales y se dijo, por ese agujero he salido yo; y otro en la sesión en el momento de recordarlo. El resto del tiempo lo gastó esencialmente en pensar si mejoraba la caja del entierro y los funerales de la madre que ella tenía pagados ya por un seguro, pero al final dejó las cosas como estaban, prometiéndose hacer una misa en su honor y unos buenos recordatorios, lo que tampoco hizo.

Al poco tiempo murió el dueño de la empresa; su preocupación fue de sentarse en el Sitio donde estaba la presidencia del funeral en la iglesia, así como de ir a comulgar, aunque hacía mucho tiempo que no había confesado y según él estaba en pecado. Esto lo hizo para reforzar su puesto de prestigio en la empresa, según expresó. Recordó su primera comunión, que había hecho también en pecado por haberse acostado con la chica de servicio alguna noche y tener la sensación de haberse excitado sexualmente con ella. Con las siguientes vacaciones de verano aparece una gran frialdad y a su vuelta dice: “No quisiera decirle que lo pasé muy bien...”

Queremos señalar un nuevo aspecto que aparece conectado aquí con la visión del genital de la madre y el reconocimiento de su origen. El paciente tiene capacidad para verlo, pero no quiere entretenerse por mucho tiempo en ello. Más adelante estudiaremos esto con más detalle al ocuparnos de la disociación, pero traemos esta observación aquí para conectar con la descripción de Rosenfeld, quien dice: “En términos de la situación infantil el paciente narcisista quiere creer que él se ha dado vida y es capaz de alimentarse y cuidar de

sí mismo”. Nuestro paciente consideraba que él se había hecho a sí mismo, que era un *self-made-man*, y recuerda que mientras trabajaba en su adolescencia utilizaba ratos libres para estudiar. Repite en ocasiones: “Yo he venido desde tan bajo . La muerte de la madre, del dueño de la empresa, las vacaciones de verano, le hacen experimentar triunfo, siendo sobresaltado sólo por pequeños *flashes* que le asustan.

Dice Rosenfeld que tales pacientes ocasionalmente expresan bochorno y alguna ansiedad persecutoria, pero sola una mínima culpa, porque muy poco de su *self* libidinal es conservado vivo. Parece que estos pacientes han contendido en la lucha entre sus impulsos destructivos y libidinales, tratando de liberarse de su preocupación y amor por sus objetos matando su amante y dependiente *self* e identificándose ellos mismos casi enteramente con la parte destructiva narcisística del *self*, la cual les provee de un sentido de superioridad y admiración.

Rosenfeld se refiere a que el narcisismo destructivo de estos pacientes aparece a menudo altamente organizado, como si uno estuviera tratando con una poderosa banda dominada por un líder, el cual controla a todos sus miembros, para que ellos se soporten unos a otros y hacer el trabajo destructivo y criminal más efectivo y poderoso. Sin embargo, la organización no sólo aumenta la fuerza del narcisismo destructivo sino que es un propósito defensivo que lo guarda en el poder y mantiene el statu quo. El propósito principal, continúa Rosenfeld, parece ser el de impedir la debilidad de la organización y controlar los miembros de la banda para que ellos no abandonen la organización destructiva y junten las partes positivas del *self* o traicionen los secretos de la banda a la policía, el superyó protector representado por el analista, el cual puede ser capaz de salvar al paciente.

Otro aspecto que añadiremos se refiere a la observación de Rosenfeld de la actitud del paciente cuando ocasionalmente las interpretaciones analíticas penetran la concha narcisista y el paciente se siente más vivo. Entonces admite que le gustaría mejorar, pero de repente siente su mente como sacada fuera del consultorio, llegando a estar tan separado y dormido que sólo con dificultad podría mantenerse despierto. Aunque nos hemos referido al dormirse en nuestro paciente en otros sentidos, hemos podido constatar esta realidad de una forma clara y repetida. Hay una resistencia casi igual a la de un muro de piedra — nuestro paciente lo expresa como “caparazón”, “me hago de piedra”—, la cual impide cualquier examen de la situación. El contacto con el analista significaría una debilidad de la omnipotente superioridad narcisística. Hemos querido expresar la dificultad que representan estos pacientes en análisis, conocimiento que nos viene dado al detectar la naturaleza fundamentalmente destructiva de tal organización defensiva y que todo intento de penetrarla, cuando se concreta, acarrea la puesta en marcha de tales mecanismos correspondientes al instinto de muerte.

Sin un conocimiento de tales procesos y su naturaleza, consideramos que la técnica no tendría la firmeza necesaria para permitir un desenvolvimiento del proceso analítico; por ello es tan fácil que estos pacientes dejen el tratamiento en el transcurso del primer año.

B) Trastorno fundamental en la disociación primaria

El apartado que ahora nos ocupa, está encaminado a ilustrar las dificultades en la disociación primaria, basándonos en la descripción de M. Klein y en las ideas de E. Bick sobre el proceso de contención del *self* y del objeto, previos a

la disociación primaria.

Ha sido M. Klein juntamente con sus discípulos quien ha prestado una particular atención en el trabajo teórico y clínico a la teoría dualista de Freud de los instintos de vida y de muerte. Para *M. Klein* *la ansiedad nace* de las operaciones del instinto de muerte dentro del organismo, el cual es sentido como temor de aniquilación. El yo primitivo, para defenderse, proyecta una parte del instinto de muerte en el objeto externo, por lo que éste se convierte en perseguidor, mientras *que* otra parte permanece en el yo, tomándose en agresión contra el objeto perseguidor. El instinto de vida también es proyectado en los objetos externos, los cuales serán sentidos como buenos o idealizadas. Ella puso especial acento en el hecho de que es característico del primer desarrollo que el *yo temprano disocia* en forma activa al objeto y su relación con él, lo que puede implicar alguna disociación activa del yo mismo, permaneciendo los objetos buenos e idealizados, y los malos o persecutorios, separados. Ello implicaría también que los instintos de vida y de muerte quedarían en un estado de defusión. A la vez que se disocia el objeto, se disocia el *.self* en una parte buena y otra mala. Simultáneamente al proceso de proyección aparece el de introyección. Estos procesos son esenciales, como señala Rosenfeld, para el inicio de la fusión de los instintos de vida y de muerte. Estos procesos de disociación del *self* y del objeto, así como la defusión de los instintos ocurren en una etapa primitiva que NI. Klein llama posición esquizo-paranoide; uno puede encontrar esta etapa no solamente en pacientes que regresan a ella, sino también en pacientes que nunca la han pasado completamente y permanecen fijados parcialmente a ella; es el caso de nuestro paciente. M. Klein puso en claro que estos mecanismos disociativos primarios podían conectarse con la transferencia y los estudió especialmente a través de la transferencia negativa que surgía de la envidia primaria, la cual es considerada como un derivado directo del instinto de muerte. La envidia no sólo busca robar, sino que también busca colocar en la

madre y especialmente en el pecho, maldad, excrementos y partes malas de sí mismo; en el sentido más profundo, destruir su capacidad creadora. Representa la envidia, según Rosenfeld, casi completamente una energía destructiva defusionada, utilizada por nuestro paciente con fines defensivos de su organización narcisista.

El mecanismo de disociación es un mecanismo de defensa normal en la primitiva vida, tendiente a proteger al *self* y al objeto de los peligros de aniquilación. La disociación, según Hanna Segal, “es la que permite al yo emerger del caos y ordenar sus experiencias. Por excesivo y extremo que pueda ser al comienzo, este ordenamiento de la experiencia que acompaña al proceso de disociar al objeto en uno bueno y otro malo, sirve para ordenar el universo de las impresiones emocionales y sensoriales del niño y es una condición previa para la integración posterior. Es la base de lo que será después la capacidad para discriminar, cuyo origen es la temprana diferenciación entre lo bueno y lo malo; es la base de la atención, del juicio intelectual y de la represión y si no ha sido patológica, continuará funcionando de una forma atemperada a lo largo de toda la vida.” Si observamos las consecuencias positivas que señala Segal para tal mecanismo de disociación en la personalidad, podemos deducir que su alteración en la psicopatía, producirá un área de trastornos de gran amplitud.

Por otra parte, E. Bick señala que es necesario el proceso de contención previo del *self* y del objeto dentro de sus respectivas pieles para que se dé el proceso de disociación primario. Sugiere Bick que, en su forma primitiva, las partes de la personalidad se vivencian como si estuvieran carentes de una fuerza capaz de unir las, por lo cual resulta necesario asegurar su cohesión en una forma que se experimenta pasivamente, mediante la función de la piel que obra como un límite. Pero esta función interna —la de contener las partes del *self*— depende inicialmente de la introyección de un objeto externo, el cual debe ser

vivenciado como capaz de cumplir esta función. Más adelante, la identificación con esta función del objeto reemplaza al estado de no integración y da origen a las fantasías de espacio externo y de espacio interno. Sólo entonces se da el marco necesario para que pueda comenzar a actuar la disociación primaria y la idealización del *self* y del objeto que describe M. Klein. Hasta que no se hayan introyectado las funciones de contención, es imposible que aparezca el concepto de un espacio dentro del *self*. Y en ese caso, la introyección, esto es, la construcción de un objeto en un espacio interior, resulta menoscabada, por lo cual la identificación proyectiva continúa inevitablemente sin mengua y se ponen de manifiesto todas las confusiones relativas a la identidad. En el estado infantil no integrado, la necesidad de encontrar un objeto contenedor lleva a la frenética búsqueda de un objeto, sea una luz, una voz, un olor o algún otro objeto sensual, susceptible de ser vivenciado como algo que une las diversas partes de la personalidad. El objeto es el pezón dentro de la boca, junto con la madre que sostiene al bebé, que le habla, y de la cual emana un olor familiar... El desarrollo deficiente de esta función primitiva resulta de la inadecuación del objeto real o bien de los ataques fantaseados contra él. Pudiéndose determinar la formación de una “segunda piel”, mediante la cual la dependencia con respecto al objeto es reemplazada por una pseudo-independencia y por el uso inadecuado de ciertas funciones mentales o quizás, de talentos innatos.

C) Nueva reorganización narcisística a través de una intensificación de la actividad erótica

Queremos subrayar la debilidad esencial del proceso disociativo primario y todos los intentos, trucos y falsedades tendientes a ser contenido en su fragilidad; cuando esto no se logra, viene el esfuerzo de la parte narcisística

destruktiva de la personalidad, a través de la erotización que comentamos en este apartado acerca de la significación de la actividad erótica. Señala Rosenfeld que: “En muchos de estos pacientes los impulsos destructivos están ligados con perversiones. En esta situación, la aparente fusión de instintos no conduce a mermar el poder de los instintos destructivos; al contrario, el poder y la violencia son grandemente aumentados a través de la erotización del instinto agresivo. Siento que es confuso seguir a Freud en discutir las perversiones como una fusión entre los instintos de vida y de muerte porque en este ejemplo la parte destructiva del *self* ha tomado el control sobre los elementos de la personalidad del paciente y es por esto capaz de emplearlos mal. Estos casos son en realidad ejemplos de una fusión patológica similar a los estados confusionales donde los impulsos destructivos predominan sobre los libidinales.”

El paciente ha venido intensificando su actividad sexual. Desde la inicial impotencia con la que vino el primer año, ha ido ensayando diversas actividades sexuales con su esposa. Dichos ensayos tenían el carácter de provocación en la transferencia y estaban en conexión con situaciones de frustración o separación. Era como insistir basta ver a dónde podía llegar, forzando a su esposa en todo momento, con el sentimiento de hacer algo mal, ya que a ella le aparecían dolores de cabeza, nerviosismo, etcétera, que el paciente achacaba a su comportamiento. El paciente dice: “Me está cambiando el gusto sexual, prefiero la masturbación al coito”.

Se sintió profundamente atacado cuando interpretamos durante esta sesión y en los días siguientes su defensa de erotización, entonces empezó a sentir los síntomas con los que había venido al comienzo del tratamiento intentando defenderse. En la sesión, durmiéndose, trivializando, recurriendo a un aparente asociar estúpido, casi de un estado confusional. Fuera, estando muy irritado en el trabajo y en casa, no pudiéndole contradecir nadie. Empezó a preocuparse de

su salud y de que debía de hacer ejercicio y de una forma compulsiva en un día se hizo socio de un club, empezando natación, gimnasia, tenis y unas sesiones de masaje, aclarando que esto era una cosa buena que hacía para su salud. Intentos de defensa; refuerza incluso su caparazón muscular con el deporte, para dominar los temores de ser debilitado por mis interpretaciones contra la erotización.

Pronto entra en una nueva situación de calma.

Veamos el material: “He tenido un sueño, yo llevaba a un marino sin graduación a enseñarle un barco de guerra extraño, estaba formado por cajas cuadradas, articuladas unas a otras, sin tener unión o comunicación entre ellas, sólo por la cubierta y terminando en punta proa y popa, era como un gusano, serpiente, etcétera, no era como un tren, Tiraba humo muy negro y en gran cantidad, tenía mucha capacidad de maniobra.” La asociación fue: “Ahora siento gran repugnancia, acabo de estar con mi mujer. No fui a X (su ciudad natal); tenía como un miedo simbólico.”

En este sueño la organización narcisística se ha estructurado de nuevo, el extraño barco de guerra representa las partes reptantes e incomunicadas de su mente, que no son precisamente un tren de asociación, sino una densa cantidad de humo negro que él refuerza con las repugnantes relaciones sexuales, con el fin de no ver sus objetos originarios en X, que le producirían un miedo concreto y no simbólico; él es quien enseña al marinerano-analista-sin-graduación, la potencia destructiva de su mente.

La actividad sexual, que él quiere mostrarme como una liberación y progreso en esta época no es una expresión del instinto de vida, sino el resultado de una

fusión patológica que no conduce a un estado confusional, en virtud de la significación defensiva que tal actividad tiene para su organización narcisística, con su extraño barco de guerra reptante y con gran capacidad de maniobra. “Esta organización narcisística”, dice Rosenfeld, “es en mi experiencia no primariamente dirigida contra la culpa y ansiedad, sino que tiene el propósito de mantener la idealización y superior poder del narcisismo destructivo. Cambiar, recibir ayuda, implica debilidad y es experimentado como una falta o un fracaso de la organización narcisística destructiva la cual provee al paciente un sentimiento de superioridad. En casos de esta clase hay las más determinadas resistencias crónicas al análisis y sólo la muy detallada exposición del sistema, capacita al análisis para hacer progresos.”

RESUMEN Y CONSIDERACIONES FINALES

Hemos dicho en el planteamiento inicial que el psicópata no es un defectuoso mental, sino un defectuoso moral. Hemos discutido nuestros puntos de vista en relación con buena parte de la literatura psicoanalítica sobre el tema y a través de menciones clínicas hemos querido mostrar que el defecto moral depende de una no existencia de valores internos, es decir, objetos buenos introyectados, que den consistencia a su yo. Esta falla está determinada por un fracaso en la disociación primaria, descrito por M. Klein, y en el proceso previo de contención del *self* y del objeto señalado por E. Bick.

No poder disociar llevaría a nuestro paciente a una situación caótica, confusional, pero esto se evita gracias a una parte omnipotente y narcisista que por identificación proyectiva parasita el objeto. Sugerimos que las manifestaciones psicopáticas no están dirigidas primariamente contra la culpa y la ansiedad, sino

que parecen tener el propósito de mantener la idealización y superior poder del narcisismo destructivo descrito por Rosenfeld, y que esto daría lugar al precario pero importante equilibrio psicopático apuntado por B. Joseph y que hace que nuestro paciente no caiga ni en la psicosis ni en el comportamiento abiertamente delictivo, ni en un estado realmente confusional. Habíamos dicho que el psicópata no es un defectuoso mental sino un defectuoso moral: este intento de diferenciar venía determinado por el hecho clínico de que en el paciente *se daban unos estados que, dadas sus características, llamaríamos pseudoconfusionales* y que, al igual que su pseudo independencia, es expresión de una inicial alteración en el proceso de disociación y ulterior organización narcisista, *expresada* por el paciente con la frase: “Yo tengo la locura de la vanidad”. Señalamos las dificultades del diagnóstico inicial, así como los ulteriores problemas de orden técnico en el transcurso del tratamiento. Consideramos que deben haber ocurrido problemas serios relacionados con la lactancia, cuidados maternos, etcétera, en su infancia.

BIBLIOGRAFIA

- ABERASTURY, A.: *Adolescencia y psicopatía. Duelo por el cuerpo, la identidad y los padres infantiles*. En “Manía y psicopatía”. Buenos Aires, Paidós; 1966.
- ABERASTURY, A.: *Adolescencia y psicopatía. Con especial referencia a la defensa*. En “Manía y psicopatía”, cit.
- APTER, A.: *Mecanismos esquizoides en la psicopatía como defensa contra la depresión*. En “Manía y psicopatía”, cit.
- BICK, E.: *The Experience of the Skin in Early Object-Relations*. *Int. J. of Psycho-Anal.* 49,484. 1968.
- BLEGER, J. y col.: *Psicopatía como déficit de la personalidad*. En “Manía y psicopatía”, cit.
- BLEGER, J.: *Simbiosis, psicopatía y manía*. En “Manía y psicopatía”, cit.
- BLEGER, J.: *Simbiosis y ambigüedad*. Buenos Aires. Paidós, 1967.
- BLEGER, L. de.: *Algunos problemas transferenciales en la psicopatía.*, En “Manía y psicopatía”, Buenos Aires, Paidós, 1967.
- CAMPO, A.: *El pensamiento y la culpa en la personalidad psicopática*.
- CLECKLEY, H.: *Psychopathic States*. En Arieti S. *American Handbook of Psychiatry* Nueva York. Bisie Book, 1959.
- EIDELBERG, E.: *Enciclopedia del psicoanálisis*. Barcelona. Espaxs, 1971.
- EVELSON, E. y col.: *Psicopatía transferencial*. En “Manía y psicopatía”, cit.
- FENICHEL, O.: *Teoría psicoanalítica de las neurosis*. Buenos Aires. Paidós.
- FERSCHTUT y col.: *Notas sobre la simbolización en la psicopatía*. En “Manía y psicopatía”, cit.
- FREUD, S.: *Introducción al narcisismo*. “Obras completas”. Madrid. Biblioteca Nueva, 1948.
- FREUD, S.: *Los instintos y sus destinos*. “Obras completas”, cit..
- FREUD, S.: *Más allá del principio del placer*. “Obras completas”, cit.

- GREENACRE, Ph.: *La conciencia en el psicópata*. En “Trauma, desarrollo y personalidad”. Buenos Aires, Hormé, 1960.
- GRIMBERG, L. y col.: *Identificación proyectiva y comunicación en la situación transferencial*. En “Manía y psicopatía”, cit.
- GRIMBERG, L.: *Relación objetal y moda-lisiad en las identificaciones proyectivas en la manía y la psicopatía*. En “Manía y psicopatía”, cit.
- GRIMBERG de EKBOIR, C y col.: *La psicopatía en el vínculo transferencial*!. En “Manía y psicopatía”, cit.
- JOSEPH, B.: *Some Characteristics of the Psycho pat hic Personality*. Inter. J. of Psycho-Analysis. XLI, 1960.
- KLEIN, M.: *Envidia y gratitud*. Buenos Aires. Noval, 1960.
- KLEIN, M.: *Notas sobre algunos mecanismos esquizoides*. Paidós, 1962.
- LAPLANCHE y col.: *Vocabulaire de la Psychanalyse*. París. Presses Universitaires de France, 1967.
- LIBERMAN, D.: *Enfoques conceptuales para la comprensión psicoanalítica de las psicopatías*. En “Manía y psicopatía”, cit.
- LIBERMAN, L.: *Tedio, patología del pensamiento e identificación proyectiva en psicopatías*. En “Manía y psicopatía”, cit.
- MELTZER, D.: *El proceso psicoanalítico*, 1967.
- MELTZER, citado por GRINIBERG y LIBERMAN en “Manía y psicopatía , cit.
- PAZ, C. A.: *Psicopatía y fronterizos*. En Manía y psicopatía”, cit.
- PREGO SILVA, L. E.: *Notas sobre el tratamiento de la psicopatía*. “Revista Uruguay de Psicoanálisis”. T. X, nos. 1 y 2, pp. 3-46, 1968.
- ROLLA: *El trabajo de la construcción de símbolos en la manía y la psicopatía*. En “Manía y psicopatía”, cit.
- ROSENFELD, H.: *On the Psychopathology of Narcissism*. Psychotic States. Londres; Hogarth Press, 1965.
- ROSENFELD, H.: *A Clinical Aproach to the Pschoanalytic Theory of the Life*

and the Death Instincts. An Investigation into the aggressive Aspects of Narcissism. Int. J. of. Psycho-Anal. 52, 169, 1971.

ROSENTHAL: *El pensamiento en el adolescente y en el adolescente psicopático.* En ‘Manía y psicopatía’, cit.

SEGAL, H.: *Introducción a la obra de M. Klein.* Paidós, 1995.

WITTELS. citado por GREENACRE.

ZAC, j.: *Consideraciones acerca de la psicopatía.* En “Manía y psicopatía”, cit.

M. Pérez- Sánchez *

**REVISTA A LA
APU
*LO QUE SE ESCRIBE LO QUE SE HACE***

ENRIQUE PICHON RIVIERE

Estando al cierre este número, nos llega la dolorosa noticia de su muerte.

Amigo de nuestra asociación desde sus orígenes, su aliento, su consejo y su enseñanza encontraron eco en esta tierra a la que mucho quiso y que se benefició de su sabiduría generosa.

Enrique Pichon Riviere deja un legado científico y humano de enorme valor. Fue un tenaz y lúcido investigador, fecundo como pocos. Su obra no se concretó

* Dirección: Tonas y Pujalt, 46. Barcelona - 6 - España.

tanto en sus escritos —aun siendo numerosos y muy estimables— sino en su magisterio, en los surcos que abrió, en lo que dio a pensar a otros, en lo que otros desarrollaron a partir de sus ideas y propuestas. Maestro indiscutible, desbordó lo que podría ser la estrechez de una escuela, sembró y, directamente o a través de las generaciones de discípulos que se sucedieron en las diferentes instancias de su infatigable vida, contribuyó decisivamente a moldear el perfil de lo que podemos llamar el “psicoanálisis latinoamericano”.

En particular, nuestra Revista se inauguró con el espaldarazo que le dieron los mensajes de cordialidad de Melanie Klein y de Arminda y Enrique Pichon Riviere. En una alentadora carta, ellos nos hacían clara la importancia de la Revista como teniendo a su cargo una función integradora y de toma de posición, que es “el punto de partida que todo trabajador intelectual necesita como permanente referencia, mucho más aun el del campo psicológico y social”. Estas, las palabras de Arminda y Enrique, han sido siempre nuestras inspiradoras.

LO QUE SE ESCRIBE

*LA CASA: ESCENA DE LA FANTASIA **

por Vida Maberino de Prego

(Montevideo)

“La casa de habitación, un sucedáneo del vientre materno, primera morada cuya nostalgia quizá aún persista en nosotros, donde estábamos tan seguros y nos sentíamos tan a gusto.”

S. FREUD

“A medida que el avión iba ascendiendo y alejándose de la tierra, los edificios, las casas se hacían cada vez más y más pequeños.

En un instante, el lugar conocido de donde había partido hacia tan sólo unos minutos, se había convertido en una maravillosa ciudad de juguete a donde, con toda mi alma, hubiera querido regresar.

Muchos años atrás, me habían regalado un conjunto de casitas blancas que durante mucho tiempo constituyeron algo fascinante y que siempre permanecen en mi recuerdo; tanto que, cuando viajo por otros países, me detengo en las jugueterías siempre anhelando el re-encuentro con ese juguete.”

Detenida en el aire y en el tiempo por el hilo de un recuerdo, las casitas blancas de su infancia aparecen dibujando, forma y color, un pedazo de la vida de la paciente, que así inicia una sesión.

Y es que las casas jalonan como mojones, nuestro tránsito por el vivir.

De una casa nacemos, casa-vientre que nos cobija en una etapa de formación; vamos hacia otra casa, la última, con una interrogante que no nos será jamás contestada.

No elegimos ni la primera ni la última morada, como tampoco podemos elegir ni el momento de nacer ni el momento de morir (salvo cuando el morir se vivencia como un trascender la vida, para no perderla) y todo espacio abierto es un trayecto entre un salir y un entrar; trayecto más o menos largo, más o menos difícil, que es el vivir.

La casa paterna, la escuela, la casa donde vivimos cuando formamos nuestro hogar, son lugares determinantes en la vida, y en nuestros sueños; así como en los sueños de los pacientes frecuentemente aparece una casa —escenografía del drama— donde, fuera de las leyes temporales y espaciales que rigen la vigilia, nos es devuelto un lugar perdido tiempo ha.

Así Octaviano, 12 presa del deseo de la mujer amada muerta, revive la ciudad destruida hasta unas horas antes, devolviéndole todo su esplendor con la fuerza de su —también— deseo del reencuentro.

En la magia de la noche bañada por la luna, lo primero que surge ante sus ojos asombrados por el milagro, es la casa, precursora del encuentro predeterminado por los sentimientos que el calco del seno maravilloso, había despertado en él.

Como una reminiscencia de algo perdido tiempo atrás y que sólo puede recuperarse a través del sueño, “Octaviano, al pasar delante de una casa que había

* Leído en la Asociación Psicoanalítica del Uruguay el 21 de agosto de 1976.

observado durante el día, y sobre la que la luz de la luna daba de lleno vio, en estado de integridad perfecta, un pórtico cuyo orden había tratado de establecer... Esta extraña restauración, hecha de la tarde a la noche, por un arquitecto desconocido, atormentaba a Octaviano, seguro de haber visto aquella casa el mismo día, en estado de ruinas.

“El misterioso reconstructor había trabajado muy de prisa, pues todas las mansiones próximas tenían el mismo aspecto reluciente y nuevo.”

Y en su encuentro con Marcela... “Al mirar aquella cabeza tan tranquila y tan apasionada, tan fría y tan ardiente, tan muerta y tan viva, comprendió que tenía ante él a su primer y único amor, su copa de embriaguez suprema.”

Octaviano despierta de su sueño de amor solo, otra vez, entre las ruinas de la ciudad destruida.

Las ruinas que el arquitecto desconocido resucita para él, son el continente de un pasado alucinado para el instante del encuentro con la mujer ansiada; un instante que fusiona, en la fantasmática del personaje, la vida y la muerte; el ayer y el presente.

El día lo encuentra solo, desposeído e inerme, porque su libido ha quedado retenida en un punto del que no puede salir.

En esta línea, Ricœur 19 nos dice, “para Freud, las posiciones sucesivas de la sexualidad son tenaces y difíciles de abandonar, de modo que el camino de la realidad está jalonado de objetos perdidos; el primero, el seno materno: el propio autoerotismo está parcialmente ligado a este objeto perdido. He aquí por qué

la elección de objeto tiene a la vez un carácter prospectivo y nostálgico”. “El hecho de encontrar un objeto sexual no es en suma más que una manera de re-encontrarlo. Para la libido, el futuro está hacia atrás, en la felicidad perdida.”

Felicidad que siempre le será vedada a Octaviano quien, después de su extraña experiencia, vagará como una sombra, en la obsesión de la búsqueda del objeto perdido.

La casa, como recipiente de ese objeto, adquiere habitualmente a posteriori la cualidad de un estuche que conservará lo idealizado.

Si un arquitecto desconocido nos permitiera recuperar la casa de la infancia, como sucede en los sueños o en la literatura, al abrir su puerta nos recibirían los moradores de entonces, dejándonos con la ilusión de vencer el tiempo y la muerte en última instancia, de negarnos nuestra impotencia.

LA CASA Y LA CASTRACIÓN

En Ovidio, un joven paciente que había empezado su análisis tiempo atrás, a causa de una patológica relación con su madre viuda, “la casa imperfecta” que él quería reconstruir, fue el tema primordial que llenó, durante meses, el tiempo de sus sesiones.

Después de una breve interrupción, al retomar su análisis me relata los contratiempos que tuvo que soportar a causa de la lluvia torrencial que cayó en esos días: la casa donde habita con su madre, y que tiene muchos años de construida, se llovió por todas partes.

Profundamente angustiado, se refugió en su cuarto, pero ahí, el ruido de las goteras lo volvía loco. Todo se mojaba y aunque utilizó un complicado procedi-

miento compuesto de tablas y de pedazos de nailon para desviar el agua y proteger los libros, todo fue inútil.

Se sentía realmente desesperado pensando que los contenidos de la casa se iban a estropear.

Su novia lo esperaba a cenar pero él pensó que no podría ir, dejando la casa sola, en esas condiciones. Quiso dormir, esperando que mientras tanto parara la lluvia, pero no pudo conciliar el sueño.

Finalmente decidió salir a cenar con su novia, pero no pudo permanecer con ella porque se encontraba preso de una ansiedad inmanejable.

Volvió a su casa, recorrió los cuartos controlando los lugares por donde el agua se filtraba y los estragos que pudiera hacer, y sólo logró tranquilizarse cuando, pensando en un proyecto para reconstruirla, sintió que podría hallar los medios para hacerlo. “No puedo ni pensar en casarme si antes no soy capaz de arreglar la casa donde viví y en donde mi madre va a seguir viviendo.”

La casa que no protege del pasaje del agua, presentiza el agujero por donde el paciente se siente escurrir, licuoso en su ansiedad por lo que no puede negar más.

Los agujeros por donde atraviesan los chorros de agua son terroríficos porque, como la cabeza de Medusa, patentizan la castración.

Para Ovidio, el proyecto que él puede realizar —y que es lo único que logra tranquilizarlo representa no sólo el sentirse en posesión de un instrumento que le permita reparar la casa-cuerpo materno y el vínculo con ella, sino y especialmente conseguir “la perfección” que como un fetiche, negara la falta del falo en la mujer.

Solamente así siente que puede rescatarse de la situación que lo aprisiona.

En Adela, una joven abogada que inició el análisis por sus dificultades para integrar una pareja heterosexual, vemos cómo la casa es vivenciada como el vínculo conflictual con la madre y con su propia femineidad, que le es imposible asumir.

En el primer mes de su casamiento, llega a la sesión desalentada por el trabajo que le produce el manejo de la casa.

“Manejar una casa es algo tan difícil y cansador!” dice. “Siempre hay algo que hacer y cuando ese algo se termina, hay que volver a empezar con lo mismo: limpiar, lavar, ordenar, comprar los comestibles, cocinar.., no sé por qué me cuesta tanto decirle esto a usted.”

Mientras habla aumenta su ansiedad y termina llorando amargamente.

Agrega: “De mañana, estoy deseando que mi marido se vaya para el estudio y que regrese lo más tarde posible; estando él en casa, no sé qué me pasa pero no puedo hacer nada, como si se interpusiera entre la casa y yo.”

La casa es presentada por Adela, como la imagen de una mujer exigente, con quien le cuesta comunicarse y que, además, la separa de su pareja.

Si el marido está en la casa, se siente paralizada en la relación con ambos. La casa le exige una atención que no puede darle porque el marido se lo impide y, a su vez, no puede estar con él, aunque lo desee mucho, porque se siente observada por “todo lo que no está hecho”, según expresión de la paciente. En algunas ocasiones ha necesitado salir de la casa e ir a un café con el marido, para poder conversar íntimamente.

La casa —que necesita que se terminen de hacer las cosas— le devuelve como en un espejo su propia incompletud, patentizada frente a su pareja, que si, es

“terminado”, para ella.

El vínculo con él agudiza la situación conflictual con su madre, responsable de su carencia.

Tanto en Ovidio como en Adela, creemos ver en **la casa**, la representación de la figura materna, conteniendo el vínculo con ella, sus exigencias y especialmente la situación de dependencia que impide la autonomía necesaria para el establecimiento de una pareja adulta. Situación de dependencia que es trasladada a la casa, porque permite ubicar en ella la imperfección que puede ser reparada —aunque exija un máximo de esfuerzo— alejando en lo posible el fracaso de la omnipotencia.

LA CASA Y LA MUJER

En mi experiencia con pacientes del sexo femenino, he encontrado que Siempre aparece el tema de la casa.

La preocupación que la mujer, en general, siente por el aspecto que presenta la casa, ya sea en lo referente a la construcción en sí, al arreglo de su interior, o al orden que en ella impera, es bastante conocida y las “triviales conversaciones” sobre estos temas, en algunos momentos pueden llegar a ser el punto nodal que, unido a la difícil relación que se establece con las empleadas, cierra un círculo muchas veces agobiante.

La importancia que adquiere el despliegue de sus aspectos brillantes, lujosos o de buen gusto, cuando se exhiben, por ejemplo, en una reunión social, va más allá de ser un signo representativo del status socio-cultural de sus habitantes.

Parafraseando a Abraham, 2 diríamos que “la mujer podría resignarse a su femineidad si fuera absolutamente, la mujer (casa) más hermosa de todas.”

Dejando de lado las imposiciones culturales, condicionantes de una dificultad para que el manejo de una casa pueda efectuarse en forma más libre, me he preguntado si la necesidad, muchas veces imperiosa, de que la casa presente un aspecto determinado, y la forma en que sus fallas y carencias pueden convertirse en el centro de las preocupaciones, no está en la dificultad para aceptar su propio cuerpo castrado y con el odio por la herida narcisística que le fue impuesta.

Diríamos que la necesidad de las mujeres —por lo menos en su mayor parte— de poseer una casa que despierte la envidia de sus conocidos, parecería un desplazamiento del momento en que, como niña pequeña... “advierde el pene de un hermano o de su compañero de juegos, llamativamente visible y de grandes proporciones; lo reconoce al punto como símil superior de su propio órgano pequeño e inconspicuo y desde ese momento cae víctima de la envidia fálica”. 9

Agrandar y hacer conspicua la propia casa es como una compensación que oculta su envidia; ella también muestra algo que despierta la admiración de los que la contemplan.

En “Introducción al narcisismo” 6 Freud nos dice que “La evolución muestra muy distinta estructura en el tipo de mujer más corriente y probablemente más puro y auténtico. En este tipo de mujer parece surgir, con la pubertad, y por el desarrollo de los órganos sexuales femeninos, latentes hasta entonces, una intensificación del narcisismo primitivo... Sobre todo en las mujeres bellas, nace una complacencia de la sujeto por sí misma que la compensa de las restricciones impuestas por la sociedad a su elección de objeto. Tales mujeres sólo se aman, en realidad, a sí mismas...”

Diríamos que la mujer “se ama” en todo su cuerpo, en sus afeites, en las ropas y en las alhajas con que se adorna, como una forma de velar, ocultando la herida narcisística, por la incompletud a que fue sometida.

Así como el hombre niega la castración apoyándose en la visibilidad de su órgano sexual, la mujer necesita de su belleza y de los elementos que puedan realzarla, para negarla.

Vemos en la casa una extensión del cuerpo femenino y por lo tanto, parte importante de su narcisismo. Extensión del propio cuerpo y otras veces, desplazamiento del interés libidinal, desde el cuerpo a la casa, en donde ésta adquiere para su dueña, la cualidad de sostén de la represión de la castración.

En “La interpretación de los sueños”, 4 Freud se refiere al simbolismo de la casa, o aspectos parciales de la misma utilizados en el sueño, como un disfraz del contenido latente, para representar el cuerpo o partes de él.

“Las habitaciones son casi siempre, en el sueño, mujeres y la descripción de sus entradas y salidas suelen confirmar esta interpretación.”

Por otro lado, en los pocos trabajos en los que se ha referido a la sexualidad femenina, destaca las consecuencias que para la niña pequeña tiene la observación de los genitales masculinos.

En “Una teoría sexual” 5 nos dice que “La suposición de que ambos sexos poseen el mismo aparato genital (el masculino) es la primera de esas teorías sexuales infantiles tan singulares y que tan graves consecuencias puede originar.

“De poco sirve al niño que la ciencia biológica dé la razón a sus prejuicios y reconozca el clítoris femenino como un verdadero sustituto del pene. La niña no

crea una teoría parecida al ver los órganos genitales del niño, diferentemente formados de los de ella; lo que hace es sucumbir a la envidia del pene, que culmina en el deseo, muy importante por sus consecuencias, de ser también un muchacho.”

En 1925, al referirse a las consecuencias psíquicas de la envidia fálica ~ señala que, “Una tercera consecuencia de la envidia fálica parece radicar en el relajamiento de los lazos cariñosos con el objeto materno.”

Mientras que para Klein, la casa, representando a la madre, nos ubica frente a otro aspecto del problema.

“Muy frecuentemente dibujarán una casa, que representa a su madre y pondrán frente a ella un árbol simbolizando el pene del padre y algunas flores representando niños.” 1~

La preocupación por el interior del Cuerpo de la madre, blanco de sus ataques envidiosos y consecuentemente, el temor a los ataques retaliativos, hace que cada lugar, cada rincón necesite ser explorado e investigado como una forma defensiva de manejar la angustia frente a lo desconocido amenazante.

Klein, 13 al referirse a las múltiples fuentes de ansiedad que la niña vive en su relación con la madre, dice que, “comparada con el niño, se halla bajo otras ciertas desventajas, debido a razones fisiológicas.”

“Su posición femenina no la ayuda contra su ansiedad desde que su posesión del niño, que sería una confirmación completa y un logro de esa posición, es, después de todo, sólo prospectiva. Ni tampoco la estructura de su cuerpo la provee de alguna posibilidad de conocer cuál es el estado real de los asuntos en

su interior. Es esta incapacidad de conocer algo sobre su condición lo que agrava lo que, en mi opinión, es el miedo más profundo de la niña, esto es el de que el interior de su cuerpo ha sido lastimado y destruido y que no tiene hijos o sólo los tendrá dañados.”

Y agrega al pie de página: “Esta es, en parte, la razón por la cual el narcisismo femenino se extiende sobre la totalidad del cuerpo. El narcisismo masculino está focalizado sobre el pene porque el mayor temor del niño es el de ser castrado.”

“En un estadio algo posterior del desarrollo, sin embargo, en un momento en que sus sentimientos de culpa se hacen sentir continuamente, su deseo de apoderarse de los contenidos .buenos. del cuerpo de la madre, o más bien su convicción de que lo ha hecho, y expuesto así a su madre, diríamos figurativamente, a los malos contenidos, hace surgir un sentimiento de culpa y de ansiedad muy graves. Habiendo así destruido a su madre, cree haber arruinado el depósito del cual obtiene la satisfacción de todas sus necesidades morales y físicas. Este temor, que es de tan enorme importancia en la vida mental de la niña pequeña, fortifica aun más los vínculos que la ligan a su madre. Esto hace surgir un impulso a restituir y dar a su madre todas las cosas que ha tomado de ella, una impulsión que se expresa en numerosas sublimaciones de naturaleza típicamente femenina.” 13

La casa puede representar para el inconciente —como lo vemos en los sueños y en la literatura— el cuerpo materno y además el cuerpo propio. Su cuidado, la limpieza y exploración de sus rincones, los adornos que ponemos en ella para embellecerla y la forma en que puede funcionar, nos hacen sentir ligados y protegidos, o por el contrario, sentirla como una prisión llena de peligros, de donde deseamos escapar. Esto nos permite, siguiendo el pensamiento kleiniano en relación con la intensidad de la culpa por los impulsos destructivos y con la

capacidad de reparación, “como al niño que venda la pata de la ardilla mordida, mientras pronuncia la palabra ¡Mamá!, ser restituidos al mundo humano de protección, de “ser buenos.” 14

En un artículo titulado “El espacio vacío”, Karin Michaelis da un relato del desarrollo de su amiga, la pintora Ruth Kjær, quien poseía un notable sentido artístico, que empleaba especialmente en el arreglo de su casa, pero no tenía pronunciado talento creador.

Hermosa, rica e independiente, pasaba gran parte de su vida viajando y constantemente dejaba su casa, en la que había gastado tantos cuidados y gustos... En medio de la felicidad que era natural en ella, y que parecía sin perturbaciones, se hundía repentinamente en la más profunda melancolía.

Una melancolía suicida. Si trataba de explicar esto, decía algo así: “Hay un espacio vacío para mí, que nunca puedo llenar.”

Un cuadro que fue retirado de su casa, dejando una pared vacía, que parecía coincidir con el espacio vacío dentro de ella, la llevó a un estado de profunda tristeza, hasta que, febrilmente y en unas pocas horas pintó un cuadro que llenó el vacío de la pared.

A este respecto y a la producción *posterior* de la pintora, dice Klein: “Es obvio que el deseo de reparar, de arreglar el daño psicológicamente hecho a la madre, y también restaurarse a sí misma, estaba en el fondo del impulso de pintar esos retratos de sus parientes... Al hacerlo, la hija puede apaciguar su propia angustia y puede tratar de reparar a 1ª madre y hacerla de nuevo a través del retrato.” 14

En algunos momentos del análisis de pacientes muy regresivas — especialmente en los estados psicóticos— me ha sorprendido encontrar que

expresiones tales como: “Quiero que mi casa brille como un espejo”, o “Me miro en ella”, etcétera, significaban mucho más que una mera forma de referirse a la importancia que pudiera tener para ella, la atención de su hogar.

Por ejemplo, una paciente cuya casa había sido afectada por unas rajaduras en la azotea, por donde se filtraba la humedad, estropeando la pintura, decía: “¡No lo puedo soportar! Me miro en las paredes del living y de mi cuarto, con la pintura descascarándose y las paredes agrietadas, y siento como si fuera yo misma que me caigo en pedazos. Si no me ayudan a arreglar todo esto, temo enloquecer.”*

Lacan 16 dice, “el estadio del espejo es un drama cuyo empuje interno se precipita de la insuficiencia a la anticipación, y para el sujeto, presa de la ilusión de la identificación espacial, maquina la forma que se sucederán desde una imagen fragmentada del cuerpo hasta una forma que llamaremos ortopédica de su totalidad y a la armadura por fin asumida de una identidad enajenante, que va a marcar con su estructura rígida todo su desarrollo mental... Este cuerpo fragmentado, término que he hecho también aceptar en nuestro sistema de referencias teóricas, se muestra regularmente en los sueños, cuando la moción del análisis toca cierto nivel de desintegración agresiva del individuo.

“Aparece entonces bajo la forma de miembros desunidos y de órganos figurados en exoscopia, que adquieren alas y armas para las persecuciones intestinas, los cuales fijó para siempre por la pintura el visionario Jerónimo Bosch, en su ascensión durante el siglo decimoquinto al cenit imaginario del hombre moderno. Pero esa forma se muestra tangible en el plano orgánico del

* Ya el lenguaje cinematográfico ha utilizado *la casa*, con sus paredes que se van resquebrajando, perdiendo su forma primitiva y cayendo una a una hasta su destrucción total, para describir la desintegración psicótica de sus personajes.

mismo, en las *líneas* de fragilización que definen la anatomía fantasmática, manifiesta en los síntomas de la escisión esquizoide o de espasmo de la histeria.”

Planteo si, en algunos estados, la casa, con sus elementos desordenados o deteriorados, no es como el reflejo que lleva, en un proceso inverso, desde la imagen del cuerpo como totalidad, a la angustia de las fantasías de fragmentación.

En otras palabras, si la imagen de la casa deteriorada no nos remite, en un proceso involutivo, a una angustia de la que se trata de huir; pero, como en el suplicio de Sísifo, la tarea terminada se *deshace y hay que recomenzar cada vez*.

Quizás en la mujer, cuya máxima capacidad creativa está en su misterioso interior, la preocupación por poder conservar a su alrededor una armoniosa completud, vivenciada como el reflejo visto del interior desconocido —reflejo sostén de la imagen del cuerpo como totalidad— esté en relación con la angustia de castración.

No en vano Lacan se refiere a la “niña confrontándose, desnuda en el espejo: su mano como un relámpago cruzando de un tajo torpe la carencia fálica .

LA CASA Y EL NIÑO

Aberastury 1 dice que, “Durante el tratamiento psicoanalítico de niños, encontré con frecuencia que en el juego de construir casas, el niño expresaba muchos de sus conflictos fundamentales y que podía observarse si su esquema corporal era deformado y en qué manera.”

Agrega: “Al estudiar las condiciones especiales bajo las cuales se estructura el esquema corporal y la noción de espacio puede comprender por qué en la construcción de una casa, al simbolizar ésta al sujeto, pueden expresarse situaciones emocionales traumáticas importantes y también verse cómo han influido en su esquema corporal o en su relación con el espacio. .. Un sujeto valoriza una parte de la casa que construye, *pone el énfasis* en algo que otro anulará, agrega algo que no existe o elimina partes fundamentales en la construcción de una casa.

“El lenguaje que se expresa en este juego es un lenguaje espacial.

“Cada sujeto tiene y expresa una determinada configuración espacial, y esta denominación creada por Homburger, significa la especial relación dinámica de las formas, tamaños y distancias en cada sujeto.

“En cada configuración espacial determinada, el sujeto expresa: a) su experiencia en el espacio y b) su situación actual frente al espacio y a su propio cuerpo.”

Dupont Muñoz 3 utiliza el dibujo de la casa y “El constructor infantil”, en sesiones con niños que enfrentan la proximidad de la muerte por cáncer. “Es bien sabido que la casa simboliza el cuerpo y sus partes y que al construirla se expresan situaciones traumáticas importantes en relación con el esquema corporal.”

Sabemos que **la casa** es uno de los primeros dibujos del niño: persiste a través de su desarrollo y es un índice de su nivel intelectual y afectivo.

En este presente de vuelos espaciales, los libros y revistas de ciencia-ficción, así como las películas y los programas televisivos con el mismo tema, ocupan un lugar de privilegio en las mentes infantiles. Las complejas naves y las construcciones interplanetarias despiertan su más vivo interés y son reproducidas en sus juegos y en sus dibujos.

Sin embargo, la sencilla casita-rancho sigue dibujada en las paredes de las salas de juego de los analistas de niños.

Con lápices, con crayolas o con plasticina, su reproducción llena hojas y hojas, y según sea su forma y su color, su tamaño, la ubicación en el espacio, el ambiente que la rodea y la ornamentación, podemos inferir el tipo de relación que puede establecer consigo mismo y con el otro; sus angustias, sus defensas y sus deseos.

Recordamos a un niño de tres años y seis meses, hijo de padres divorciados y que sentía una gran ansiedad por esta separación, llegar a la primera sesión de análisis acompañado por su madre por haberse negado a entrar solo en la sala de juego.

Ubicó los juguetes que estaban sobre la mesa, en una fila apretada entre él y el analista y tomando la plasticina dijo a su madre: ¡Mamá!, ¿me hacés una casa?” A lo que, obviamente, ella respondió azorada: “¡Pero si no la sé hacer!”

Diego, de siete años, comunicó a través de una serie de casitas, dibujadas en sesiones sucesivas, el embarazo de su madre, que estaba tratando de elaborar. Primero fue la casa con el techo a dos aguas; esta se fue modificando, con la redondez del techo hasta transformarse en un iglú; y finalmente, al agregarle las

piernas, los brazos y la cabeza, quedó convertida en “mamá, con el vientre abultado”.

Ana, de doce años, en un período en que el quehacer analítico estaba centrado en el proceso de diferenciación entre ella y la figura materna, dibujó una casa, empezando por el piso y continuando hacia arriba con el dibujo detallado de las paredes, con sus puertas y ventanas, hasta llegar al techo, el que se prolongaba, formando las polleras de una joven, que emergía, desplazándose como una oruga que deja su capullo.

Existen numerosos ejemplos en la literatura infantil, en donde la protagonista —o el héroe— son expulsados de la casa de su infancia, que muestran sus vicisitudes en el largo trayecto antes de re-encontrar la casa que los acoja, que adquiere así su significación de deseo realizado.

En “Blanca Nieves y los siete enanitos”, la madrastra dueña del castillo vive sin preocuparse de la niña hasta que ésta, llegada a la adolescencia, se convierte en su rival.

El espejo que habla de la belleza de la niña, sella su destino: deberá morir. Y así sale del castillo y encuentra la casita del bosque.

Se establece entonces una lucha entre la bruja que quiere hacerla salir de la casa —o al menos abrir sus aberturas— como una manera de romper la protección que representa el estar dentro, y el esfuerzo de los enanitos (¿aspectos fragmentados de la figura paterna?) para que se mantenga encerrada. Finalmente, cuando asume la muerte simbólica, por haber comido la manzana envenenada, la protegen poniéndola en una caja-casa cristal, de donde será rescatada por el príncipe, que con un beso la devuelve a la vida.

El tema de los niños perdidos en el bosque que sorpresivamente encuentran una casita tentadora de azúcar y turrón y, que al penetrar en ella, tienen que pasar por múltiples peligros antes de poder regresar, como el héroe, triunfantes y llenos de oro, a la casa paterna, es frecuente.

Y son innumerables los ejemplos de casitas —o castillos— que juegan un papel importante en la dinámica de los cuentos infantiles.

Y es que la casa es para nosotros, el continente del recuerdo.

Nuestra vida se va depositando en sus paredes, en sus rincones, y a ellos acudimos cada vez que necesitamos ubicarnos en el tiempo o en el lugar del sueño o de la fantasía.

Se sueña con la casa de la infancia o de la adolescencia; con la casa de los abuelos o de tal o cual amigo que ha dejado una huella en nosotros.

Revelan características de una época, de un momento histórico, de las necesidades y de las modalidades de un país y de los anhelos de sus moradores. Y la historia de sus transformaciones acompaña la historia de la humanidad: el hombre y su vivienda siempre van juntos.

LA CASA: SU RELACIÓN CON EL SÍNTOMA

Paso a comentar dos ejemplos en los cuales el síntoma predominante estaba estrechamente relacionado con la casa: *permanecer o salir de ella*.

I) Gladys, de veintitrés años, consultó por un síntoma que dificultaba todas sus actividades: se sentía terriblemente angustiada cada vez que se veía obligada

a dejar su casa.

En algunas ocasiones lograba vencer su ansiedad, pero la mayoría de las veces ésta se hacía tan intolerable que, poco a poco se había ido recluyendo sin otras actividades que las que podía desarrollar dentro de su casa.

Empezó un análisis en el curso del cual se pudo ver la complejidad de su síntoma. El temor de salir se centraba, fundamentalmente, en el hecho de que, estando en la calle, no podía esconderse si se encontraba con determinadas personas. En su casa podía sentir el mismo terror ante la perspectiva de ese encuentro, pero la diferencia radicaba en que la casa, sentida como algo extremadamente protector, le brindaba sus múltiples rincones y la posibilidad de que sus puertas cerradas se ubicaran como obstáculos entre ella y su perseguidor.

Las personas temidas no eran siempre las mismas, sino que en cualquier encuentro casual, éstas podían volverse peligrosas, de acuerdo a un complicado mecanismo asociativo que no podía controlar.

Por lo tanto, la persona que hasta ayer representaba el peligro podía, en un momento dado, transformarse en aliada y dejar su lugar de amenaza a otra, indiferente hasta entonces.

Esto convertía en algo extremadamente difícil, para la paciente, el tomar precauciones porque sólo en el momento del encuentro podía conocer su reacción. Ésta consistía en una pérdida del control motor; hubiera querido correr, pero no podía. Quedaba paralizada y expuesta a las miradas de Su interlocutor, y en ese momento se producía un delirio de transformación corporal Por el cual creía que su boca tomaba una forma tan extraña al cerrarse y abrirse para emitir unas pocas palabras, que la otra persona quedaría espantada al enterarse de su secreto, pese a todos sus esfuerzos para ocultarlo.

“Si viviera en algún lugar de Arabia, en donde las mujeres se cubren el rostro, dejando al descubierto solamente los ojos, creo que no tendría tantos problemas”, dirá en una ocasión.

Desde su casa, como desde un fuerte, y ayudada por su madre quien, según ella, era la única persona que conocía su enfermedad, sostenía una complicada red de mentiras para explicar su ausencia de las reuniones que daban sus amigos y familiares, o de los centros de estudio de donde, poco a poco, se había alejado totalmente.

La puerta de su casa estaba siempre cerrada; sufría de una constipación muy rebelde y cuando se casó, en el curso del análisis, desarrolló una vaginitis que hizo imposible la relación sexual durante meses.

Toda ella estaba cerrada, como obligaba a que se mantuvieran cerradas las puertas y ventanas de su casa.

Al cabo de un tiempo de tratamiento, en una sesión que fue la última, me comunicó, sumamente asombrada —y atemorizada— que, sin que supiera cómo ni hubiera podido preverlo, en ese fin de semana habían sucedido dos hechos altamente sorprendentes: la defecación se había efectuado sin ninguna dificultad y su marido había podido penetrarla.

No vino más.

En esta paciente existían elementos agorafóbicos, donde la peligrosidad del espacio abierto radicaba en la amenaza del encuentro: la protección de la casa cerrada alejaba la posibilidad de que éste se produjera.

J.Mom señala que “tanto la claustrofobia como la agorafobia muestran en forma

dramática, una disociación o división perfecta en el paciente aquejado de alguna de ellas [...] Parece entonces que, en el momento en que se colocan los peligros internos en un lado, se cumple aquello de poder vivir tranquilo en el otro lado. Aunque un detalle más sería necesario para que se cumpliera esto último: evitar a través de un cuidadoso control que, a partir de esa instancia, esos dos lugares se pusieran en contacto. 18

En el adentro, que es su casa, la casa de sus padres en donde había transcurrido toda su infancia, siguió viviendo cuando se caso.

Existía una identificación de ella con la casa en donde ambas se confundían en el esfuerzo por mantener dos zonas perfectamente diferenciadas: *lo abierto*, representante del peligro y *lo cerrado*, donde se sentía segura.

Su miedo a las ventanas abiertas se asociaba con un recuerdo infantil, en el que le había parecido ver, a través de los vidrios, la máscara de la muerte. Y la transformación de su rostro, que atemorizaría tanto al otro, era su propio miedo, como en un espejo, frente al rostro transformado en muerte. Cerrarse era esconderse, eludiendo un destino de destrucción, así como cerrar sus aberturas representaba su deseo de mantener bajo control los propios aspectos tanáticos; que indudablemente se vinculaban con la relación que mantenía con su madre. Ésta era dependiente y sádica a la vez; ella era la portadora de la palabra que explicaría la ausencia, permitiendo el mantenimiento del secreto y era víctima, al mismo tiempo, del secreto, ya que su tiempo estaba, casi enteramente, acaparado por las necesidades de su hija.

El padre estaba al margen de esta alianza, y cuando la paciente se casó, su marido ocupó el mismo lugar que él: meras figuras secundarias del drama, donde el síntoma nos hacía pensar —a través de los sueños, de los recuerdos,

etcétera, de Gladys— en su relación con la muerte.

Pero Freud nos habla de un terror “relacionado con la vista de algo”⁴ “La visión de la cabeza de Medusa paraliza de terror a quien la contempla, lo petrifica.” Y más adelante, agrega: “Lo que despierta horror en uno mismo, también ha de producir idéntico efecto sobre el enemigo al que queremos rechazar. El diablo emprende la fuga cuando la mujer le muestra su vulva.”

Freud señala que “quedar rígido significa, efectivamente, la erección. Es decir, en la situación de origen ofrece un consuelo al espectador: todavía posee un pene, y el ponerse rígido viene a confirmárselo.”

Pero la muerte es un estar rígido también; convertida en piedra, sin vida. Aislarse con su madre en la casa tapiada, ¿no sería quizás, la expresión de un deseo de retornar al origen, más allá de las diferencias y más allá, también, del vivir y el morir?

II) Los padres de Guillermo, de tres años de edad, consultaron porque el niño presentaba serios trastornos en el acto de la defecación.

Aunque el síntoma databa de tiempo atrás, había ido aumentando en intensidad y, en el momento de la consulta, representaba un problema que tenía profundamente abatidos a los padres.

Lo describieron como un niño alegre y comunicativo hasta el momento en que empezaba a sentir necesidad de defecar.

Entonces se quedaba acurrucado en un rincón, sin querer comer ni jugar.

Permanecía así, a veces hasta ocho días y' a pesar de los esfuerzos desesperados de sus padres, se negaba tenazmente a sentar-se en el inodoro o en la bacinilla, defendiéndose vehementemente de todo lo que pudiera significar un intento de violentar su resistencia.

Finalmente, cuando ya no podía soportar más, se acostaba en su cama, totalmente vestido, se tapaba con las frazadas y así, y en posición fetal, defecaba. Permanecía todavía unos minutos en total inmovilidad y luego, lentamente, se sacaba la ropa y miraba las heces con atención.

Sólo entonces se mostraba aliviado, como si hubiera escapado milagrosamente de un gran peligro, y permitía que su madre arrojara las heces en el inodoro, lo lavara y lo vistiera.

El niño presentaba también otros síntomas: no permitía que le cortaran el cabello ni las uñas y, fundamentalmente, le era prácticamente imposible separarse de su madre y de su casa.

No salía a jugar ni a la vereda; permanecía dentro de su casa y sólo en raras ocasiones se asomaba al jardín.

Su madre no podía abandonar la casa ni un momento porque durante su ausencia, el niño hacía una crisis de angustia, obligándola a permanecer al alcance de su mirada, lo que la hacía sentirse prisionera, en una situación que no podía ni sabía manejar. Debido a las exigencias del niño, la hija menor, de un año y seis meses de edad, tenía que ser atendida la mayor parte del tiempo, por una empleada; ya que ella se dedicaba casi exclusivamente a Guillermo.

La única salida permitida era la del padre, para atender sus ocupaciones; el resto de la familia vivía como recluso en la casa.

Paso por alto otros datos del material clínico, así como las circunstancias que me llevaron a mantener, con el niño y su madre, una serie de entrevistas que abarcaron un período de tres meses y medio, con la base de tres sesiones semanales,

En mi primer encuentro con el niño, en la sala de espera, me sorprendió su aspecto agradable y vivaz. Estaba parado al lado de su madre y, cuando los invité a entrar, se abrazó a ella y entraron juntos, caminando él entre sus piernas y abrazado a ellas, con la cara apoyada en su cuerpo.

Cuando la madre se sentó, él subió a su falda y quedó estrechamente unido a ella, sin mirarme ni hablarme.

La madre también permaneció un rato en silencio, contemplando el cuarto de juego y luego hizo algunos comentarios acerca de los dibujos e inscripciones que veía en las paredes. Además preguntó el porqué de los juguetes, de la canilla y de la arena.

Al decirles que la madre tenía los ojos, que podían mirar, y las palabras, que podían hablar y que por eso Guillermo permanecía mudo y con los ojos cerrados, ella contestó:

“No puede separarse de mí; es una parte mía.”

Luego, dirigiéndose al niño, le dice: “Cuéntale a la señora que tienes un perrito en casa.”

Guillermo mueve lentamente la cabeza y me mira; es un niño sumamente agradable. Roza apenas con los dedos de su mano derecha la superficie de la mesa, señala la plasticina pero, aunque se la acerco, no la toca.

Tomo la plasticina y hago un perrito que dejo sobre la mesa.

Lo empuja, y al hacerlo caer, esboza una Sonrisa, pero en seguida esconde nuevamente la cara en la falda de la madre y permanece así hasta el momento de irse.

Al preguntarle si quiere volver, mirándome de reojo accede, con un movimiento de cabeza.

En las sesiones que siguieron a este primer encuentro, Guillermo, sin dejar la falda de su madre, pero ya de frente a mí, fue utilizando cada uno de los juguetes para hacerlos defecar y después, indiferenciados de sus heces, los arrojaba junto con éstas, a la pileta.

Luego, él mismo fue las heces-bebé, que iba saliendo de entre las piernas de su madre, como en un defecar-nacer.

Esta maniobra fue repetida varias veces -y continuada en el diván, de donde se deslizaba muy lentamente, con la cabeza hacia abajo, mientras que con las manos reconocía el piso, antes de abandonarse a él.

La madre repitió en varias oportunidades:

“Es un pedazo mío: no se puede separar.” -Al comentar que es como una “caca”, que no se despegas, si se despegas “se hace caca” (en el sentido de perderse; irse por el inodoro), Guillermo se pone a reír y empieza -a cantar: “Coco, qui-qui, que-que, cu-cu. Yo agrego: ca-ca. Tira uno a uno, todos los juguetes al suelo, con fuerza y dice: “Se hicieron caca.” Canta y se pasea por el cuarto mirando y tocando todo; luego hace un cilindro con toda la plasticina y dice que es un pito.

Pensamos entonces que sus síntomas se relacionaban con una intensa angustia de castración (le había nacido una hermanita, siendo todavía él muy pequeño), en donde las heces ya no sólo representaban su pene en peligro de ser expulsado, sino todo él que, al desprenderse de su madre, iba a desaparecer como lo inservible.

En una entrevista que tuve con los padres, un tiempo después, éstos se mostraron muy satisfechos porque el niño había mejorado considerablemente.

Defecaba naturalmente, permitía que le cortaran el cabello y las uñas, y además... En ese momento la voz de la madre se hizo casi inaudible y tuve la impresión de que tenía que hacer un esfuerzo considerable para poder continuar su relato. “. . . Ahora puede salir de la casa... sale a jugar a la vereda y pasa mucho tiempo en la casa de luna vecina, que tiene niños, jugando con ellos. Nosotros también podemos salir; vamos al cine o a la casa de amigos y los niños se quedan con la empleada, sin ningún problema. Yo sé que todo esto es una mejoría, pero...

Rompió a llorar amargamente, a pesar de los esfuerzos del esposo —que hasta ese momento había permanecido en silencio— para tratar de calmarla.

Después de un tiempo, que me pareció muy largo, me relaté en forma entrecortada por una intensa emoción, algo que surgía por primera vez: previo a este matrimonio, había estado casada durante unos pocos meses y su relación con el primer marido se había interrumpido bruscamente cuando, saliendo de su casa para concurrir a su trabajo, él había sido atropellado por un auto, muriendo instantáneamente.

Su casamiento con el marido actual se produjo casi en seguida del accidente y poco después se embarazó de Guillermo.

Paso por alto las circunstancias que la llevaron a efectuar un segundo matrimonio en seguida de la muerte de su primer marido, pero si quiero señalar que este hecho la sumergió en una situación conflictual, que no se sentía con derecho a manifestar, ya que su duelo pertenecía a un pasado, aunque continuamente sombreaba su presente,

No podía llorar; el muerto no pertenecía a esta familia y por lo tanto su llanto la agraviaba.

Entonces desarrolló un temor, que iba en aumento, cada vez que alguien salía de la casa para ir a la calle.

Guillermo fue lo visible de lo que ella quería ocultar.

Retener a la madre, y a sí mismo, dentro de la casa, así como retener las heces hasta el límite de lo posible, dentro de él, era el intento de impedir la muerte brusca, haciendo lento y retardado todo el proceso del salir, que es como un defecar-nacer-morir.

¿Es por su relación con la muerte que en Guillermo adquirió caracteres tan dramáticos y amenazadores el enfrentamiento con la castración?

Lacan pregunta: “¿Qué es el complejo de castración? El padre es quien es, por derecho, poseedor de la madre con un pene suficiente, mientras que el instrumento del niño está mal asimilado y es insuficiente.

“Ese es el origen. Es en tanto que su propio pene le está momentáneamente negado, que el niño puede alcanzar una función paterna plena, ser alguien que se siente legítimamente en posesión de su virilidad.

“Este es el término. El nombre del padre es esencial para la estructuración de un mundo simbólico; mediante él, el niño sale de su emparejamiento con la omnipotencia materna. Pero el complejo de castración solo puede vivirse si el padre real juega verdaderamente el juego.” 17

Pero, ¿qué padre para Guillermo? ¿El no-padre muerto, separado bruscamente de la madre, pero que sigue imponiéndose a través de un duelo que no le está permitido elaborar?

¿O el otro padre, que sale y entra de la casa, pero como la sombra sustitutiva del otro?

La angustia frente a una ausencia que no puede ser aceptada, impide el salir; las heces de Guillermo; Guillermo de la madre, todos de la casa.

Porque el destino del que sale es morir.

Frente a este destino de muerte —todos vamos a morir— surge la angustia acerca de la experiencia —nunca experimentada pero amenazante— de la muerte.

Al someterse al nombre del padre para poder salir del emparejamiento con la figura materna, el hombre, vencida su omnipotencia, se empareja con la muerte

LA CASA Y LA MUERTE

La casa tiene una especial relación con la labor de duelo.

“El dolor experimentado en el lento proceso del juicio de realidad durante la labor de duelo, parece deberse, en parte, no sólo a la necesidad de renovar los vínculos con el mundo externo y así continuamente reexperimentar la pérdida, sino al mismo tiempo y por medio de ello, de reconstruir ansiosamente el mundo interno que se siente en peligro de deterioro y desastre.” 15

La frecuencia con que aparece en los sueños, durante la situación de duelo, la casa habitada en el otro momento del existir, anterior a la pérdida, es como el marco o el sostén para que ese mundo interno no se derrumbe.

Para Guillermo y su madre la casa de donde no se podía salir, era como una tela de araña que los envolvía en una relación sin salida porque, al no poder hablar del muerto, ese silencio condenaba al padre vivo, y a la familia toda, a ser como una sombra, manteniéndose como en un sueño, en la negación de la

muerte.

Me referí en el comienzo a la paciente que, desde el avión, transformaba el alejamiento espacial en algo temporal, ya que las casas pequeñas por la distancia, eran para ella, las pequeñas casas de su infancia.

Como desde un avión, hemos contemplado a vuelo de pájaro y en forma muy sintética, algunos de los aspectos en los que, el transcurrir de nuestra vida está unido emocionalmente a alguna casa.

Con algunos ejemplos clínicos, nos hemos referido a las vicisitudes de la relación de la mujer con la casa, representante del cuerpo materno y de su propio cuerpo, así como también, su relación con la castración y la muerte.

Hemos tratado de comprender qué es cada casa y en cada momento de la situación analítica en este o en aquel paciente

Quizás nuestro interés ha detectado matices especiales en el tema porque una mudanza, a los cuatro años, provocada por la muerte de un familiar muy próximo, dejó el deseo del re-encuentro con la casa por donde todavía no habla pasado la muerte.

CONCLUSIONES.

Tratando de contestar a una pregunta acerca de por qué la casa ocupa un lugar de privilegio en el deseo —conciente e inconciente de poseerla, la hemos mirado” a través de los ojos de los pacientes, y así se ha destacado ya sea como

en su representación del cuerpo materno, o del propio cuerpo, así como también con el significado de lo que podría complementar la falta, ya que, por su cualidad de ser perfectible, escapa al destino inexorable de lo que no se puede cambiar.

He tratado de mostrar cómo, para la mujer especialmente, el vínculo con la casa, revive situaciones muy tempranas reprimidas en donde, la rivalidad, la agresión y también los sentimientos reparatorios en relación con la madre, encuentran una forma de expresión sin trabas.

En ese sentido, la relación ambivalente que se establece con la empleada —personaje que siempre está presente como si constituyera una unidad con la casa— hace pensar en la madre-sirvienta, que es un objeto desvalorizado, pero altamente necesitado, tanto como para provocar una intensa ansiedad si se aleja.

Freud, 11 al referirse a la importancia de la fase pre-edípica de la mujer, dice: “[...] Hasta hube de aceptar la posibilidad de que muchas mujeres queden detenidas en la primitiva vinculación con la madre, sin alcanzar jamás una genuina reorientación hacia el hombre.” Pero agrega: “Todo lo relacionado con esta primitiva vinculación me pareció siempre tan difícil de captar en el análisis, tan nebuloso y perdido en las tinieblas del pasado, tan difícil de revivir, como si hubiera sido víctima de una represión particularmente inexorable.”

Pienso si solamente, a través de una representación simbólica sustitutiva, se hace posible la emergencia de estas emociones, vinculadas a la temprana relación de la niña con su madre.

Por otro lado, como ya vimos, la casa tiene una particular vinculación con el pasado perdido. Me he referido a la casa que aparece frecuentemente, durante la elaboración de un duelo.

En el inconciente —donde nada muere— sigue existiendo, como continente de “lo olvidado”; como lugar donde habitan los seres perdidos y las emociones ligadas a ellos.

Cuando en 1920, Freud introduce la pulsión de muerte, dice: “La meta de toda vida es la muerte; y con igual fundamento, lo inanimado era antes que animado [...] Hemos fundado amplias conclusiones sobre la suposición de que todo lo animado tiene que morir por causas internas. Esta hipótesis ha sido naturalmente aceptada por nosotros, porque más bien se nos aparece como una certeza. Estamos acostumbrados a pensar así y nuestros poetas refuerzan nuestra creencia. Además, quizás nos haya decidido a adoptarla, el hecho de que no teniendo más remedio que morir, y sufrir que antes la muerte nos arrebatase las personas que más amamos, preferimos ser vencidos por *una implacable ley natural*, por la soberana **avaykn** antes que por una casualidad que quizás hubiera sido evitable. Mas quizás esta creencia en la interior regularidad del morir, no sea tampoco más que una de las ilusiones que nos hemos creado para soportar la pesadumbre del vivir.”

También en “El malestar en la cultura”, Freud 10 se refiere a la muerte como a la liberadora de los sufrimientos que impone el vivir.

“¿De qué nos sirve, por fin, una larga vida, si es tan miserable, tan pobre en alegrías y rica en sufrimientos, que sólo podemos saludar a la muerte como feliz liberación?”

La muerte, entonces, nos devolvería a *la casa-tumba, como un retorno al* vientre materno, “primera morada cuya nostalgia quizás aún persista en nosotros, donde estábamos tan seguros y nos sentíamos tan a gusto”, cerrando así el ciclo de la vida humana.

BIBLIOGRAFÍA

- 1) *ABERASTURY, A.* - " *El luego de construir casar. Su interpretación y su valor diagnóstico.* " Rev. de Psic., t, VII, p. 3; 1950.
- 2) *ABRAHAM, K* - " *Manifestaciones del complejo de castración femenino.* " (1920). Psicoanálisis clínico, Ed. Hormé.
- 3) *DUPONT MUÑOZ, M. A.* - " *El paciente que va a morir* " 1972). Rev. de Psic., t. XXXI, N° 4; 1974.
- 4) *FREUD, S.* " *La interpretación de los sueños* " (1900), O. C., t. VII, p. 2°. Ed. Americana.
- 5) *FREUD, S* - " *Una teoría sexual* " (1905). O. C., t. II. Ed. Americana.
- 6) *FREUD, S* .- " *Introducción al narcisismo* (1914). O. C., t. XIV, E. Americana.
- 7) *FREUD, S* .. " *Más allá principio del placer* " (1920). O. C, t. II. Ed. Americana.
- 8) *FREUD, S* .- " *La cabeza de Medusa* " (1922). O. C, t. XXI, Ed. S. Rueda.
- 9) *FREUD, S.* - " *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia sexual anatómica* " (1925). O. C., t. XXI. Ed. S. Rueda.
- 10) *FREUD, S* .- " *El malestar en la cultura* (1930).
- 11) *FREUD, S* - " *Sobre la sexualidad femenina* " (1931) O. C., t. XXI. Ed. S. Rueda.
- 12) *GAUTIER, T.* - " *Arria Marcela - Recuerdo de Pompeya.* " Las mejores historias insólitas. Ed. Bruguera, 1970.
- 13) *KLEIN, M.* " *Situaciones infantiles de angustia reflejadas en una obra de*

- arte y en el impulso creador*” (1929). Contribuciones al psicoanálisis. Ed. Hormé.
- 14) KLEIN, M. - *“El análisis de tinos* (1932). Ed. A. P. A. (El Ateneo), cap. XI
- 15) KLEIN, M. - *“El duelo y su relación con los estados maniaco-depresivos”* (1940). Contribuciones al psicoanálisis. Ed. Hormé.
- 16) LACAN, J.- *“El estadio del espejo como formador de la función del yo, tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica”* (1949). Lectura estructuralista de Freud. Ed. Siglo XXI.
- 17) LACAN, J.- *“La relación de objeto y las estructuras freudianas”* (1957). Rev. Uruguay de Psic., t. XI, Nº 2; 1969.
- 18) MOM, J - *“El yo y su control a través de los objetos en la agorafobia.”* Rev. Urug. de Psic., t. IV, 4º, 3. 1961,1962.
- 19) RICOEUR, P .- *“Principio de placer y principio de realidad”* (1965). Rev. Urug. de Psic., t. IX, Nº 1; 1967.

Vida M. de Prego *

* Dirección: Estero Bellaco 2666, Montevideo

RODOLFO AGORIO, MIEMBRO DE HONOR

La unanimidad de los miembros titulares presentes en la reciente Asamblea Anual, designó a Rodolfo Agorio, miembro de honor de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay.

Con el nombre del Dr. Agorio se enriquece la nómina de integrantes de un selecto grupo de maestros y amigos que en su momento recibieron igual distinción por haber sido pilares del psicoanálisis en nuestro país: Madeleine y Willy Baranger, Luisa Álvarez de Toledo, Jorge Mom, Enrique Pichon Riviere. Honra a la Asociación contar ahora a Rodolfo Agorio entre ellos y más aun porque es el primer uruguayo que la integra.

Por obvios, resulta innecesario abundar en los fundamentos de la resolución: son por todos conocidos sus excepcionales méritos científicos y su aporte decisivo a la implantación, afianzamiento y desarrollo del movimiento psicoanalítico en Uruguay, del que fue uno de sus pioneros. En particular en momentos en que de su amor por la causa del psicoanálisis dependió su viabilidad, orientación y destino. Por otra parte, su magisterio expresado en una valiosa obra escrita y en sus clases, nutrió a muchas generaciones y su amplia cultura ensanchó los horizontes de nuestra disciplina y de los que nos formamos en ella.

Su obra escrita es la expresión decantada de una meditación seria y de una vasta experiencia. Ella incluye trabajos en los dominios de la psiquiatría y del psicoanálisis. En el primero figuran “El atipismo en los cuadros psiquiátricos” y “El criterio de evolución en psiquiatría”, ambos aparecidos en los *Anales de la Clínica Psiquiátrica*, tomos III y V. En el segundo se cuentan algunos trabajos inéditos como las “Consideraciones sobre algunos estados de disociación del yo”, y muchos publicados en Montevideo y Buenos Aires, entre los que pueden señalarse: *Identificación y persona le* (Rev. Ur. de Psa., tomo IV); *Enfoque psicoanalítico de la obra de Gerardo de Nerval* (Rev. Ur. de Psa., tomo VI);

Algunas consideraciones sobre la idealización (Rev. de Psa., tomo XXV);
Psicoanálisis aplicado a la literatura (Rev. Ur. de Psa., tomos XI y XII).

Asimismo fue co-autor del relato oficial sobre el tema “Manía” del VIº Congreso Latinoamericano de Psicoanálisis, relato que fue publicado en la “Revista Uruguaya de Psicoanálisis”, tomo VIII.

En su nueva condición, Rodolfo Agorio continuará su tarea como analista y supervisor.

El júbilo con que recibimos a este nuevo miembro de honor de la Asociación se une al deseo de todos de poder seguir recibiendo por muchos años los beneficios de su sapiencia y de su hombría de bien.

ENGLISH SUPPLEMENT OF THE

REVISTA URUGUAYA DE

PSICOANALISIS

A publication of the Uruguayan Psychoanalytic Association.

INDEX - Nr. 56

**The Subject: Transgressions (Acting-out,
Psychopathy, Perversion)**

II

A Freudian Tern: Act, Acting-out and Action.

III

By: Jean Allouch (Paris)

The Obsessive Character and the Perverse Structure:

A System of Personality Relationships.

V

By: Sélika Acevedo de Mendilaharsu (Montevideo)

To Act, to Talk, to Identify. **VI**

By: Saúl Paciuk (Montevideo)

Considerations on Psychopathy **VIII**

By: Manuel Pérez- Sánchez (Barcelona)

Readings in the Association:

The House: Scene of the Fantasy **IX**

By: Vida Maberino de Prego

TRANSGRESSIONS

Acting-out, psychopathy, perversion. To reunite these three structures and suppose them to be a unity would might be an accumulative eagerness or a certain theoretical stance whose illustration could be desired. But the case is neither one nor the other; by grouping them we pro-pose to draw the attention to its possible linking, a task that still needs to be undertaken.

By referring to them as *transgression* (a term that we owe to G. Koolhaas's happy inspiration) already points to a hypothesis. It reveals the violations these three structures point to (and it is not always that of violence), of "going through" the other. They are understood as *transgressions to the analyst's expectance, to the social norm, to the body*, projecting themselves over the background of a grounding transgression, the incest.

The conflict with the limit is situated for each one of them in a certain level and is resolved in their own way, with the particularity that, by transpassing it, the transgressor "places himself" further on than the limit and the angustation that this re-presents. This in turn brings forth an inversion when "placing" another before this limit. To the analyst, for example, structuring relationships that touch the limit of his possibility to analyse.

But this does not only apply to the analyst. It is notorious that the psychopathic or the perversed challenge does not remain fenced by the analytical relationship or the couple but that **it** acquires a social dimension. This is the case of the delinquency, or that of the "minorities" that protest a discriminatory treatment. Or the increasing drugaddiction. Or the pornographic explosion.

We can think that in as much as the neurotic's conflict is a conflict *with* the

norm of his community, the transgressions talk about a conflict *between* norms, in as much as the transgression norm is postulated as an alternative that questions the other. They suppose a certain proselytism and they are proposed to the analyst and to the group as being models that are full of liberty, overflowing with authenticity and enjoyment, free from the limitations that imprison “the others”. They proclaim a “superior normality” and procure legitimation in the recognition by the other, a third or an eye witness of their pleasure.

Perhaps it is this social dimension that we are nowadays invited to consider as the new thing in the actuation, the psychopathy or the perversion, the presumed three forms of the transgression.

S.P

***A FREUDIAN TERN: ACT, ACTING-OUT
AND ACTION***

by Jean Allouch (Paris)

The acting-out passes a limit as Hamlet does in “the paternal scene” which develops in response to the call of the father’s ghost. Hamlet sacrifices his well-being and his life without questioning his decision, acted at the moment of meeting with the ghost. The ghost calls him and Hamlet goes forth, he only wants to satisfy him. To talk to him to ask him is to see the king’s defects and for Hamlet it dwelt only with restoring the figure of an ideal father to whom he

strongly holds onto at the very moment he should mourn for him. Hamlet accedes to the paternal scene and adopts the ghost's point of view, and by so doing the Other's place becomes eliminated. He remains trapped in his love and acts immediately.

In Freud the 'agieren', the acting-out, appears like a vicissitude of the act. In "Remembering, repetition and elaboration" he uses the term 'agieren' to remit us to 'abreagieren', because something in the abreaction is retaken in the problem of acting-out. What is demanded of the hysteric has a statute of acting-out, thus the acting-out is what appears as problematic as soon as he renounces to the abreaction.

The acting-out is therefore, correlative to the analyst's position. It has threefold timing. In the first (Studies on Hysteria) it searches the remembrances of the things that provoked the neurosis and discharges the tensions. In the second the abreaction is left aside and free association takes its place. It is a "work waste" and the acting-out represents an "accident" in this work: the term 'agieren' states what appears as a problem of the free association rule. In the third it abandons the demand of the facts that had provoked the neurosis.

The new technique maintains something decisive from the old one: its aim, the recalling, occurring that the recalling fails. The patients do not recall but they reproduce as 'agieren'. That of the field of doing that is found subverted because of the failure of the recalling is the acting-out and this definition makes the acting-out and the transference equivalent. It is the analyst that gives the analysant the possibility of recalling in this way.

What arouses difficulties at the level of recalling? It is confirmed that less than what is believed is forgotten, the facts are known by the subject, and if they are excluded it is not because of discardings of his memory but because of

discardings of his existence as a subject. Because recalling must be understood as a reading operation, as it is exemplified by screen memory. Its creator acts like the historian that only selects what favours his thesis.

There is a screen memory because there is no forgetfulness. The name given by Freud to the forgetfulness he dealt with is repression that is the contrary of forgetfulness.

In hysteria, the experienced has not been forgotten and in the obsessive variant, because it deals with internal acts, it makes no difference whether they were conscious or not. Freud designates here as an act (*der Akt*) that which belongs to the sphere of fantasy. Therefore, recalling has no relation with forgetfulness. In the Freudian sense, recalling is not the reminiscence. On the contrary, there is solidarity, a necessary loop between the recalling of the reminiscence and the establishing of a transference relationship, as is exemplified by Platon in a passage of "Menon".

The analytical experience shows the principal characteristic of recalling: its difficulty, called resistance by Freud. It not only has the value of an obstacle but it is the actual place where what is involved is manifested. The resistance to recall shows itself as symptomatic of what Freud in his second topic will call "*Id Résistance*" the compulsion to the repeat, what leads us to the other variant of acting-out, repetition.

The Id Resistance is based on the attraction of the repressed pulsional processes by the unconscious prototypes. While Freud unites the recalling to the act (*der Akt*) he gives the name of action (*Aktion*) to the order of the compulsion to repeat.

This names the mentioned attraction as well as the lacking of the libido's

plasticity to be displaced which excludes the possibility of receiving. In this way the alliance between the drive that tends towards satisfaction and the unconscious prototypes which is the compulsion to repeat can be maintained, and the part of the field of doing which is at the service of this alliance is the repetitive action.

The resistance is the obstacle that is put across the analyst's way while his goal persists in being the recalling. The supporting point of the recalling is as much transference as acting-out, both being in equivalent relation.

Freud presents a term. There is no connection between repetitive action and recalling. The recalling changes direction and becomes repetition: with the 'agieren', the third element, the repetitive action is *done* in the open and while passing from the action registration to the 'agieren', the subject runs a certain risk: that of experimenting what he hides of fundamentally coward, the castration that implies an realisation.

Transference and acting-out are equivalent, not *identical and* the psychoanalyst is in the axis of the difference. In the analytical act (as defined by Lacan) he especially fits the support of the transference. The one that denies this act receives the acting-out as the equivalent of the denied transference.

Summary by D.G. and S.P.

(Pages 13-30 from the Review)

***THE OBSESSIVE CHARACTER AND
PERVERSE STRUCTURES: A SYSTEM
OF PERSONALITY RELATIONSHIPS***

By Sélíka Acevedo de Mendilaharsu (Montevideo)

Considering obsessive character and perversion as structures in a system of personality relationships has led us, previous exposition the elements that are essential to both of them to search the possible forms of linking them in a single structure (of a superior level which would contain the m.

A determined position towards castration, as well as a particular type of object would characterize this final structure; position and object that we intend to examine in different levels of the abstract construction by presenting some hypothesis.

What appears from the study of the edipical scene and the relation between the three terms that form it, is la a level of theorization very close to that of the patient's fantasies with which it is exemplified la the imaginary, the patient has not renounced to his parental objects but at the same time has kept the highest narcissistic interest for the penis: he has not chosen, he has not renounced to any of the two terms of the alternative. He reaches the sexual gratification with the father possessor of the phallus by the passive homosexual submission that permits him to become the owner of it, and the domination of his mother thanks to the seduction that exercises what he now possesses towards her. The phallus is desired by her and he has it or, better said, he la it. He recognizes castration, because he admits the father's existence and because the father is the possessor of the phallus, he recognizes his possible role in the desire of the mother. But he has found the way to disavowal by means of the identification of the entire body

with this anal penis (the obsessive structure object) which is invested with the attributes of the phallic power (fetich, perverse structure object).

Another level of theorization leads as to examine the drives. The work of the death drive reveals itself in the classically observed aspects of an obsessive organizations, but even more so in the identification with a representation of permanence and the resulting objectal position that assumes the person.

This objectal function is strongly linked with the primary narcissism “like an aspiration to an immortal and self-sufficient totality whose condition is the self-generation, death and negation of death at the same time”. Primary narcissism and obsessive structure have in the work of death drive a linking point in the structure. Thanks to the secondary investment of one’s own body by the erotic drives (secondary narcissism) and without abandoning the objectal function, *it* becomes object of desire, properly sexual, opening *likewise* the access to enjoyment. *There is no place for the absence*, but with the condition that his fetich-body is always there, *visible*, to attest that only one presence (his), is the cause of the desire.

He only demands from the analyst his looking instrument which makes the appearance of the new subject (*ein neues Subjekt*) in the retrogressive way of the scopic circuit.

Summary by the Author.

(Pages 31 - 50 from the Review)

TO ACT, TO SPEAK, TO IDENTIFY

by Saúl Paciuk (Montevideo)

This work is a meditation about projective identification considered a

globaliser concept describing the schizo-paranoid atmosphere that places relationality in the first place as the ground and coextensive of what we call human.

The analysant relates his associations, his occurrences, and some of them are taken by the analyst to be an “acting-out”. It is not the nature of the occurrence that permits it to be defined likewise and to differentiate it from symptoms, happenings, etc., it is that which occurs *instead of*, transgressing an expectation of the analyst grounded on the *conditions* that he requires for working. The acting-out can only be defined after the countertransference, for which the analyst is implicated from its origin. The countertransference is taken to be as the organ of the sense of the analyst, as the answer that is the nucleus of a comprehension. All comprehension implies a simultaneous experience of the thing and of me as an experimenter, and the countertransference introduces the experience of the analyst.

The analyst is not only implicated in the origin of the acting-out but also in its consecration: The acting-out promotes a certain response from the analyst — an actuation in itself— that re-actualises his own narrowness and reaches the limits of his possibility to analyse. Finally the analysant and the analyst *act instead of* and the acting-out is a cycle.

The analysis is done by talking and an occurrence becomes an acting-out according to how it is said and how it is heard. Words have two flows, a communicative one and an expressive one. The expressive word e-motions, promotes a certain response. Everything occurs as *if* the word were transmitting: to hear is to interpret, as an actor does, incarnating.

The communicative is not outside the field of conflict, the name supposes a generalisation and he requires a recognition that can be denied by another, another that thus reveals himself.

The relationship with the other becomes essential. Traditionally, the other reveals himself by his no, but Klein discovered in this other a *double signifi-*

cation: as a denier and as nourishment, in the schizo-paranoid and in the depressive.

The pair I-other places us in the conflict between the identical and the different. Projection is an intent to save the conflict: the other is that what I think of him, a knowledge founded in the attribution of qualities that, at the same time, defines the own self in relation with them.

But that projective knowledge leaves us in uncertainty and we have certainties, anchored in our acts. If the other is of my making, then what he is is as certain as my act is certain, and as I myself am to me. The projective identification is this process of *identifying, of making* the other someone identical with what I desire him be, that *operates the conversion of the other into an object*. The object is always a partial object, that is, it defines itself by being punctual (out of time and experience); type (defined by a unique attribute); functionary (it fulfils a function and the relationship is the function of that fulfilment); in its place (it has no existence outside); solitary (it is alone for having been idealized or for having been denigrated); confirmatory (it only shows what confirms his condition of the object).

The conversion occurs because of splittings, being the splits of the third fundamental. The other is another *for being so for the third* and deprived from the third he becomes an object. The forms of such privations are multiples but they all converge in that *the object remains alone* with the subject and it has nothing but the subject.

But there are never two. The dualization is unification: what the subject finds in the object is himself, in the frame of a mirrored relationship that soon makes the possibility of survival distant.

On the other hand, there never stops being three: the frustrations and the *no* are inevitable in the relationship with the object, and this *no presents* the form of the object, nucleus of the third.

The relationship with the object splits the good of the object. The schizo-paranoid surmises the impossibility of affirming some thing as being good, because he equals himself immediately with the desire awakening the envious desire. There is no good of the object, but the *bonified*, an attribution of goodnesses. This relationship with a bonified object is in the origin of the idealization (that which does not occur as an exaggeration of goodnesses) and nulifies the desire.

Also, another becomes an object by making himself the subject of himself. What he makes of himself counts with his repercussion in the other, repercussion which pro-motes him to convert himself into the personage that the subject re-quires.

The projective identification is therefore, a primal structuration, an elaborative process. A chain of meditations is initiated (that which is the object becomes something of one's own subject; and thus placed la. the object; can be treated with it) it is the early form of the capacity to think. Its overcoming becomes the condition of ah possibilities of other relationships. But this defense fails when more than *conforming* the object, becomes a system of *confirmation*, for which every denial, every experience, is impeded. Retaliation then appears as inherent to the mirrored relationship and not as something that supervenes.

All this outlining supposes a mechanic, a causal relationship. That part of the evidence of which the object is, *responds* in a certain manner to something of the subject, evidence that is interpreted as thus realizing a desire of the subject. This relationship of fulfilment of desire can be understood as a *productive process* (the motor desire and cause of certain occurrences) or as an *interpretative process* (an occurrence loses its absurdity and abhorence and becomes incorporated to the life of the subject once it finds the desire that presents it).

The beliefs of the causal hypothesis are therefore, revised (a clear and identifiable cause, *regularity*, effectiveness, verifications) and it concludes that

the causal model responds to the schizo-paranoid relationship, in which the *motive* that the subject proposes to the object for his answer is held as the *unique* and the fantasy of the dual relationship are fulfilled. There the desires that are fulfilled are two: that the other should be the object and that of the self be the unique self of the object.

To find the desire as having been fulfilled is the psychoanalytical way of restituting the endowments to the subject as an organizer of the field of his happenings and it is one of the ways of answering the query of the sense. All the outlinings suppose a grounding and essential sociability, an understanding of the man as a knot of relationships and the projective identification makes a theme of this inherence of ones to others.

Summary by the Au hor.

(Pages 51-88 from the Review)

CONSIDERATIONS OH PSYCHOPATHY

by Manuel Pérez-Sánchez (Barcelona)

In the initial layout we mentioned that psychopaths are not mentally deficient but are morally deficient. We have discussed our *view points* in relation to a largo section of psychoanalytical literature on the subject, and with the clinical material presented our aim has been to show that the moral deficiency depends on a non-existence of internal values, that is to say, the introjection of good objects which would give consistency to his ego. Ibis lacking is determined by a failure in the primal splitting described by M. Klein and also in the previous process of containment of self and object as pointed out by E. Bick. This inability to split would lead our patient into a confusional chaotic situation, yet this however is avoided owing to an omnipotent narcissistic part which through projective identification lives on the object. We would suggest that psychopathic manifestations are not primarily directed against guilt and

anxiety, but seem to be aimed at holding on to the idealization and superior power of destructive narcissism described by Rosenfeld. Ibis would then give rise to the precarious yet significant psychopathic equilibrium B. Joseph has described which helps our patient not to fall into psychosis or openly delictive behaviour, or into a really confusional state. As has been mentioned above, a psychopath is not mentally deficient but morally deficient. This attempt to differentiate is due to the fact that certain states became evident in the analysis of the patient which owing to their characteristics could be called *pseudo-confusional*. And these states, just like his *pseudo-independency*, express an initial disturbance in splitting, and also give evidence of an ulterior narcissistic organization which the patient expressed with the words “*I have the madness of vanity*”. *We have pointed* out the difficulties of an initial diagnosis as well as the ulterior technical problems in the course of the treatment. We feel that serious problems in his infancy related to lactancy, mothering, etc. must have occurred.

Summary by the Author.

(Pages 89 - 102 from the Review)

READINGS IN THE ASSOCIATION

THE HOUSE: SCENE OF THE FANTASY

by Vida Maberino de Prego (Montevideo)

Trying to answer the question as to why the house occupies a privileged place in the wish —conscious or unconscious— to possess it, we have tried to “look” in it through the eyes of the patients, and it has thus appeared as either being the representation of the maternal body, one’s own body, or also, *signifying* that which complements the fault, because its quality of being perfectible, escapes the inexorable destiny of what cannot be changed.

I have tried to show how, especially for women, the link with the house, revives very early repressed situations where, rivalry, aggression and also reparatory sentiments in relation with the mother find a form of expression without hindrance.

In that sense, the ambivalent relationship which is established with the maid — personage that is always present as if *it* constituted a unity with the house, makes one think of the mother-servant, an underestimated object, but highly needed, so much so as to provoke an intense anxiety if she goes away.

Freud,¹¹ while referring to the importance of the pre-edipical phase of women, says: “. . . I even had to accept the possibility that a lot of women remain detained in the primitive relation with the mother, without ever reaching a genuine reorientation towards man”. But he also adds: “All that is related to this primitive relation has always seemed to be so difficult to grasp in analysis, so nebulous and lost in the darkness of the past, so difficult to revive, as though it had been the victim of a particularly inexorable repression”.

I think, if it is only through a substitutive symbolic representation, that the emergence of these emotions is made possible, those vinculated to the early relationship of the girl with her mother.

On the other hand, as we have already seen, the house has a *particular* link with the lost past. I am referring to the *house* that frequently appears during the

elaboration of a mourning.

In the unconscious —where nothing dies— it continues to exist as continent of “the forgotten”; as the place where the lost beings and the emotions linked to them inhabit

When in 1920, Freud 7 introduces the death instinct he says: “The aim of all life is death; and with the same fundamental principle things were before animate ones . . . We have drawn far reaching conclusions from the hypothesis that all living substance is bound to die from inherent *causes*. This hypothesis has been naturally accepted by us, because *it* appears to us as an assertion. We are accustomed to think that such is the fact, and we are strengthened in our thoughts by the writings of our poets. Perhaps we have adopted the belief because we are to die ourselves and suffer the loss of those who are dearest to us; it is easier to submit to a remorseless law of nature, to the sublime ‘*avaykn*’ than to a chance which might perhaps have been avoidable. It may be however, that this belief to the internal *necessity* of dying is only another of those illusions which we have created to bear the burden of existence

Also in the “*Civilisation And Its Discontents*”, Freud 10 refers to death as to the liberator of the sufferings that the living imposes.

“What good to us is a long life if it is difficult and barren of joys and if it is so full of misery that we can only welcome death as a deliverer?”

Death therefore, returns us to the house-Tomb, like a return to the maternal womb, “the first abode whose nostalgia perhaps still persists to us, where we were so secure and felt so at ease”, thus closing the cycle of the human life.

Conclusions by the Author.

(Pages 105- 118 from the Review)

**REVISTA
AL
HORIZONTE**

Publica notas incursionando en aportes recientes a algunos de los campos que están en el horizonte de la disciplina psicoanalítica. Los lectores pueden hacer llegar sus colaboraciones para esta sección.

***¿QUE ES ESO
DELA
PSICOLOGIA?...***

...¿quién orienta a los psicólogos orientadores? Son éstas las provocativas preguntas que Georges Canguilhem plantea en una conferencia que dictada en 1956, mereció su publicación en la “Revue le Métaphysique et de Morale”, luego su reedición en “Cahiers pour l’Analyse” y una edición castellana (traducida por Mario Silva García) aparecida en la Revista “Syntaxis” (Montevideo).

UNA MEZCLA

Parte de sostener que “para la filosofía la cuestión de su sentido y de su esencia la constituye” y el renacer incesante de tal cuestionamiento constituyente, “a falta de respuesta satisfactoria, es para el que querría llamarse filósofo, una razón de humildad y no una causa de humillación”. En cambio,

hace frente al psicólogo —en todo caso, al tipo de psicología y de psicólogo que será el blanco de sus reflexiones finales en este texto—: “Puede sólo buscar en una eficiencia siempre discutible la justificación de su importancia de especialista”, eficacia discutible no por ilusoria, sino por mal fundada, “en cuanto el estatuto de la psicología no está fijado de tal manera que se la deba considerar por algo más y mejor que un empirismo complicado”. Extrae entonces de muchos trabajos de psicología la impresión de que, de hecho, “ellos mezclan a una filosofía sin rigor, una ética sin exigencia y una medicina sin contralor”.

¿Cuál es la unidad que caracteriza el concepto de una ciencia? Un desarrollo lo lleva a sostener: “El objeto de la ciencia no es sólo el dominio específico de los problemas, de los obstáculos a resolver, es también la intención y el propósito del sujeto de la ciencia, es el proyecto específico que constituye como tal una conciencia teórica”.

Después de fundamentar por qué es discutible la que llama brillante respuesta de Daniel Lagache —se refiere a su ensayo buscando la unidad de la psicología “en su definición posible como teoría general de la conducta”—, va a referirse a la licitud que tiene la filosofía de preguntarle a la psicología de dónde obtiene alguna idea del hombre y si no será en el fondo, de alguna filosofía. Lo cual lo conduce a hacer historia, a esbozarla.

CON HISTORIA

Partiendo de la etimología de psicología —ciencia del alma—, notará la ausencia de una psicología independiente de los sistemas filosóficos de la antigüedad. El peso de la autoridad aristotélica llevará hasta comienzos del siglo XVII al examen del alma dentro de la física. “El objeto de la física es el cuerpo natural y organizado que tiene la vida en potencia y por tanto la física trata del

alma como forma del cuerpo vivo y no como sustancia separada de la materia”.

Remonta a esta concepción antigua la psico-fisiología y la psicopatología modernas. Antes que las revoluciones de Harvey y de Lavoisier, con las teorías de la circulación y de la respiración, permitieran la aparición de la fisiología moderna, “una revolución de no menor importancia” es debida a Galeno “cuando estableció clínica y experimentalmente —contra la doctrina aristotélica— “que era el cerebro y no el corazón, el órgano de la sensación y del movimiento, y la sede del alma”.

“La declinación de la física aristotélica, en el siglo XVII, señala el fin de la psicología como para-física, como ciencia de un objeto natural y correlativamente el nacimiento de la psicología como ciencia de la subjetividad”. El proyecto de la psicología pasa a ser el “de una ciencia que frente a la física, explique por qué el espíritu por naturaleza está obligado inicialmente a engañar a la razón con respecto a la realidad. La psicología se hace física del sentido externo, para explicar los contrasentidos de los cuales la física mecanista inculpa al ejercicio de los sentidos en la función del conocimiento”. El autor propone aquí como “los jefes”, a Descartes y Malebranche. Esta psicología va del primero hasta Fechenel. Wundt desarrolla la psicología experimental. Las observaciones de Ehrenfels anticipan los ataques de los psicólogos de la Forma contra esta “física analítica, a la vez experimental y matemática, del sentido externo”. Desde otra perspectiva converge asimismo el acento puesto por Bergson sobre las totalidades.

Esta ciencia de la subjetividad “no se reduce a la elaboración de una física del sentido externo, ella se propone y se presenta como la ciencia de la conciencia de sí o la ciencia del sentido interno”. Estamos en el siglo XVIII, la psicología tiene el sentido de ciencia del yo (Wolff). [.. .] “Descartes dice que el alma se conoce directamente y más fácilmente que el cuerpo. Siguen en el texto breves

exégesis del pensamiento cartesiano y del de Kant. Y entra a glosar el concepto de la psicología como ciencia del sentido íntimo en Maine de Biran. Para quien “el hecho psíquico primitivo no es un elemento, sino una relación, que [...] es vivida en el esfuerzo”. Dos de sus conclusiones: “la conciencia requiere el conflicto de un poder y de una resistencia; el hombre (es) una organización viviente servida por una inteligencia”.

Aparecen en este período los fundadores de la escuela francesa de psiquiatría: Pinel, Royer-Collard, Esquirol. Estamos en el siglo XIX. Subrayemos el nombre de Charcot. El autor nombra a continuadores: Ribot, Janet, Mercier, Freud. La psicopatología «es a la vez juez y parte en el debate ininterrumpido cuya dirección ha legado la metafísica a la psicología, sin renunciar por su parte a decir su palabra, sobre las relaciones de lo físico y lo psíquico. Esta relación ha sido formulada mucho tiempo como somato-psíquica antes de hacerse psico-somática. Es una inversión similar a la que se ha operado en la significación dada a lo inconciente”. Se abre la dimensión de lo psíquico abismal.

Maine de Biran es visto como el adelantado de la nueva psicología del siglo XIX, a la que al mismo tiempo asigna sus límites.

UNA BIOLOGIA

Es el momento de la constitución, al lado de la psicología como patología nerviosa y mental, como física del sentido externo, como ciencia del sentido interno y del sentido íntimo, de una biología de comportamiento humano. El autor ve en ellos: razones científicas —se constituye “una biología como teoría general de las relaciones entre los organismos y los medios ambientes”, poniéndose fin a la creencia en un reino humano separado—; razones técnicas y

económicas —el desarrollo de un régimen industrial atento al carácter industrioso de la especie humana y el fin de la creencia en la dignidad del pensamiento especulativo—; razones políticas —difusión del igualitarismo; se fundamenta “la práctica generalizada de la pericia [.. .], así como la determinación de la competencia y el descubrimiento de la simulación”—.

A juicio de Canguilhem, caracteriza a esta psicología de los comportamientos, con relación a los otros tipos de estudios psicológicos, “su incapacidad constitucional para captar y exhibir claramente su proyecto instaurador”. Es cierto que algunos proyectos instauradores de ciertos tipos anteriores de psicología “pueden considerarse como contrasentidos filosóficos”. Aquí, “toda relación a una teoría filosófica es rehusada”. “Aceptando transformarse, bajo el patrón de la biología, en una ciencia objetiva de las aptitudes, de las reacciones y del comportamiento, esta psicología y sus psicólogos olvidan totalmente situar su comportamiento específico con relación a las circunstancias históricas y a los medios sociales en los cuales han llegado a proponer sus métodos o técnicas y hacer aceptar sus servicios

Subraya el malentendido asombroso, pero revelador —son sus términos— de Nietzsche: “Nosotros, psicólogos del porvenir [...] no debemos analizarnos a nosotros mismos, ni conocernos”. Para pasar al examen de la idea de utilidad como principio de una psicología: “Al utilitarismo, que implica la idea de utilidad para el hombre, la idea del hombre como juez de la utilidad, ha seguido el instrumentalismo, que implica la idea de utilidad del hombre, la idea del hombre como medio de utilidad”.

QUE SIRVE

Sostiene que las investigaciones sobre adaptación, aprendizaje, aptitudes,

rendimiento y productividad —“inseparables de sus aplicaciones a la selección o a la orientación”—, “admiten todas un postulado implícito común: la naturaleza del hombre es ser un utensilio, su vocación, es ser colocado en su lugar, en su tarea”.

La pericia destinada a “medir” la adaptación a un medio socio-técnico (y no cultural) lleva a que el comportamiento del psicólogo del comportamiento humano encierre “cuasi-obligatoriamente una convicción de superioridad, una buena conciencia dirigista, una mentalidad dirigente de las relaciones del hombre con el hombre. Por ello hay que llegar a la cuestión cínica: ¿quién designa a los psicólogos como instrumentos del instrumentalismo? ¿En qué se reconoce a aquellos de los hombres que son dignos de asignar al hombre-instrumento su papel y su función? ¿Quién orienta a los orientadores?”

El autor ha situado claramente sus objeciones, no discute capacidades o técnicas: “La cuestión es que una ciencia o una técnica científica no con tienen en sí mismas ninguna idea que les confiera su sentido”. A diferencia de «los otros tipos de psicología (en los cuales) el alma o el sujeto, forma natural o conciencia de interioridad, es el principio que se da para justificar en el plano valorativo una cierta idea del hombre en relación con la verdad de las cosas”, acá “no hay más idea del hombre, en cuanto valor diferente al de un utensilio”. Lo que desemboca en el desdoblamiento entre una masa de «sujetos» y una elite corporativa de especialistas”, a los que se dirige “bajo la forma —una sola vez, no forma hábito— de un consejo de orientación”. Y el filósofo le dice a este tipo de psicólogo: “cuando se sale de la Sorbona por la calle Saint-Jacques, se puede subir o bajar; si se marcha subiendo, nos acercamos al Panthéon que es el Conservatorio de algunos grandes hombres, pero si se marcha descendiendo nos dirigimos seguramente a la Prefectura de Policía”. Es otro modo de plantear que, por ejemplo a diferencia de Kant, esta “psicología instrumentalista se presenta como una teoría general de la habilidad, fuera de toda referencia a la

sabiduría”. El filósofo, en su interrogación sobre el estatuto mal definido de esa psicología, ha preferido conducirse con esa ingenuidad constitutiva de la filosofía —“muy alejada de ingenuidad”—, orientándose “al criterio popular, es decir, el punto de vista innato de los no-especialistas”.

M. Lijtenstein